

ANTOLOGÍA DEL
II CERTAMEN LITERARIO
RECTORA ROSARIO VALPUESTA

2021



Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas
Universidad Pablo de Olavide

ANTOLOGÍA DE RELATO CORTO Y POESÍA

II CERTAMEN LITERARIO
'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'



AYUNTAMIENTO DE DOS HERMANAS
DELEGACIÓN DE JUVENTUD, SALUD Y CONSUMO



UNIVERSIDAD
PABLO DE
OLAVIDE
SEVILLA

DOS HERMANAS
DIVERTIDA

ANTOLOGÍA DE RELATO CORTO Y POESÍA

II CERTAMEN LITERARIO
'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'

El Jurado del II Certamen Literario «Rectora Rosario Valpuesta» estuvo compuesto por Rosario Torres López, Esther Torres Bazán, Fernando Pérez Serrano, Álvaro Cueli Caro, Verónica Pacheco Costa y Antonio Vileya Pérez; actuando como secretario Francisco Gómez López.

Título: *Antología de relato corto y poesía II Certamen Literario 'Rectora Rosario Valpuesta'*

Primera edición: 2021.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

© De los textos, sus autores.

© Excmo Ayuntamiento de Dos Hermanas.

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas.

Ilustración portada: Mounir Bah.

Maquetación: JPZ.

ISBN: 978-84-95591-85-2 DL: SE 1644-2021

Impreso en España • Printed in Spain



Como Concejal Delegado de Juventud, Salud y Consumo, siento una enorme satisfacción al presentar esta antología de obras del II Certamen Literario Rectora Rosario Valpuesta, que organiza el Ayuntamiento de Dos Hermanas junto a la Universidad Pablo de Olavide, ubicada en nuestro término municipal.

Abordar una programación cultural, formativa y lúdica para la juventud con la situación sanitaria que hemos vivido y que, desgraciadamente, continuamos viviendo, ha supuesto todo un reto en el que hemos centrado todos nuestros esfuerzos.

Las políticas destinadas a la Juventud suponen una prioridad para el Ayuntamiento y su acción de gobierno; por lo que, desde el primer momento, entendimos que teníamos que seguir apostando por todo

aquello que nos une y que nos impulsa a sacar lo mejor de todos y todas, e, indudablemente, la Cultura, y, en este caso, la Literatura lo son.

Al hacer balance podemos afirmar que *nuestro* Certamen Literario, porque éste Certamen es de todas las personas que lo habéis hecho posible con vuestra participación, ha sido un éxito, teniendo en cuenta el gran número de obras presentadas y la calidad de las mismas. Su repercusión a nivel nacional nos sitúa en el panorama literario y constituye una cita ineludible para escritores y escritoras jóvenes que aspiran a ver su obra reconocida y publicada.

Desgraciadamente, la situación epidemiológica nos ha impedido realizar un acto de entrega de premios presencial, como se había venido haciendo; pero, estas mismas circunstancias, también nos han mostrado la fortaleza que nos ha dado el trabajo de ediciones anteriores, que nos ha permitido poder realizarlo de manera satisfactoria.

Para finalizar me gustaría agradecer a la Universidad Pablo de Olavide su implicación como universidad nazarena con todas las actividades desarrolladas por el Ayuntamiento y, por supuesto, al jurado, por su complicada labor para valorar y seleccionar las mejores obras entre todas las presentadas.

Muchas gracias a todas aquellas personas que habéis participado en esta edición, esperando volver a contar con vuestras obras en el certamen correspondiente al año 2022.

Juan Pedro Rodríguez García

Concejal de Juventud, Salud y Consumo

Y

Coordinador Municipal del Programa Dos Hermanas Divertida.



Vamos ya para dos años de pandemia por coronavirus, pero parece que lleváramos conviviendo un siglo con ella. Hemos pasado por un confinamiento domiciliario inédito y una situación de excepción que hemos tratado de sobrellevar de la mejor forma posible, pero ciertamente no ha sido fácil para nadie. Y aquí estamos, en medio de una cronificación del problema donde ya hemos mejorado en el conocimiento del virus y en su abordaje, se ha reducido la letalidad gracias a las vacunas y estamos aprendiendo a convivir en lo que se ha denominado una “nueva normalidad”. No queremos ser pesimistas porque efectivamente, si miramos solo a unos meses atrás, estamos mejorando de manera clara hacia una situación de relativa normalización, eso sí, con medidas higiénicas y de seguridad que no podremos abandonar fácilmente.

Seguiremos manteniendo la distancia física (que no social) por algún tiempo y habremos de extremar algunas precauciones más, pero

también hemos comprendido que no vamos a salir de esta situación encerrándonos cada vez que aumenten los contagios. Seguridad y protección, sí pero la vida sigue, tiene que seguir. Y en este proceso, la cultura es y será una de las mejores medicinas. Ha sido un bálsamo en el confinamiento pues, en muchos casos, encerrados en casa hemos tenido algún tiempo para reencontrarnos con la lectura serena, los clásicos del cine, para sacar de la funda la guitarra o para interpretar, actuar y tocar las palmas en los balcones.

Sinceramente creo que, junto a la pastilla de la tensión, el antigripal y la vacuna del COVID, nos debieran recetar también nuestras mínimas dosis de cultura. Como poco, la tertulia y el periódico en el desayuno, lectura en dosis a demanda. Al menos tres o cuatro píldoras de cine y una buena cucharadita de teatro a la semana. Y sí, se puede abusar de esta dieta entre horas. Hay quien augura un rebrote económico de consideración tras la crisis económica que acompaña a la sanitaria. Y parece que así será... pero además, también se anuncia una nueva Bauhaus. ¿Será posible realmente que esta crisis profunda nos traiga reflexión, debate y replanteamientos que conduzcan a una primavera cultural en Occidente?

Ojalá así sea. Ojalá que entendamos todos y todas que la vida sin cultura es una vida sin alma, que miremos adelante con perspectivas renovadas en lo social, lo cultural, lo medioambiental y así nos resituemos para vivir una vida más plena, más rica, más atractiva y más divertida. Por nuestra parte no va a quedar. Afrontamos el nuevo curso académico en la búsqueda de la máxima presencialidad posible y en la idea de que este será el año del reencuentro con el disfrute de la cultura a todos los niveles. En esa búsqueda, este libro editado por el Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas, te puede ayudar (como el anterior nos ayudó durante el confinamiento). Léelo, disfrútalo y ¡escríbelo!, puede que en la próxima edición tus aportes como autor o autora también estén incluidos.

David Cobos Sanchiz

Vicerrector de Cultura y Políticas Sociales

Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

ÍNDICE

Obras premiadas en el II Certamen Literario 'Rectora Rosario Valpuesta'

1.- RELATOS CORTOS

1.1.- Obra ganadora en la Categoría General

El circo de los errores, Eder López García de Marina 21

1.2.- Obra ganadora en la Categoría Comunidad Universitaria Pablo de Olavide

Lechuza, María Bazaga Ropero 27

1.3.- Accésit en la Categoría Comunidad Universitaria Pablo de Olavide

Memorias de un hombre olvidado, María Siquier Herrera 33

1.4.- Obra ganadora en la Categoría Local

Parada de remembranza, Javier del Toro García 39

1.5.- Accésit de la Categoría Local

La araña, Antonio Martín Barrios 45

Atraco en el Global Money Bank, Bárbara Gómez Espada 53

1.6.- Obra ganadora en la Categoría Local Menores de diecisiete años

El barco de mis sentimientos, Agustín José Mora Jiménez 61

1.7.- Accésit en la Categoría Local Menores de diecisiete años	
<i>Descubriendo lo desconocido</i> , Lucía Gómez Rodríguez	69
<i>Farid</i> , Marta Moreno Velasco	83
2.- POESÍA	
2.1.- Obra ganadora en la Categoría General	
<i>Apología de la muerte</i> , Javier Adrada de la Torre	93
2.2.- Accésit de la Categoría General	
<i>Poemas debajo de un árbol</i> , Jesús Robles Hernández	97
<i>Contemplación binaria desde los Alpes</i> , Aitana Monzón Blasco	101
2.3.- Obra ganadora en la Categoría Comunidad Universitaria Pablo de Olavide	
<i>Al sur del olvido</i> , Miguel Ángel Andrada Ceballos	105
2.4.- Accésit en la Categoría Comunidad Universitaria Pablo de Olavide	
<i>Mis raíces; mi Andalucía</i> , Irene Cintas Ruiz	107
2.5.- Obra ganadora en la Categoría Local	
<i>Pájaros</i> , Carlos Jiménez Barea	111
2.6.- Accésit de la Categoría Local	
<i>¿Qué hay detrás del silencio?</i> , Carlos Manuel Reina Rosales	115
<i>En el nombre del arte</i> , Ana Bono Rodríguez	117

<i>Porte aéreo</i> , Javier del Toro García	119
2.7.- Obra ganadora en la Categoría Local Menores de diecisiete	
<i>El péndulo eterno</i> , Alejandro Romero Sánchez	121
2.8.- Accésit de la Categoría Local Menores de diecisiete	
<i>Cansada</i> , Begoña Gómez Rodríguez	125
<i>A nuestros abuelos</i> , Irene Rubio González	127
3.- MENCIÓN ESPECIAL AL MENSAJE POR LA IGUALDAD	
<i>Delicadas</i> , Raquel García Robles	131
4.- Selección de obras II Certamen Literario ‘Rectora Rosario Valpuesta’	
<i>Vida de vida</i> , Octavio Piñero Carrizosa	137
<i>El ejemplo invisible</i> , Javier Riscart López	139
<i>Por un poema</i> , Rocío del Valme Cala López	141
<i>Solo así sale la tinta</i> , Rebeca García	143
<i>Doppelgänger</i> , Narciso Raffo Navarro	145
<i>Los mundos de las desconocidas</i> , Alfonso Pagola Fernández	147
<i>Entre el norte y el sur</i> , Julia Otero Romero	151
<i>La enfermedad de los olmos</i> , M ^a Ángeles Oliver Díaz	155

<i>Ciudades imaginarias</i> , Sofía Cruz Lozano	163
<i>El mayor reto</i> , Mircea Mario Chiaburu	169
<i>Cuarentena</i> , Isabel Alfonso Moñino	171
<i>Adiós</i> , Noemí Fernández Fernández	173
<i>El beso</i> , Luis Calderón Cuesta	177
<i>Así que</i> , José María González Romero	179
<i>El ejército de las mariposas y el enemigo invisible</i> , Julia Gutiérrez Candau ...	181
<i>Sputnik</i> , Laura Peláez Moreno	185
<i>Verdad</i> , Sara Campillo Falcón	187
<i>Cuando la vida es aburrida</i> , Séfora Fernández Fernández	189
<i>El tren de la vida</i> , Cristina Arminio Rodríguez	191
<i>No se equivoca</i> , Ana Fernández Sicilia	195
<i>Efecto mariposa</i> , Carolina Romeira Gómez	199
<i>Semana eterna</i> , Juan Porcel Salguero	207
<i>A orillas del velero</i> , Alejandra Carmona Vicente	211
<i>Los ojos del pintor</i> , Estela Lora Guzmán	219
<i>Mi planeta</i> , Laura Naranjo García	223
<i>Malditos 16, maldito amor</i> , Andrea Martínez Ramos	225

<i>El canto del cóndor</i> , José Antonio Muñoz Cousinou	237
<i>Cinco puntas amarillas</i> , Miriam Sault Toscano	247
<i>4 de septiembre de 2018</i> , Natalia López Vidal	251
<i>Croqueta</i> , Gonzalo Reina Rosado	253
<i>Amigo</i> , Daniel Núñez Parra	259
<i>Señora de mi Amparo</i> , Alejandro Romero Sánchez	261
<i>La niña rica</i> , Almudena Román Casado	263

1.- RELATOS CORTOS

Obras premiadas

EL CIRCO DE LOS ERRORES

Eder López García de Marina

32 años

Mungia (Bizkaia)

Yo no era más que un mero espectador y oyente, escondido entre el ajuar y el atrezzo retirado de escena, en la improvisada reunión entre el niño y el anciano en aquella tienda de circo. Estaban sentados uno enfrente del otro, separados por el diámetro de una bobina de cableado desnuda que, volteada, hacía de mesa, y sobre la que se apoyaba el único candelabro que alumbraba tenuemente la tienda. El anciano, disfrazado de payaso, observaba risueño al infante que se divertía jugando con dos soldaditos de plomo, distraído de cualquier preocupación. Me hacía gracia el niño: estaba repeinado y vestía un traje de marinero que le quedaba un poco grande y unos zapatos de cuero negro con los que apenas llegaba a tocar el suelo. Me recordaba a las fotos de mi primera comunión. La voz del anciano atenuó la banda sonora del ambiente circense, del trasiego de variopintos personajes que se intuían al otro lado de la carpa:

— ¿Qué tal te va? ¿Te lo estás pasando bien? — se interesó.

— ¡Bien! ¡Sí! — le contestó sonriendo el niño, y continuó inmerso en su afán infantil.

En el lado opuesto desde el que les observaba sin ser visto, pegado al entoldado, había un tocador grande de madera con un espejo ribeteado por una guirnalda de luces que estaban apagadas. No hacía falta encenderlas: no me imaginaba aquel momento con una luz más apropiada que la que proporcionaba el candelabro, que apenas ayudaba a distinguir el color rojo de las franjas de la carpa; franjas que se intuían sucias y gastadas por las innumerables veces que tuvo que ser aquella tienda montada y desmontada. Pero era una luz suficiente para que el reflejo del espejo de aquel tocador me mostrara el otro lado de la cara

de mis observados; y pude ver claramente, por ambos ángulos, como el maquillaje de payaso no podía disimular la expresión de nostalgia y tristeza que se estaba autoinfligiendo aquel, quién sabe, abuelo. ¿Sería el niño su nieto? Le miraba de una manera que me hacía pensar que sí.

— Escucha... — se quiso armar de valor.

El niño seguía a lo suyo

— . Esta es la última vez que nos vamos a ver...

— ¿Por qué? — preguntó por mero acto reflejo, aún absorto en su distracción.

El anciano se quitó sus guantes de payaso, que hacía tiempo habían dejado de ser blancos, y con sus manos entramadas por riachuelos de venas que denotaban su avanzada edad (hasta ahora su maquillaje no me había dejado adivinarla), paró el juego del niño. Este alzó la vista hacia su mirada, frunciendo el ceño, a medio camino de la rabia; no sabía si era porque quería seguir jugando, o simplemente porque no quería escuchar lo que le tuvieran que decir. Ese sentir caprichoso e infantil se me hacía familiar, no era la primera vez que lo presenciaba.

— Escucha... Puede que creas que estos dos soldaditos son lo más valioso que tienes, lo más valioso que conoces hasta el momento.

— Puede — contestó el niño, encogiéndose de hombros y dirigiendo la vista hacia su cerebro, para indagar en su joven memoria — . Igual sí.

— Pero eso es porque todavía no *conoces* — hizo especial énfasis en esa palabra — . Apenas *conoces*, mejor dicho.

Captó su atención; y la mía. Fijé mi mirada en el caballo balancín que tenía a mi vera para escuchar mejor, sin sentido alguno, como quien baja el volumen de la radio para encontrar aparcamiento. Su quietud me hizo pensar que aquel juguete ecuestre de madera también quería

escuchar. Puede que fuese un capricho abandonado del niño. Empezaba a pensar que este podría ser un aprendiz de payaso... ¡Seguro que sí! ¡Y el anciano le estaba cediendo su lugar!

— ¿Por qué dices que esta es la última vez que nos vamos a ver? ¿Te aburres? ¿Y qué es lo que apenas *conozco*? — quiso imitarle el énfasis.

— Tu tiempo — asintió pausadamente con la cabeza el anciano —. Lo que apenas conoces es tu tiempo.

— ¿Y tú sí conoces el tuyo?

El anciano dudó antes de dar su respuesta.

— Casi.

— ¿Y el mío?

— Me aventuraría a decir que sí.

— ¡Aventura! — Se le iluminó la cara.

Me sobresaltó y me hizo reconducir de nuevo la mirada hacia ellos. El niño, al sonreír, descubrió en su cara angelical, en el perímetro de sus mejillas, el surco perfectamente definido de unos inocentes hoyuelos. Me llevé la mano a la cara y rocé una de mis mejillas: me acordé de esas marcas que desde hacía tiempo yo escondía. El niño y yo compartíamos una semejante arquitectura de sonrisa.

— ¡Aventura! — repitió —. ¡Juega conmigo a una *aventura*! ¡Vamos!

El anciano sonrió, compadeciéndose de él.

— No tengo tiempo para jugar a ninguna *aventura* más... He venido a despedirme.

—¡No! —se molestó, haciendo gala de su mal consentido carácter—. ¡Te pido que juegues!

—Te prometo que tienes toda una vida para jugar a *aventuras*.

—¡Pero yo quiero jugar contigo ahora!

—No vas a poder volver a jugar conmigo; aunque quizás me tengas presente en todos tus juegos a partir de ahora.

El niño sintió por primera vez el escalofrío de lo que parecía estaba siendo un «hasta siempre» y no un «hasta luego». Observé casualmente la mano que todavía mantenía en mi mejilla, camino de vuelta hacia el arcón donde la tenía apoyada desde un principio. Me la había manchado de pintura blanca, ¿de mi cara? Volví a fijarme en él: sus ojos empezaban a asomar una primera lágrima, el preludio de toda lluvia que se conozca.

—No estés triste, pequeño —le quiso consolar—. No vamos a volver a jugar juntos, pero si quieres te puedo poner una misión.

Aún desconsolado, este sorbió sus lágrimas, antes de limpiarse la cara con la manga de su chaqueta de marinero.

—¿Me va a gustar?

—¡Te va a encantar!

—¿Seguro?

—¡Claro que sí! Pero me tienes que prometer una cosa. Una cosa muy importante.

—¿Qué cosa?

–Que, según te diga la misión, tienes que salir corriendo a cumplirla. Sin mirar atrás. Sin decirme adiós. Es una misión muy importante, la más importante de tu vida.

El niño borró su tristeza. Volvía a estar ilusionado por aquella misteriosa e inminente misión.

–Tienes que salir a cometer errores. Todos los que puedas: en cada situación que encuentres una oportunidad, comete errores. Cáete todas las veces que te apetezca de la bicicleta; y vuelve a montarte para volverte a caer. No hagas caso de consejos, no son buenos maestros. Los errores sí: cuantos más errores recolectes, más vas a aprender. Y cuando pienses que no te caben más errores, entonces, y solo entonces, quizás nos volvamos a ver. ¿Lo has entendido?

–Creo que sí...

–¿Y a qué esperas? ¡Corre, vete! ¿No te he dicho que tenías que empezar cuanto antes?

–Pero...

–¡Ya! ¡Vas tarde! ¡Venga!

El niño se quedó bloqueado por un instante, hasta que ambos, curiosamente a la vez, pestañearon. Entonces, tras levantarse con brusquedad y echar la silla al suelo, salió corriendo por delante mí. Tuve que agazaparme aún más para que no me viera, pero dejé mis ojos al descubierto por encima del arcón: estaba tan expectante que no quería perderme nada de aquella escena.

Cuando el rebufo de su aparatosa huida se silenció, el anciano, que se mantuvo inmóvil sin mirar atrás, sonrió por última vez en su ya desgastada profesión, dejando caer también una lágrima. Entonces, apoyando sus dos desnudas y decrepitas manos sobre aquella bobina hecha mesa, se levantó cansadamente y se dirigió hacia el tocador.

Comenzó a quitarse el disfraz de payaso hasta quedarse en ropa interior. Luego se sentó delante del espejo. Se quitó su veterana peluca y la nariz de mentira que le había acompañado prácticamente toda la vida. Abrió uno de los cajones, sacó un bote de agua micelar y unos algodones desmaquillantes, y empezó a quitarse la pintura blanca de la frente. Entonces me quedé en *shock* y me llevé por segunda vez la mano a la cara: repasé con la punta de mis dedos índice y medio todo el recorrido de la cicatriz que tenía en la frente, desde la parte superior de mi ceja izquierda, hacia el centro, hasta casi el remolino que nacía en mi cabello: ¡era idéntica a la que él acababa de revelarme! ¡Idéntica a la que me hice cuando era niño al caerme en una carrera de bicicletas con mis amigos! El anciano interrumpió mi asombro con una risa sutil, aunque burlesca, y, a través del espejo, más atrás de su reflejo, destapó mi escondite. Parecía saber que había estado allí todo el rato. Clavó su mirada en la mía y me dedicó sus últimas palabras: «Pestañear, mi querido pasado hambriento, es la más eficaz máquina del tiempo».

1.2.- Obra ganadora en Categoría Comunidad Universitaria Pablo de Olavide
de Relato corto

LECHUZA

María Bazaga Roperó

21 años

Castilleja de Guzmán (Sevilla)

Dicen que la juventud otorga una valentía que la serenidad espanta. Quizás fuera esta la razón por la que él fuera el único que decidió pasar las noches conmigo. Nadie se atrevía a estar en la soledad que exigía mi preciado templo, oscuro, a la vez que noble y sagrado. Incluso ofrecían un sueldo mayor que para aquellos que me hacían compañía durante el día.

No sabía mucho de él, aparte de que estaba ahorrando para casarse. No estaba presente, aunque sé que, el primer día antes de venir a verme, estaba con su pareja preparándose para salir. De fondo, podía escucharse en la televisión: «Distintos testigos han asegurado ver al famoso fantasma del Panteón de los Ilustres. Tras un largo debate, se ha tomado la decisión de retirar la vigilancia nocturna del lugar por la propia seguridad de los trabajadores, quienes están asustados por si alguno de los difuntos enterrados en el lugar decide, en algún momento, tomarla con ellos».

—Desde luego, qué cantidad de tonterías tiene la gente con estas cosas —dijo mi acompañante aquella noche.

—Tonterías tienes tú, Adolfo —le dijo su pareja—. No sabes lo que puede pasar en un lugar así, rodeado de tumbas y de cuerpos. No me extraña que, si alguno de sus espíritus se quedase atrapado en este mundo, intentara manifestarse para pedir ayuda.

—No digas esas cosas. Los muertos, muertos están, en todo caso serán los vivos los que hagan ruido y se pongan a mover objetos haciéndose pasar por fantasmas simplemente para asustar o hacer alguna jugarreta.

Mientras la conversación seguía, Adolfo terminaba de vestirse para nuestro encuentro. Se peinó, se afeitó y se abotonó la camisa sin prisa, a pesar de que iba tarde, pero como él solía decir: «Vísteme despacio que tengo prisa; más vale ir bien y un par de minutos tarde, que hecho un desastre y media hora antes».

— Adolfo, se te va a hacer tarde en tu primer día.

Adolfo hizo un gesto como para quitarle importancia al comentario, le dio un beso a su pareja y salió de casa con ese entusiasmo propio de las primeras veces, acentuado por la joven edad. Una vez llegó, su compañero estaba esperando a que le hiciera el relevo antes de la puesta de sol.

— Buena suerte, eres un valiente al querer pasar la noche aquí, con todos ellos — le dijo mientras señalaba a los alrededores.

Adolfo se encogió de hombros y, como tantas veces había asegurado antes, dijo que nosotros no dábamos ningún problema.

— Tú sabrás — dijo su compañero mientras cogía sus cosas para irse.

Ahí fue nuestro primer encuentro a solas. Aunque antes de venirse con nosotros subió la torre y contempló la puesta de sol mientras inspeccionaba que nadie se hubiera quedado atrapado en ella durante el cierre. Cuando llegó a lo más alto, las vistas hicieron que se le escapase un suspiro. «Ojalá todo el mundo pudiera ver esto», pensó. Luego, bajó hacia las entrañas de mi templo, uno de los mayores templos del mundo. No todo el mundo tenía la suerte, como nosotros, de poder pasar sus días en la Catedral.

Cualquier paso que dabas en ella reverberaba en las paredes, produciendo así eso que llaman eco. Es cierto que nosotros preferimos mantenernos callados, por lo que podíamos atender perfectamente a sus movimientos, sentirlos y escucharlos desde cada esquina. Así, entre

los pasos que latían en el silencio, pasamos gran parte de la noche, observándonos mutuamente, despiertos y en vela como una lechuza. Sin embargo, la oscuridad llenaba aquel gigante que era mi hogar y, junto a ella a altas horas de la noche, un invitado decidió unirse a nuestra silenciosa fiesta.

Las paredes de la Catedral comenzaron a respirar; exhalaban e inhalaban profundamente, de una manera tranquila, como si nuestro huésped aún estuviese durmiendo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Adolfo.

Una muy buena pregunta, pero ninguno de los dos conocíamos la respuesta.

Poco a poco, aquel sonido empezó a inundar el territorio que, hasta entonces, había estado ocupado por el eco de los pasos. Primero, esa respiración era un sonido largo y espaciado en el tiempo, más similar al viento que parecía intentar colarse en el interior, susurrando entre los viejos muros; luego, rápido y agitado, cada vez más y más acelerado. Alterado, Adolfo pensaba que alguien intentaba burlarse de él y entrar a robar en mi hogar, el cual siempre ha estado lleno de tesoros.

Antes de que nos diéramos cuenta, amaneció y con la salida del sol aquel escalofriante sonido se apagaba. Adolfo no había dejado de recorrerse la Catedral en toda la noche en busca de la persona que pudiera estar provocando aquel estruendo, pero no vio nada ni a nadie. Al llegar a casa, aunque agotado, no consiguió pegar ojo hasta bien entrado el mediodía, pues en su cabeza aún resonaba los compases disonantes de aquella respiración acelerada.

Cuando llegó la noche de nuevo, Adolfo estaba algo más reticente a la hora de ir a trabajar. Puede que los vivos fueran los que armaran ruido para él, pero parecía que la noche anterior el aliento de un fantasma le rugía sobre la nuca. Sin embargo, no se dejó convencer por esas supersticiones y volvió conmigo una noche más.

Una vez más, volvió a vestirse despacio, pero sin pausa, besó a su pareja y salió de casa. Cuando llegó a la Catedral, su compañero le esperaba para el relevo y le preguntó por su primera noche. Adolfo entre sudores respondió:

—Estupendamente, si eso de los fantasmas no son más que tonterías.

Tras esto, soltó una risa nerviosa de la que su compañero no pareció percatarse. Este le dio una palmadita en la espalda y le deseó ánimo una vez más para una nueva noche.

Una vez más, tras la puesta de sol, la noche pareció repetirse; Adolfo, ajeno a nosotros, caminaba por la Catedral con la única compañía del sonido de sus pasos. De hecho, fue tanto el tiempo que Adolfo pasó caminando que llegó a respirar aliviado, convencido de que lo que pasó la noche anterior no era más que un producto de su imaginación, probablemente infundado por todas aquellas habladurías que había escuchado últimamente. Sin embargo, a cosa de las tres de la madrugada volvió: primero, lento y acompasado, grave; después, agitado, al igual que los latidos del corazón de Adolfo, respiraba la Catedral.

Adolfo temblaba. Se llegó a plantear que quizás todo lo que le hubiese contado fuera cierto y, por primera vez en dos noches, nos miró, miró a todas nuestras tumbas. Intentó controlar su propia respiración, cada vez más agitada, a compás de la de aquellos muros centenarios; mientras, se repetía que los muertos eran eso, muertos. Él no lo sabe, pero nos miramos directamente a los ojos mientras aquella música seguía sonando.

He de reconocer que superó mis expectativas. Sin saber cómo, Adolfo logró desatarse de aquellas parálisis del terror que lo poseía y siguió buscando de dónde podía provenir aquel sonido capaz de helar la sangre. Recordó que habían estado haciendo obras en los tejados de la Catedral, así que se alejó de mí y subió a las alturas. Allí, se puso a

buscar a quien fuera el responsable, volviéndose a centrar en alguien de carne y hueso, y he de decir que lo encontró, aunque probablemente no a quien él esperaba.

Atrapada en un canalón, se encontraba una pequeña lechuza, la cual no podía salir y no hacía más que gritar auxilio. Sin embargo, al igual que los pasos del vigilante, sus chillidos y súplicas reverberaban en las paredes de la Catedral, produciendo así un sonido espectral.

Adolfo rio a la par que suspiró aliviado. «Lo sabía, era imposible que fueran sonidos de ultratumba, los muertos no hablan y los fantasmas no existen», pensó. Volvió al interior y siguió con su ronda. Mientras tanto, yo seguía allí, vigilando todos sus pasos, atento a sus movimientos. Yo, Fernando III el Santo, seguiré observando todo lo que pase aquí, desde mi sepultura, y narrando, por los siglos, historias que los muertos no narran.

MEMORIAS DE UN HOMBRE OLVIDADO

María Siquier Herrera

30 años

Jerez de la Frontera (Cádiz)

Era el año de la hambruna y el espanto, las estrellas cubrían las montañas de Azur aquella noche. La guerra había terminado y volvía a casa. Los que allí me esperaban no imaginaban que nunca sería el mismo después de aquello. Atrás, la nieve se cubría con una alfombra de cuerpos gélidos, el hedor metálico de su sangre impregnaba todo el campo de batalla. Ahora sabía a qué olía la muerte.

De qué sirven los esfuerzos que en vida hicimos, los bienes y placeres que acumulamos, cuando en pocos minutos se escapa la vida. Vida que, como en la batalla, nada asegura excepto la muerte, porque, aunque tropieces con la fortuna y logres protegerte, una parte de ti quedará atrapada en la tierra, en el aire, y esa sensación provocó en mí una especie de éxtasis fatal que adormeció mi sentido común, mi pensamiento, mi propio ser.

Muchos de los soldados no eran más que niños asustados, la adrenalina y el entusiasmo producido poco antes de comenzar la lucha los animaba a continuar. Se sentían alentados por los gritos de guerra de sus compañeros más veteranos, y el objetivo era la victoria, comprendían que era imposible retroceder, solo había avanzar. La mente trasciende a un estado de conciencia alterado donde el dolor o el miedo desaparecen, y la supervivencia es lo único que importa, sin que nada valga el sacrificio de sus vidas.

¿Somos seres violentos por naturaleza, o seres pacíficos a los que la sociedad corrompe? La guerra podría formar parte de esa respuesta, espejo de la vanidad y el ego que prevalecen sobre el propio estado de conservación, y me creí más listo que ella. Yo no era un guerrero, nunca quise hacerme partícipe de sus planes, Aker tampoco.

Conocía a Aker desde que tuve uso de razón, apareció en el pueblo un comienzo de primavera, junto a su madre. No me hizo falta más que un simple vistazo para comprobar que era un niño débil y enfermizo, de poco valor, diferente. No conoció a su padre, su madre lo crio de la mejor forma que pudo a pesar de los escasos medios con los que contaban. Crecimos juntos, y era lo más parecido a un hermano que podía tener, nos protegíamos.

Recuerdo que una tarde no teníamos mucho trabajo, así que decidimos investigar por la zona a pesar del molesto viento que comenzaba a azotar al pueblo, fenómeno normal por las fechas en las que nos encontrábamos y al que estábamos más que acostumbrados. Ya mi madre siempre me contaba que, antes de la llegada de los primeros vientos, mi abuela se sentaba en la silla de la cocina, y apoyaba su brazo izquierdo en el borde de la ventana, mirando hacia el exterior. Por unos minutos, su mirada melancólica se reflejaba en el cristal, de nuevo era una niña que miraba cómo su padre entremetía las redes y se alejaba en la mar. Ella recitaba una vieja canción marinera que, a su vez, le enseñó su madre, y que mi madre me enseñó a mí:

*Ya se van los marineros
en sus barcas a pescar,
y los vientos, antes dormidos,
ahora despertarán.*

*El canto de la gaviota
anuncia ya el temporal.*

*Pájaro de la libertad eterna,
que el joven marinero contempla
en su viaje a la mar.*

*El hogar ya queda lejos,
reluce el horizonte,
igual que un manto de plata
que a una virgen esconde.*

La gaviota anunciadora
de su vuelta será.
Pues solo tras los vientos,
podrán regresar.

No fuimos muy lejos, lo suficiente para descubrir que en el mar estaba ocurriendo algo que, para mí, fue inolvidable. Multitud de peces, de todas las formas y tamaños, saltaban y nadaban sin cesar, chapoteaban sobre las aguas llenos de vida, enérgicos. Jamás, en la poca vida que teníamos entonces Aker y yo, vimos un pez vivo. Era común ver ya a los peces muertos en los puestos del mercado, en las cajas o sacos que los marineros depositaban en la plaza, y que luego las mujeres vendían a viva voz. Para ambos el pescado nacía muerto,

sirviendo de alimento al vivo. Nadie nos explicó nunca que el marinero, cuando pesca, debe sacar a un animal con vida del mar. A pesar de lo común que podría ser para cualquier otra persona ver cómo un simple pez asoma su imagen por encima del agua, nosotros lo vivimos de un modo diferente.

Aker se sentó a la orilla para contemplar, más de cerca, aquello que para nosotros era un tesoro. Fuimos conscientes de la vida, y también de la muerte, del nacimiento y de la expiración. Miré al que consideraba mi hermano, y comprobé que lo que intuía hacía ya varios años se hacía patente en ese preciso momento. Sus ojos verdes se tornaron tristes y acuosos, pero también expectantes, incrédulos. El mundo le había concedido unas pequeñas gafas invisibles que le permitían observarlo desde el agudo cristal de la sensibilidad, pertenecía a ese pequeño grupo de privilegiados que entienden la vida desde casi el enamoramiento, convirtiéndolos en seres frágiles y vulnerables.

Recordé aquello ese día, mientras el enemigo se acercaba... Me parecían millones. Aker estaba a mi lado, y miraba a esos hombres con la misma intensidad con la que miraba aquellos peces muchos años antes, pero, esta vez, el pánico y la ansiedad nublaban su visión. Su corazón se había roto, el humano venció a su humanidad, la derrotó.

Aker ya no estaba enamorado, ahora se sentía decepcionado, engañado, el dolor al que esos hombres que se acercaban iban a someterlo no era nada comparado con el que su alma estaba experimentando. Me fijé en sus manos, rezaba. Es curioso cómo en los momentos en los que crees que tu cuerpo podría estar en peligro, aquellos momentos en los que varios dolores te atormentan, instantes en los que tu vida es sensible a desaparecer, crees en Dios. Sin embargo, cuando te sientes relajado, seguro y tranquilo, esos días, eres ateo. En aquella ocasión yo también fui creyente.

El aire helado provocaba que nuestra respiración liberase vapor. En ese momento, los hombres que allí permanecíamos expulsábamos el mismo humo blanquecino por las bocas. La vida se nos escapaba por

el mismo lugar que obligaba a los peces a morir, pero la humanidad nos delataba, ya no éramos animales, teníamos consciencia y eso nos hacía libres. No obstante, me encontraba preso de la ira, la humanidad elegía la violencia, el sinsentido. La moral y la ética que nos diferencia de los animales se disuelven en el morbo de muchas miradas iracundas que, como a cámara lenta, se acercaban un poco más. Los latidos de mi corazón marcaban el paso, y el hielo que cubría mis pies ya no me parecía tan frío. Los cuerpos de enemigos comenzaron a chocar con los nuestros, el sudor de otros hombres salpicaba mi cuerpo. Los caballos sin jinete galopaban sin rumbo fijo, nos estábamos aniquilando, éramos salvajes.

Debería haber disfrutado más de mi familia, de mis amigos, del amor, del sexo, de la vida, me decía a mí mismo mientras veía cómo la tierra nevada se cubría de un intenso color rojo. Era sangre helada, sangre por sangre, sangre olvidada de tantos hombres malos y buenos, valerosos e insensatos... impulsivos, qué sé yo, no soy quién para juzgarles. Al final solo buscaba a Aker, y cada vez caían más cuerpos, aunque muchos ni siquiera parecían ya cuerpos humanos, la deformidad de la guerra se hacía visible a través de ellos.

El cielo se abrió como se abre una nuez cuando deja entrever su fruto, arrojando luz a aquellos hombres cansados de luchar, que también eran frutos de la vida, pero secos, como la nuez. Entre ellos estaba Aker, su cuerpo sin vida descansaba sobre la nieve, pero no me impresionó, sabía que su alma piadosa sería incapaz de producir daño o dolor a otro ser viviente, así que prefirió el sacrificio de la resignación. Me acerqué a su cuerpo inerte, y vi que le atravesó una flecha por el costado, había perdido demasiada sangre.

Se la arranqué con fuerza, no me costó mucho trabajo, quería ver su cuerpo limpio de cualquier dolor. Posé, entonces, mis dedos agarrotados sobre sus ojos verdes, que ahora volvían a estar serenos, calmados, y los cerré con delicadeza. Tuvo una muerte desgraciada, mísera y solitaria, que me causó una sensación de abatimiento. En ese instante, también creí en Dios, y sentí que no había muerto en vano,

pues le esperaba algo mejor que este mundo falto de empatía y colmado de ruindad.

Levanté su cuerpo, y lo trasladé más allá del bosque que bordeaba el campo de batalla. Luego me arrodillé en la nieve y cavé una tumba con mis propias manos, no tenía más, pero inexplicablemente me sobraban fuerzas. Supe que él no podía permanecer rodeado de hombres comunes, ciegos de soberbia y sadismo. Siempre fue distinto, superior en su flaqueza.

Muchos quedaron en el camino, pero otros muchos debíamos continuar. Los que conseguimos sobrevivir, a duras penas, caminamos hacia algún lugar conocido. El fuego aún podía olerse, los gritos oírse, y los cuerpos retorcidos de dolor perduraron en nuestra memoria durante largos años. Rápidamente el frío comenzó a inmovilizarnos, por eso decidimos hacer noche en una pequeña cabaña muy cerca del río Drozne, aquel río podría narrar mil y una historias emocionantes. Aker siempre decía que el Drozne era el más sabio de todos los ríos del país.

Al alba partimos de nuevo, y me fijé en que los pájaros aún dormían, me gustaba madrugar en aquel tiempo, quizás porque me costaba conciliar el sueño. Nuestras piernas temblaban de agotamiento, sin embargo, no pronunciamos palabra, la esperanza de volver a ver a nuestras mujeres e hijos nos mantenía fuertes y animosos. Pensé en Aker, y en su madre, que murió poco antes de la guerra.

Sin previo aviso, el sol alumbró la ciudad de Nhur. Pude sentir el calor en la cara, y noté que mi cuerpo se estremecía, reconocí las calles, las gentes, el olor a pan recién hecho, el sonido del pescado muerto chocando contra las cajas de madera en la lonja, que hacía el marinero al descargar las redes. En ese momento, descansé, había llegado al hogar.

PARADA DE REMEMBRANZA

Javier del Toro García

17 años

Dos Hermanas (Sevilla)

María se sienta con parsimonia en la parada del bus. Le aguarda un largo trayecto hasta su piso de Sevilla Este y todavía le resta un considerable tiempo de espera. Siendo perfecta conocedora de ello, se apoya en la cristalera y comienza a divagar sobre todas las cosas que tiene que hacer. Los vaivenes mentales fluyen al son de sus problemas, proyectos futuros y ocurrencias espontáneas.

Así pues, ante tanto jaleo mental, decide calmarse y escapar de la zozobra que la envuelve. Gira la mirada lentamente hacia la derecha, donde se halla un señor mayor, con mirada perdida en el asiento de al lado. Hombre de cabello pobre, ojos azules, nariz holgada y múltiples arrugas. Viste una gabardina marrón, un pantalón a juego y unos castellanos azul marino. Sin duda, tiene un porte elegante, que se acrecienta con el buen gusto que atesora para combinar las prendas.

En los ojos de María se pueden percibir la amargura y la desolación. Baja la vista hacia su vientre, que acoge una nueva vida, e inevitablemente esboza una amplia sonrisa en su rostro. El señor que se halla con ella esperando observa la escena y no puede contener la pregunta:

— ¿De cuántos meses es?

María vuelve a hacer una mueca de aflicción. Hay muchos temores que la atormentan por dentro y le provocan mucha inestabilidad personal. Últimamente ha experimentado muchas emociones de distinta índole, y le afecta en especial que ese señor le formule esa cuestión. Aun así, rehúye sus pavores y contesta:

—Ya está a puntito de nacer, no queda nada —dice tratando de emular una sonrisa.

—No sabe usted cuánto me alegro. Los niños son fuente de alegría en este mundo —comenta el caballero cortésmente.

—Pues sí —responde a duras penas, deslizando la mirada hacia el estómago una vez más y comenzando a lagrimear.

—¿Se encuentra bien, señora?

—La verdad es que no. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Disculpe mi intromisión, señora. ¿Va todo bien en casa? —se apresura a decir en tono servicial.

La pregunta resulta un poco desconcertante para ella. Entonces, desvía la mirada y sus ojos se encuentran directamente con los del experimentado caballero. Le impacta lo perdida que tiene la vista, camuflada bajo ese iris de intenso color celeste. No obstante, no es la primera vez que aprecia ese tipo de mirada. Parece como si estuviese asustado constantemente y no supiera cómo esconderlo. Este hecho le produce a María cierto desasosiego, mas reúne las fuerzas necesarias y responde:

—¿En casa? Todo está complicado. La soledad me está quemando.

—¿Soledad? —toma una breve pausa—. ¿Y el padre? —dice señalando el vientre con poco descaro.

María toma aire y contiene como puede las lágrimas. Todo ha cambiado vertiginosamente durante los últimos meses. Su relación sentimental no ha sido menos. Y es que un noviazgo que se halla bajo la lumbre de la desconfianza, y en el que comienza a erigirse una desventurada toxicidad, acaba conduciendo a la inevitable consunción de la relación. Y va más allá del fin del vínculo amoroso,

pues desemboca en multitud de prejuicios psicológicos. A su vez, se produce un desgaste emocional que interfiere en todos los ámbitos en los que incurre la persona que padece esta relación tornada en veneno. Uno de los principales problemas es el de no captar lo antes posible el mal camino que están tomando ambos miembros de la pareja, lo que acabará perjudicando a ambas partes. Y esto es, en su mayoría, lo que ocurrió entre María y su exnovio. Progresivamente, fueron perdiendo el control de la situación, hasta alcanzar un punto de no retorno y, por consiguiente, el fin de la relación.

– Está ocupado con el trabajo.

– Entiendo – agacha la cabeza –. ¿Y la familia cómo anda, señora?

– Pues... mi madre falleció hace ya algunos años – toma un respiro –. Mi padre está enfermo actualmente. Del resto de la familia sé más bien poco desde que entró en quiebra la empresa familiar – cada vez siente más ansiedad y ganas de romper a llorar.

«Hay que realizar urgentemente el protocolo familiar que garantice la perpetuación de la empresa a las generaciones futuras», recuerda María, con lejano remordimiento, las sabias palabras que dijo su padre a escasos dos meses de la disolución definitiva de la entidad. A partir de ahí, comenzó una devastadora guerra entre hermanos que acabó destruyendo por completo el núcleo familiar. Años de juicios y búsqueda de culpables que destrozó todo tipo de amor fraternal. Argaza, la que un día fue la mejor empresa constructora de toda Andalucía, acabó siendo (como tantas otras) cenizas de una mala gestión.

– Entiendo. No tiene que estar siendo nada fácil para usted – dice mientras realiza un extraño gesto con la boca, como de sorpresa –. Me crea usted o no, siento que en otra vida fui empresario – se le escapa una leve risa –. No me haga caso, digo muchas pamplinas. No lo tome como algo personal, por favor.

Ella lo ignora un rato. Se encuentra absorta en el mar de recuerdos que la inunda. Aprecia con nostalgia aquellas tardes de juego con su padre cuando era solamente una niña. Para ella es la persona más influyente en toda su vida, la que más quiere. Entre los dos ha habido siempre un amor intenso y recíproco que se ha materializado en anécdotas divertidas, discusiones típicas del día a día, un sinfín de momentos y un apoyo incondicional y sin límites. Todo se aglutina en un océano de muchos «te quiero» bañado por puertos de grandes logros y repleto de olas de arduas dificultades, que siempre ha estado limpio y plagado de energía.

Por su parte, el señor pretende ofrecerle consejos útiles que puedan sofocar su desdicha. La espera al autobús queda en un segundo plano. Él trata de colmar su mente con recuerdos vividos para poder compartirlos con María, y así mostrar la pericia que le ha brindado los años. Sin embargo, a pesar de rebuscar en su mente y remover el pasado con ímpetu, no tiene nada que aportar. Sigue con la mirada perdida, ahora con matices notorios de amargura y frustración en su faz.

En ambos afloran emociones encontradas y diversas, fruto de la conversación. La pesadumbre hace acto de presencia en sendas caras. El señor, con un nudo de desazón en la garganta, comenta:

— Señora, francamente no sé qué decirle. Su situación no hace más que generarme una profunda empatía y tristeza. Es usted, sin duda, una luchadora.

María recupera fugazmente la sonrisa en su semblante. Hace un ademán de comentarle algo, pero se arrepiente y rectifica. Ahora sí, le responde:

— ¿Sabe una cosa? Estoy segura de que mi padre piensa lo mismo, pero no es capaz de decirlo en las condiciones en las que está. Aunque esté enfermo, es consciente de eso. Lo tengo clarísimo. Él y mi futuro hijo son las fuentes de energía que sostienen en gran parte mis ánimos.

– Diga que sí, mujer. En la vida unas veces se está arriba y otras veces se está abajo. Ya le tocará disfrutar como es debido. Ahora tiene que refugiarse en lo que le haga feliz en la tormenta. Las luchadoras como usted tienen el cielo ganado.

– Desde luego que sí – se seca las lágrimas con un pañuelo –. Es algo que también me suele decir mi padre.

– Haga caso a su padre, seguro que es un hombre sabio. Y, sin duda, es afortunado de tener una hija como usted.

– Afortunada soy yo de tenerlo.

– Y otra cosa importante y que debe tener siempre presente, si me permite el consejo – toma un breve respiro –. Cuide siempre a su padre como seguro que lo está haciendo y, sobre todo, ¡disfrútelo! Que no sabe cuánto tiempo va a poder estar con él.

– ¡No hace falta ni que lo diga!

Los dos ríen afablemente unos instantes. Ha sido una charla enriquecedora y emotiva, al menos así lo percibe el señor anciano, que desvía la mirada hacia la carretera. María, por su parte, mira el tiempo que le queda al autobús. Gracias a Dios, llegará en menos de dos minutos. Ha sido un día largo e intenso. Ella ha tenido mucho papeleo en la oficina y ha pasado por muchos lugares a lo largo de la jornada. También ha acompañado a su padre a ir a unos cuantos sitios. Él ha tenido también un día ajetreado, más de lo que está acostumbrado. Tiene las piernas cansadas y muchas ganas de volver a casa y tumbarse plácidamente en la cama. Mientras tanto, en el ambiente se genera un silencio largo y sepulcral que los ocupa mientras el autobús está en camino.

Al fondo ya se puede avistar el bus, que está detenido en un semáforo. El señor desvía la vista hacia el vientre de la mujer y no puede evitar preguntarle:

—¿De cuántos meses es?

María no vuelve la mirada hacia él. Se levanta y alza la mano para llamar al conductor y a continuación recoge el bolso con las cosas del asiento en el que estaba acomodada. Por fin va a poder volver a casa y descansar, y esa idea le ocupa la mente. Por otra parte, el señor se queda cariacontecido esperando la respuesta de ella, con la mirada inmersa en no se sabe qué, denotando cierto malestar. Es difícil descubrir qué males abordan la mente del caballero y lo mantienen constantemente en vilo, con la mirada desorientada y el semblante impasible la mayor parte del tiempo. Ni él mismo es capaz de ahondar en su conciencia y poder sonsacar qué le inquieta. Todo le parece muy complicado. Todo lo percibe muy abstracto y eso le agobia y le reconcome internamente. Siente que no tiene a nadie con quién hablar sobre sus problemas y poder desahogarse. Siente que no sabe qué siente. Se halla inmóvil y vacío por dentro.

El autobús ya está a escasos quince segundos, y María ya está lista para montarse. Entonces, mira al señor de reojo y ve que no tiene intención alguna de levantarse. Suelta un pequeño suspiro fruto del agotamiento. Se acerca al señor, lo toma del brazo y dice:

—Venga, papá, que ya está aquí el autobús.

LA ARAÑA

Antonio Martín Barrios

23 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Vivía en las hojas del árbol más grande de la calle. Para ella, ese era todo su mundo. Nunca se había movido más allá. Desconocía el resto del mundo, pero tampoco le inquietaba. Aunque pasara frío por las noches, se conformaba con tener bien firme su vivienda hilada entre ramitas y hojas. Ocupaba una cuarta parte de la rama más gruesa del árbol. Su telaraña era mayor que la de su vecina de abajo, también atrapaba más insectos. Su rutina era siempre la misma: reparar las debilidades de su estructura, expandirla, alimentarse de insectos atrapados, conservar algunos para las vacas flacas, charlar con su vecina... Era un ciclo que repetía cada día y nunca bajaba del árbol.

Era incapaz de recordar la última vez que pisó tierra. Lo evitaba. Era bastante peligroso. Temía a esos bichos gigantes que alcanzaban las ramas más bajas del árbol. Por eso, ella se situaba en la zona más alta. No podía comprender cómo existían seres tan inmensos. Apenas podían aprovechar el mundo. Su mundo.

Su vecina le contó que una vez estuvo en uno de esos desmesurados edificios donde duermen. Según decía, no eran tan monstruosos, al contrario, pudo apreciar cómo cuidaban los unos de los otros y pasaban mucho tiempo juntos. Vistos desde el techo, no parecían tan peligrosos. Ella no le creía. Se hacía la heroína. Nunca le había visto moverse de su telaraña. Si acaso algún día desaparecía, pero esa misma noche o al día siguiente volvía con una nueva fantasmada.

Una mañana vio a su vecina volviendo de nuevas aventuras. Trepó hacia su rama y le narró la experiencia que había vivido. Al parecer, esa noche anduvo sobre uno de esos seres, y este se lo permitió. Incluso le dejó echar una cabezada encima de él. Sintió una conexión. Transmitía

un extraño calor y afecto, acompañados de un sonido percusivo que emanaba de su interior. Había decidido trasladar su telaraña al edificio de ese gigante. Le dijo que no podía creerle, que no le mintiera y dejara de hacerse la valiente. Su vecina, imperturbable, que si no lo probaba no le creería. Cenaron un par de mosquitos, se despidieron y se marchó.

Pasaron varios días y no volvía. Sabía que ya no volvería. Habrían acabado con ella por ingenua. ¿Cómo podía confiar en esos monstruos? Recordó una vez que se deslizó por un hilo hacia las ramas inferiores y alcanzó a ver a uno. Ese enorme tórax y abdomen, ambos comunicados por dos inmensas patas. Su cabeza... Esas dos antenas tan extrañas. No tenían ocho ojos. ¡Solo tenían dos, y eran muy grandes! Esa enorme abertura adornada por piedras blancas... ¿Por qué tendría esa protuberancia en medio de la cabeza? ¿Y para qué tanto pelo? Era bastante desagradable a la vista. No podía entender que su vecina sintiera apego hacia ellos.

Fue cuando algo le empujó a asomarse de nuevo, ¿curiosidad o buscaba rectificarse? No podía saberlo. Se deslizó por un hilo de la telaraña y descendió hasta la rama más baja. Se posicionó en la punta y vio a dos. Uno tenía poco pelo, y el otro bastante más. Estaban charlando. Esta imagen le recordaba a las conversaciones que mantenía con su vecina, pero seguía sintiendo miedo. Tras un rato observando, concluyó en que esos dos seres debían ser de distinto sexo, ya que uno de ellos presentaba un bulto en el tórax que el otro no. Y no paraban de mirarse. ¿Sería amor? ¿Acaso esos seres podían sentir amor?

Siguió bajando cada día y pronto comprendió que había una gran diversidad de estos gigantes. Además de ser de distintos sexos, había unos más altos que otros, los había más gruesos y flacos... Algunos parecían estar más desgastados; andaban más lento y tenían rayas por la cara. Por último, se dio cuenta de que, a excepción de algunos alborotadores, convivían en paz, y dejaron de parecerle tan hostiles.

Comenzaba a comprender a su vecina. Se había reído de ella cuando ni siquiera era capaz de pisar el suelo. Había estado ciega todo

este tiempo. Podrían haber destruido su hogar en cualquier momento y, sin embargo, aún permanecía ahí. No podían ser tan malos.

Decidió bajar por la noche. Así evitaría morir aplastada por ingenua. Estos seres no lo hacían queriendo, simplemente no podían darse cuenta. Al igual que ella los veía como colosos, ellos apenas alcanzaban a verla.

Al tocar la tierra, sintió una sensación reconfortante que había olvidado. Sus patas sumergidas en ese húmedo y suave barro. Nada comparado con la rigidez de las ramas. Miró al frente y visualizó un enorme edificio a un largo paseo. Estiró sus ocho patas y, atrevida, avanzó a su destino. Sentía bastante frío. En su telaraña, encontraba calor junto a sus presas envueltas en tumbas hiladas. Aun así, siguió caminando sin mirar atrás.

Al llegar al edificio, comenzó a trepar la pared. En vertical observaba un camino sin aparente fin y parte de la noche estrellada. Tras una larga caminata, alcanzó una elevación que le llevó a una pared transparente. Podía ver el interior. Había un gigante tumbado sobre una montaña rectangular. Avanzó a la derecha y se introdujo por un hueco entre la pared transparente y la pared normal.

En el interior, desapareció el frío. Nunca antes había sentido ese calor. Fue increíble. Eso sí que era comodidad. Su vecina nunca le habló de esto. O tal vez sí, y lo negó rotundamente. Envalentonada, se acercó a él. Escaló esa extraña montaña, cuya rigidez le recordaba a la del árbol. Sin embargo, esa percepción cambió cuando comenzó a escalar una estructura muy suave y blanca. Más suave que el tacto de la tierra. Sus patas se agarraban a esta templada seda. Curiosamente le recordaba a sus hilos. Al colocarse en posición horizontal, se dirigió a su objetivo. Subió por la parte del gigante que comunicaba el tórax con sus patas. Al tocar su piel, sintió un cosquilleo electrificante, que recorrió cada una de sus patas. Nunca antes había estado tan cerca de uno. El temor disminuyó considerablemente y subió, acariciando esta extraña cobertura que irradiaba un calor que nunca antes había sentido.

De repente, lo escuchó. Ese sonido que transmitía. Le tranquilizaba profundamente. Se acercó al origen del ruido. El centro del abdomen. Y allí, cerró sus ocho ojos y lo sintió. El conjunto de sonidos de su interior y del de ella al mismo ritmo. En perfecta armonía. Tras experimentar este desconocido placer, decidió levantar una nueva telaraña bajo una estructura de ese nuevo hábitat. A unos cuatrocientos cincuenta pasos.

Por los días, subía al techo y observaba a su nuevo vecino, que pasaba mucho tiempo mirando una piedra gris y rectangular. También hojeando papeles, y cada día cambiaba el color de su coraza. Cuando no observaba desde el techo, se alimentaba de los mosquitos y hormigas atrapados y extendía su telaraña. Por las noches, dormía junto a él sintiendo un inmenso afecto.

A las dos semanas, su vecino se percató de su presencia y ella se dio cuenta de que intentaba decirle algo, aunque no podía entenderle. No decidió darle importancia. Esa misma noche, se acurrucó en su lugar favorito. Cuando despertó, la araña descubrió que no había cazado nada. No le había dado tiempo a preparar reservas. La principal desventaja de ese hábitat era que no lograba tantas presas. Así que decidió salir a cazar hormigas.

Volvió anocheciendo y subió al techo. El gigante no estaba. Era habitual, no solía quedarse todo el día allí. Decidió esperar a que llegase sobre la parte de la montaña en la que su amigo colocaba la cabeza.

Al rato llegó, se tumbó y miró la piedra gris. La luz alumbraba su rostro, y ella no paraba de mirarle. Apartó el móvil y miró hacia ella. Le parecía que le estaba diciendo algo. Su vecino apagó la luz y se tapó con la capa de hilos hasta arriba. Comenzó a descender a su encuentro. De repente, se encendió la luz. El vecino la miraba con los ojos bien abiertos. No paraba de abrir y cerrar la apertura con piedras y mover sus patas superiores. Se levantó y cogió un papel blanco. Y antes de que ella pudiera sentir afecto, fue aplastada por sus dedos.

«Este último mes me ha pasado algo extraño. Sé que no llevo a buen puerto ninguna relación. Aunque sea un extraviado en el amor, nunca había sentido lo que siento por Vero, mi vecina. Es una tía supermaja, siempre tan sonriente. Doctorada en Psicología, y eso se me hacía un poco chocante al principio. Tú sabes, eso del psicoanálisis... Pero bueno, llevo varios días hablando con ella en el árbol grande que está enfrente de mi casa, al que trepábamos de niños, y cada cosa que cuenta me parece apasionante. Sin conocerme, me conoce bastante bien. No sé si me explico. Es una especie de conexión.

Aunque ese obviamente, no es mi problema. Es la aracnofobia. Recuerdo cuando fuimos a aquel campamento de verano con siete años, que caí sobre una telaraña y me llevé toda la noche llorando. Bueno, pues estas semanas he sido acosado por las arañas. No entiendo por qué. ¿A qué dios arácnido habré enfadado? ¡Si yo nunca he matado a una mosca!

Empecemos hace tres semanas. Después de estar hablando un rato con Vero, fui a trabajar y, cuando llegué a la oficina y me quité el chaquetón, vi una araña en el cuello. Quedé petrificado y al momento reaccioné. Cogí el chaquetón por la parte baja y me dirigí al balcón donde lo zarandeeé hasta que no vi rastro de esa cosa. Cuando llegué a casa, estaba atemorizado, ¿y si había más? Fui a mi cuarto e hice jornada intensiva de limpieza. Encontré una telaraña detrás del altavoz. La deshice por completo. Esa noche tuve pesadillas. No podía parar de soñar con arañas atrapándome entre sus hilos asfixiantes. Poniendo huevos en mi nariz, orejas y boca. Sé que es exagerado, pero no controlo mis sueños.

Esa semana los mosquitos se cebaron conmigo a modo de justicia poética animal. A pesar de no tener encuentros con amigos de ocho patas, seguía teniendo pesadillas que disminuían noche tras noche. Tuve varias citas con Vero en este tiempo. Yo le había ocultado mi secreto, de hecho, para ella lucía perfectamente. En mi interior sentía verdadero pavor cada vez que veía o imaginaba un hilo descender de un árbol.

En la sexta cita, hace dos días, ella me propuso vivir juntos y dejar de pagar los alquileres por separado. La verdad es que fue precipitado, ¿cuánto llevábamos conociéndonos? Si acaso dos meses. No sabía qué responder, ocho patas nublaban mi mente. Sí, era una decisión importante y no podía parar de pensar en arañas. Le respondí sobresaltado que frenara el carro, que era demasiado pronto. Acabamos discutiendo y nos marchamos a nuestras casas.

Al llegar a mi casa, me duché y me puse el pijama. Entré en mi habitación y al mirar hacia el techo, ahí la vi. En principio, me pareció un punto negro. Cuando me acerqué a verlo mejor, vislumbré esas ocho patas. Parecía estar observándome y sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. Le dije que se marchase, como si me fuese a entender. Fui a cenar y, cuando volví a mi cuarto, ya no estaba en el techo. Esa noche tuve una horrible pesadilla. Me encontraba en la cama, paralizado, y esa araña descendía suavemente hacia mis ojos. Yo no podía cerrarlos, y ella se posaba sobre mi pupila y la mordisqueaba, después iba a la otra y repetía el mismo procedimiento. Mis ojos no paraban de sangrar. Todo se volvía más oscuro y borroso. Sentía cómo más arañas caminaban por mis extremidades. Estaba completamente aterrado.

Ayer al levantarme no vi rastro de la araña. Tampoco tenía picaduras. Miré detrás del altavoz y no vi telaraña. Tampoco vi a Vero esa mañana. Me fui a la oficina. El trabajo lograba despejarme de mis pensamientos. Le escribí un mensaje a Vero pidiéndole perdón, debíamos hablar las cosas correctamente. Quería verla, había sido un idiota. Ella no respondió. Ese día tenía reunión de amigos, vamos, tú estuviste. No te dije nada de esto porque quería hablarlo a solas. El caso es que volví tarde a casa, a eso de las nueve. Hice la cena, me duché, me puse el pijama, me eché en la cama y miré un rato las noticias en el móvil. Realmente, estaba esperando a que Vero me respondiera. No lo hizo. Entonces, la vi de reojo. Esos ocho ojos observándome. Esperando encima de mí. Justo como en mi pesadilla. Le grité que me dejase en paz, que se olvidase de mí. Apagué la luz y me tapé con el edredón hasta la cabeza. Estaba atemorizado. No sabía qué hacer. Mi pesadilla era dueña de mis pensamientos y, sin dudarlo, encendí la luz y la vi

colgada, descendiendo hacia mí. Acabé por gritarle mil obscenidades. Me levanté, cogí un clínex usado de mi abrigo y la estrujé en mi mano. Tiré el clínex a la papelera y me eché en la cama.

No me sentía bien. ¿La maté porque invadió mi terreno? ¿Fue instinto primario? A decir verdad, los mosquitos llevaban días sin picarme, y no había tenido ni una picadura. ¿Estaba conviviendo conmigo? Qué chorradas digo... Pero es verdad, me sentí bastante mal cuando acabé con ella. No creo que fuera peligrosa. Y si me hubiese atacado, ¿qué me habría hecho? ¿una pequeña picadura? Ella debía temerme más que yo a ella, y aun así vino a buscarme. En ese momento, Vero me respondió. Estaba en un congreso y no había usado el móvil. Me dijo que no pasaba nada, que cuando volviera mañana, es decir, hoy, hablaríamos.

Esta mañana vi la telaraña debajo de mi escritorio. Era enorme, esa araña llevaba más de dos días en mi casa, seguramente más de una semana. Prácticamente había estado conviviendo conmigo, y yo la aparté de mi lado. Puede sonar a tontería, pero no sé, me sirvió para pensar tanto en mi aracnofobia como en mi relación con Vero.

Luego, hablamos y... Sí, lo hemos arreglado. De hecho, he decidido ir a vivir con ella. Aunque en un principio me pareció precipitado, he acabado por dar el paso. Realmente me gusta, y sé que tendremos una bonita convivencia. Me complementa, ¿sabes? Ella me observa como los ocho ojos de esa araña. Con inseguridad, curiosidad y... ¿con afecto? Hombre, por parte de Vero sí, ¿de la araña? Quizás también. ¿Quién sabe qué le llevó a actuar de esa forma?

Le conté a Vero lo de mi miedo a las arañas. A pesar de que ella no me ayudase a superarlo, superar mi miedo a las arañas me llevó a valorar lo que Vero significaba para mí. Un nuevo comienzo sobre una suave y confortable telaraña. Y es que, a veces, hay que dejarse atrapar».

ATRACO EN EL GLOBAL MONEY BANK

Bárbara Gómez Espada

27 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El teniente Harper, ataviado con su inseparable abrigo tres cuartos color marrón y su cara de pocos amigos, salió de su coche aparcado en Spring Road para dirigirse hacia donde se aglutinaban varias decenas de curiosos. Cruzó por debajo de la línea policial y buscó con la mirada al resto del equipo.

—Inspector Marshall, infórmeme de la situación —le indicó a su inferior.

—Teniente, siete rehenes en el interior de la oficina bancaria. Entre ellos se encuentran el director, dos trabajadores y cuatro clientes — le contestó un hombre de mediana edad, de estatura baja, con la piel tostada y los ojos ligeramente achinados.

—¿Qué puede decirme de los atracadores?

—No mucho, señor. Estamos intentado captar la señal de las cámaras de seguridad.

—¿Alguien ha avisado a los SWAT?

—Sí, señor.

—Bien. Cuando lleguen, avise a su superior para que hable conmigo, ¿entendido?

El inspector contestó con un gesto de cabeza afirmativo, y se fue dejando al teniente solo, por lo que este se dirigió hasta la furgoneta donde se encontraba trabajando la agente Coleman, experta en

tecnologías. Coleman era una agente joven de piel blanquecina. Con una melena pelirroja recogida en una coleta alta. Iba debidamente uniformada.

– Buenos días, agente Coleman. ¿Alguna novedad? – le preguntó apoyándose en la puerta del vehículo que estaba abierta.

– Ninguna aún, teniente –le dijo sentada desde el interior del vehículo mientras trabajaba con su portátil–. Como sabe, estamos intentando acceder a las cámaras del interior, pero los atracadores las han encriptado. Hace un par de meses, en Monroe, se utilizó este mismo encriptado en otro atraco a la misma compañía, la Global Money Bank.

– ¿Y qué pasó?

– Lograron escapar con el dinero.

– ¿Cree usted que son los mismos? – El teniente se tocó la barbilla, pensativo.

– Es posible. No se lograron identificar a los autores.

– Okey. ¿Han llamado para pedir algo?

– Aún no, señor.

– Comuníqueme entonces con el interior –le ordenó a la agente Coleman.

Coleman se puso manos a la obra. Se colocó los cascos, descolgó el teléfono y se lo entregó al teniente. Apretó varios botones de su portátil, que se encontraba justo enfrente de ella, y marcó. Al cuarto tono, contestó una voz modulada.

– Soy el teniente Harper, ¿con quién hablo?

–Hola, teniente. Puede llamarme Hedwig.

–Está bien, Hedwig... Charlemos un poco. ¿Podría decirme cuántos son en el interior del edificio?

–¿Y qué gano diciéndoselo?

–No pretenderá que le demos cosas sin obtener nada a cambio.

–Es justo. Hay siete rehenes –confirmó la teoría anterior.

–¿Y atracadores?

–Está queriendo abusar de mi confianza, teniente. Quizás, si me convence, se lo diga más tarde. Todo depende de usted. Ahora me toca a mí obtener mi parte del trato.

–Díganme qué quieren.

Hubo una pausa que pareció eterna y finalmente contestaron al otro lado de la línea.

–De momento, traiga donuts y batidos para todos. Aún es pronto para pedir algo más. Los quiero en 30 minutos.

–Se los daremos, pero tienen que soltar a un rehén como prueba de buena fe.

–Aquí las ordenes las doy yo –colgó bruscamente.

La agente Coleman también había escuchado toda la conversación mientras la grababa. Serviría como pruebas en un juicio.

A pesar de estar modulada, su experiencia le decía que la voz era la de una mujer. Así que supuso que la cabecilla de la operación era ella. Se lo comentó a Coleman y esta le dijo que pensaba lo mismo, pero

para asegurarse aislaría la voz del modulador de manera informática y la pasaría por la base de datos para ver si coincidía con alguien fichado. En ese momento gritaron el nombre del teniente. Le informaron de que los SWAT estaban allí, y su teniente se dirigía a hablar con él para ponerse de acuerdo en el operativo.

—Soy el teniente Andrew Harper, de la policía de Dawsonville
—le tendió la mano.

—Y yo, el teniente Peter Jones —le estrechó la mano a modo de saludo.

—Necesito a sus hombres cubriendo la puerta principal y que busquen otras posibles vías de entrada al edificio. También que los francotiradores se coloquen en los edificios colindantes. Donde tengan mejor visibilidad en caso de que haya que disparar.

—Le diré a mis cuatro mejores tiradores que busquen el mejor ángulo de tiro en esos edificios —señaló algunos inmuebles situados enfrente del banco.

—Nosotros haremos sobrevolar un dron para que no se escape ningún detalle e intentaremos averiguar quiénes están implicados en el asunto.

Al finalizar la conversación, volvió a dirigirse a la furgoneta, pero lo interceptó por el camino el inspector Marshall diciéndole que ya tenían los donuts y los batidos que los atracadores habían pedido. Harper miró su reloj y vio que habían pasado 25 minutos desde su llamada. Tenía un plan. Volvería a llamar a Hedwig, y la convencería para que lo dejase entrar con la comida. Así obtendría información de primera mano de cuántos atracadores son, qué estarían haciendo, etc.

La supuesta atracadora accedió al trato, así que se deshizo de sus armas y se puso unas gafas que tenían incorporadas una microcámara con micrófono. Con dichas gafas podría grabar y transmitir una señal

en directo a la pantalla de la agente Coleman. Cogió la bolsa con comida y se dirigió hasta la puerta. Se detuvo hasta que uno de los atracadores le abrió. Nada más entrar en el recinto, se cortó la comunicación y la grabación de las gafas. Habían puesto un inhibidor. Su gozo en un pozo. Solo le quedaba fijarse bien en los detalles y dejarse llevar por su instinto.

No le dejaron entrar mucho más allá de la puerta, por lo que se concentró en visualizar la sala.

A su derecha, vigilándole, había un atracador con una pistola de calibre 23. Hombre blanco, de 40 o 45 años. Estatura media. Daba vueltas sin cesar. Se le veía ansioso.

En el centro de la sala, sentados en el suelo, pudo ver al director de la oficina y a los dos trabajadores. Los había reconocido por unas fotos que le habían enseñado. Contó cuatro personas más, un hombre mayor de 70 años, una mujer de 45 años y una mujer y un hombre, ambos de 30 años, que dedujo que eran los clientes. Estaban todos maniatados.

Con respecto a los atracadores, aparte del de su derecha, visualizó a dos más. Uno estaba en medio de la sala y el otro a su izquierda. Dedujo que, debido a su complexión, la persona del centro era Hedwig, la mujer. No llevaba armas a la vista. El otro atracador era un hombre joven que llevaba una pistola en cada mano. No llegó a poder averiguar de qué calibre se trataba puesto que se encontraba bastante lejos. Todos los atracadores llevaban unas máscaras para que no se les pudiera reconocer.

—Traigo la comida.

—Muy bien —contestó con la voz modulada la persona del centro, confirmando así que era Hedwig—. Déjela delante de usted y lárguese.

—Teníamos un trato. Yo le traía la comida y usted liberaba a un rehén.

—Yo no acepté ese trato —le espetó Hedwig.

—Tenga un poco de compasión. Deje salir al señor mayor al menos. No creo que sea bueno para su salud estar sentado en el suelo y maniatado. Y eso, en un juicio, un jurado popular lo condenaría.

Ambos se miraron fijamente, luego miraron al hombre mayor y finalmente Hedwig asintió con la cabeza para que lo liberasen. El atracador joven fue quien iba a encargarse de ese trabajo. Se guardó ambas armas en la cinturilla del pantalón, dio varios pasos hacia delante y desató al hombre mayor. Harper se percató de que cojeaba un poco. Era una cojera muy sutil pero suficiente para que él se fijase y tener una pista donde indagar. Mientras lo desataba, vio cómo el director hablaba en voz baja con el atracador. Lo puso en alerta. El hombre mayor se levantó como pudo y se colocó al lado del teniente.

—Espere a que yo le llame. Ahora lárguese.

Harper salió con el señor mayor del banco y lo llevó hasta la ambulancia para que lo revisasen. Después le interrogaría. Se dirigió sin demora hasta la furgoneta para hablar con sus agentes. Tenía pistas que podían seguir.

—Agente Coleman, busque en la base de datos si hay algún hombre joven, con antecedentes de atracos, que tenga una cojera en la pierna izquierda. Investigue si en el atraco anterior hubo disparos y se la pudo hacer allí o es de nacimiento. —Se giró hacia su izquierda—. Agente Marshall, investigue al director del banco, sus llamadas telefónicas, sus cuentas bancarias, etc. Por si estuviera implicado. Lo he visto hablando con los atracadores y no me ha dado buena espina. Yo voy a ir a hablar con el rehén que han soltado. Espero que nos pueda dar alguna pista más.

Ambos agentes asintieron y se pusieron en marcha. El teniente Harper puso rumbo al puesto médico que se encontraba enfrente de la furgoneta informatizada. Se encontraba a mitad de camino cuando

escuchó un revuelo. De repente, se abrieron las puertas del banco y apareció uno de los atracadores. Era el atracador que permaneció vigilando al teniente mientras este se encontraba en el interior del banco. Llevaba consigo una rehén y le apuntaba en la cabeza con su pistola. Seguía llevando la máscara puesta. El atracador dio un tiro en el aire para llamar la atención de los presentes, más si cabe aún, y volvió a colocarle la pistola en la cabeza a la chica que parecía muy asustada.

Sonó el *walkie* de Harper. Era el teniente Jones.

—Tengo un francotirador en posición de tiro para abatir al sospechoso.

—Dígale que espere. —Se miró el reloj que llevaba en su mano izquierda.

El atracador estaba bastante agitado. No sabían si había discutido con el resto del grupo o qué había pasado dentro porque el banco estaba insonorizado y aún no habían podido acceder a las cámaras. Parecía que estaba actuando por cuenta propia y había desertado del resto. No parecía tener claro el siguiente paso a dar, pero el teniente Harper sí lo tuvo claro.

— ¡¡¡Ahora!!! ¡¡¡Disparen!!!

La bala salió de la pistola del francotirador en dirección a la cabeza al atracador.

— ¡¡¡Corten!!! Muy buena toma, chicos. Lo dejamos por hoy.

EL BARCO DE MIS SENTIMIENTOS

Agustín José Mora Jiménez

16 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Agarré con vigor mi bolsa y saqué todo de aquel caótico desorden que había en su interior. Al fondo, el espejo de mi abuela, de color amarillo aurora, con dos ángeles a los lados entrelazando sus delicados dedos hasta el puntiagudo pico superior, adornado con una piedra oscura que dibujaba un bello contraste con lo luminoso del conjunto. Un espejo que el sacerdote de Gorzów dio a las enfermeras polacas que estuvieron mano a mano en la lucha fronteriza con Checoslovaquia.

El sol se despedía entre los altos y desnudos árboles que abrazaban el río Havel. A mi izquierda, la luna se posaba paulatinamente sobre la cúpula del Neues Palais, iluminando el desfile de esvásticas ordenadas en las farolas.

Me senté en un robusto bloque de piedra donde la verdina rellenaba cada una de sus finas grietas. El manto negro ya cubría toda la ciudad y el cliente aún no había llegado. De repente, destellos intermitentes atraparon mi mirada. Miles de imágenes aparecían en mi retina, frenéticamente, siendo cada una de ellas un golpe más duro que el anterior. La huida desde Polonia, el nacimiento de mis hijos en la venta de Seelow, mis continuas huidas de los guardias... Los recuerdos desembocaban en escalofríos y sudor, inundando mi tez, llegado a un punto de mi vida en el que las lágrimas se habían secado.

Recto y altivo, el cliente dejaba ver su fornida silueta al final de la oscura senda. Vestía un voluminoso abrigo negro y sus zapatos cobrizos marcaban un ritmo en el suelo, sereno pero contundente. Intenté sincronizar los latidos de mi corazón con la melodía de sus pasos machacando las pocas hojas que dejaba el invierno sobre el empedrado, pero me resultó imposible frenar el barco de mis sentimientos a la

deriva. No había igual desdicha que la mía, que volvía a recurrir al cliente para alimentar a mis hijos, desamparados en el número 2 de Maybachstraße y custodiados por Irenka, aún más atemorizada que yo, entre el infausto luto por su marido y los quejidos de mis pequeños.

Esperaba yo, sola y atormentada, a que llegara el cliente y creyera mi cuerpo suyo, cuando sus celestes ojos se posaron en los míos. Furor y repulsión encontré en su perdida mirada, intuitivamente acudí a su robusta mano, ya no llevaba la alianza de bodas.

Mi pulso, mi corazón, mi deriva desenfrenada... todo paró. Como al pie de un acantilado, de una catarata, mi barco se había precipitado. Mi mente levitaba en un vacío desconcertante. Repentinamente, unos gélidos guantes se aferraron a mi rostro, unos luengos dedos recorrían mis facciones buscando mi desvanecimiento. El cliente, ya más apresurado que antes, se daba media vuelta y, como si nada, caminaba hacia el horizonte.

Ya no eran solo dos manos castigando mi cuerpo con desprecio, sino varios hombres agitándome violentamente, atrapándome cual león a su presa. Me llevaron casi a rastras hasta el otro lado de la arboleda, donde un pardo Mercedes esperaba mi llegada.

Dentro, mi cabeza buscaba respuestas a lo sucedido, aunque no fuesen necesarias, con los soldados de las SS vigilando firmemente todos mis movimientos.

El ya áspero tejido de la carrocería del vehículo raspaba mi espalda maltrecha, cuando la conmoción por primera vez me dejó sentir los cortes que tenía en la pierna. Mi dulce espejo, ahora hecho añicos, se desmoronaba y clavaba sus cristales al son de los baches de las elegantes y sobrias calles de Potsdam.

Al pasar el palacio de Charlottenhof, el automóvil súbitamente giró a la derecha, de nuevo hacia el río. Fue cuestión de segundos

ver a mis hijos sollozando a los pies de Irenka, también destrozada, y custodiada por otros dos guardias del régimen.

De nuevo, un carrusel de atroces recuerdos comenzó a golpear mi sien; me dolía incluso más que la cruel embestida de antes. No recuerdo si fueron segundos, minutos u horas, pero cuando desperté de un tenebroso sueño, dejábamos atrás la capital del Reich.

Perenne en mis pensamientos, no podía parar de preguntar desesperadamente por mis hijos, a lo cual respondían con miradas de repugnancia y desprecio.

En una monótona incredulidad y desasosiego, bien entrada la madrugada, llegué a un paraje frondoso, bello hasta en las consumidas ramas que podían verse gracias a la tenue luz que se escapaba de un puesto de mando. A lo lejos, un conjunto de humildes y antiestéticos edificios, semejantes entre sí. Me quitaron los zapatos con soberbia, obligándome a andar hasta un monumental portón de madera, junto a unos brillantes raíles metálicos que conducían al bloque principal, cuyo letrero, ennegrecido, dejaba entrever *Arbeit macht frei* y, justo debajo, Ravensbrück.

Con sonrisa burlona, cabellos rubios y ojos color mar, fijaba su mirada en la mía una guarda de las SS, que apresuradamente ordenaba desnudarme. Mis extremidades se movían lenta y rígidamente, cuando me arrojaron con menosprecio un pijama rayado y dos andrajosos zapatos. A la par que me vestía, del cielo comenzaron a caer copos de inmaculada nieve que helaban aún más mi cuerpo. Tímidamente crucé la gran puerta, cabizbaja, ante la atenta mirada de miles de mujeres, tan despavoridas, tan afligidas, más muertas que vivas. Algunas en soledad mirando la nieve caer como mensaje divino, otras con la cristalina mirada de sus hijos reflejada en sus rostros. En medio de la nada tuve que sentarme, mientras que, en el torso de mi camiseta, se marcaba un triángulo negro. Al cabo de eternos minutos, tras el portón aparecía Ivanka, cuyo sudor se mezclaba con su sangre. Sus ropas negras de luto ahora eran un pijama rayado, marcado con un triángulo verde. Detrás,

mis hijos, perdidos, aturdidos, buscándome con la mirada. Salté del suelo donde descansaba y corriendo fui a fundirme con ellos. Creía que nunca más lloraría de felicidad, pero ahí estaba, todo blanco y helado, y mis hijos y yo en medio, sin decir ni una sola palabra, pero hablando con la mirada, con las caricias y los besos.

Nos dirigieron hacia uno de los habitáculos donde, hacinadas, cientos de mujeres dormían unas sobre las otras. Las *aufseherin* nos vigilaban desde fuera. Como una piña, Ivanka, mis hijos y yo nos aferramos los unos a los otros. Nuestras aceleradas respiraciones se distendían a medida que nos dejábamos atrapar por el sueño. Nuestro primer “sueño” en Ravensbrück.

El primer día en tan mísero lugar se repitió en bucle durante las siguientes dos semanas. Exhaustos trabajos en Siemens, forzadas hasta el agotamiento. Un perverso ambiente motivado por malévolas guardas que imponían su autoridad a base de sangre y dolor. Los gemidos de suplicio, tortura, desconsolación, eran la melodía siempre perpetua allí donde moríamos en vida.

Preferiría someterme a los experimentos de enfermería mil veces antes que ver vejar y maltratar a mis hijos. Como algo ineludible e inevitable, tenía que presenciar cómo arrebataban vidas frente a mis ojos. La frustración es mayor que el odio, la desesperación es mayor que la frustración. Lo que hubiera dado por salir de allí con ellos y perdonar a esos seres viles y crueles. Incluso perdonarlos. ¿Qué más daría? En tal túnel de oscuridad. En semejante túnel, tétrico y macabro, donde el mínimo haz de luz tiene el orgullo de parecer ser el final, pero no ser más que un resquicio de lo que alguna vez fueron nuestras vidas...

Si al menos pudiera refugiarme mi desdicha fuera de Ravensbrück, en la familia, en los amigos, en lo que el futuro nos hubiese deparado... Pero nada tenía, ni fuera ni dentro de mí en tal monotonía de la angustia. Nacer entre penurias, huir, fracasar como persona y, sobre todo, condicionar el fracaso de mis hijos. El «no vales para nada» que nos proferían continuamente allí dentro realmente calaba en nosotras.

Demasiado había durado Ivanka en su cordura. Aunque el luto se llevara consigo su esencia y su alma, las últimas cenizas de un ave fénix fuerte y luchador iban a prender fuego en ese mismo instante. Ella sí que no tenía nada. Estaba sola en un mundo que no le hacía más que sufrir. Como ella, cientos, miles ahí dentro. Irenka no pudo esperar y se fue, como cientos, como miles ahí dentro. Se rindió, subió al cielo, desde donde contempló la magia que se auguraba en lo terrenal, sin duda, rodeada de ángeles. De ángeles como los del espejo de mi abuela. Amarillo aurora: el sol que seguro que ahora ilumina su tez. Dedos entrelazados: los suyos y los de su marido. Habrá dicho adiós al luto, habrá dicho adiós al negro. Sobre ella, la piedra oscura, el iris del Todopoderoso viendo cómo frustran la paz en su Reino. En contraste con lo luminoso del conjunto, fuera del Reich, inequívocamente habrá luz, felicidad, alegría, niños disfrutando. A pesar de la oscuridad que nos invadía, la luz iba a llegar.

Aviones de guerra comenzaron a apresurarse en el cielo, tapando la imagen que había formado de mi Irenka en el firmamento. Nunca un amanecer había dejado semejante estampa. Violeta, magenta, anaranjado era el manto que nos cubría. Más aviones. A lo lejos, incalculablemente lejos, golpes secos, huecos y sonoros retumbaban en mi interior. Un remolino de gritos y miradas de furor arrasaba todo Ravensbrück. Los que siempre tan fríamente imponían su orden, ahora se agitaban como alienados. Pero todo ese desorden a mi alrededor era paz, comparado con el barco de mis sentimientos. Desde que me atraparon en Potsdam y me metieron con mis hijos en el infierno, el barco no había parado de caer al vacío, a la deriva absoluta, al sinsentido, al dolor y a la muerte que como un halo envolvía a mi persona.

Sin embargo, ahora todo era diferente. En vez de perturbarme, los estrepitosos aviones de combate iban calmando mi barco. En vez de asustarme, los gritos de los guardas amortiguaban como un nuevo mar la caída de mi barco. En vez de quedarme quieta, escondida, resguardada, mi barco ya navegaba de nuevo en un mar en el que combatir las olas sin temor. Un haz de luz agitaba con fervor mi corazón; y me levanté, y chillé, y alcé las manos, y cogí con fuerza a mis hijos. A

la vez, otras mujeres se levantaban del letargo en que llevaban viviendo años. Ya no las veía más muertas que vivas. Sus barcos, probablemente, habían dejado de caer al vacío por la catarata, como el mío.

Volví a mirar al cielo, que se iba tornando azul a medida que avanzaba la mañana, y, cuando miré de nuevo al horizonte, en la puerta para ir a Siemens, contrastando con el asfixiante habitáculo donde Irenka viajó para visitar a los ángeles, un grupo de hombres, desaliñados, con armas y vestimenta militar, nos llamaban agitados para que fuéramos hacia ellos. Las que pudimos lo hicimos, optimistas, con fe y esperanza de que, al fin, tras muchas jornadas de sangre y dolor, llegásemos a puerto. En minutos, estábamos ocupando furgonetas blancas, con la bandera que nos alentaba a pensar que ese era el fin de nuestra dolorosa travesía, la Cruz Roja. Tras horas en el más estricto silencio, que solo se rompía con el llanto de algunos pequeños e incluso lágrimas de felicidad de algunas de las mujeres que allí nos encontrábamos, llegamos a un campamento construido por los que nos habían salvado la vida.

Pequeñas macetas de flores color malva era lo poco de ornamenta que adornaba el sobrio lugar. Pero eran las sonrisas de todos los allí presentes las que iluminaban la noche que iba cayendo. Así, cuando las primeras estrellas decidieron besar el negro cielo, para acompañar a la luna, un grupo de enfermeras comenzaron a cantar una canción de esperanza que llevaba once años sin escuchar:

Steht auch mir zur Seite

still und unerkannt,

dass es treu mich leite

an der lieben Hand.

(Permanece siempre a mi lado

tímido y callado

fielmente me guía

por caminos de paz.)

Entonces miré fijamente al cielo, una lágrima se precipitó por mi cara, acariciándola, mientras yo buscaba a mi abuela, a Irenka, a mi madre... en el firmamento. Sentí una mano por mi espalda, arrugada, escuálida, de una enfermera polaca que había ayudado a tantos por nada a cambio. Vagué con la mirada por su blanco vestido, cuando me percaté de algo deslumbrante en su bolsillo. Algo color amarillo aurora, con dos ángeles a los lados entrelazando sus delicados dedos hasta el puntiagudo pico superior, adornado con una piedra oscura, en contraste con lo luminoso del conjunto. Idéntico al de mi abuela. Enseguida, apresuré que su mirada se fundiera con la mía, y al tiempo que sus labios, enrollados como una rosa, dibujaron una sonrisa, supe que mi barco había arribado a tierra firme.

DESCUBRIENDO LO DESCONOCIDO

Lucía Gómez Rodríguez

16 años

Dos Hermanas (Sevilla)

– Eres insufrible.

– Tú eres una engreída.

Y así nos enamoramos.

Me presento, mi nombre es Lina Hearthless, jefa de una legión secreta de agentes del Gobierno que se encarga de mantener el equilibrio entre lo que nosotros llamamos pobremente *realidad* y ese terreno inexplorado que es *lo desconocido*. ¡Cuántas veces me habré encontrado con criaturas tan extrañas e inimaginables que son imposibles de describir! Ver monstruos se convirtió en mi pan de cada día, y pensaba que ya lo había visto todo... hasta que lo encontré a él. Él es algo a lo que nosotros denominamos «extrañeza suprema», una criatura que escapa de toda lógica y comprensión racional que podamos darle, dotado de una gran belleza y de grandes horrores. Esconden grandes secretos y verdades... cosas ocultas que nosotros queremos descubrir. «

¿Cómo se llama él?», os estaréis preguntando. Su nombre es Roikaki, o al menos eso es lo que me ha dicho.

La primera vez que le vi estaba completamente sola, andando a través de la fina línea que separa la *realidad* de *lo desconocido*, comprobando que todo estaba en orden, cuando lo encontré con medio cuerpo en su universo y medio cuerpo en el mío, mirándome con esos ojos de tonos cambiantes, desafiándome.

– Por si no lo sabes, tienes que estar detrás de la línea, monstruo.

– Monstruo... Qué mal suena eso. Descríbeme de otra manera, anda.

– Eres un monstruo, como todos los otros que viven en tu plano.

– Yo no soy un monstruo, soy un *definitivo*; tú eres el *único monstruo aquí, querida*.

– No lo creo, yo soy perfectamente normal.

– A mí no me pareces normal.

– Porque tú eres raro.

– A mí me parece que la rara eres tú.

– ¡Deja de contradecirme! ¡Monstruo!

– ¡No quiero! ¡No tienes razón!

Y traspasó la línea, viniendo hacia mí, con sus ojos aún más brillantes en ese instante.

– ¡Detente!

– ¿Qué harás si no?

– Devolverte a *lo desconocido* por la fuerza.

– ¿*Lo desconocido*? ¿Así llaman a mi tierra los raritos de los humanos? Pues sí que es raro. ¿Os creéis dignos de encerrarnos y negarnos nuestro derecho a vivir en este mundo? Sois tan indignos como nosotros.

– ¡*Estábamos antes!*

– Eso no puedes saberlo, querida...

– Lina. Lina Hearthless.

– Guau, menudo nombre que llevas, Lina, querida. ¿Es cierto que no tienes un corazón o es solo que tienes un apellido de mierda?

– *¡Dejemos de hablar de mi nombre y dime el tuyo!*

– No tengo por qué.

– Eres insufrible.

– Tú eres una engreída.

Esas últimas frases se convertirían en nuestras bienvenidas y despedidas.

Ese día, después de decirme eso, se giró y cruzó la línea.

– Mañana volveré a cruzarla.

– No te atreverás, no en mi guardia.

– Entonces ven a intentar impedírmelo.

– Créeme, lo haré. Acepto el reto.

– Me alegro de que estés tan preparada para perder.

– *¡No perderé!*

– Lo que tú digas.

– *¡Eres insufrible!*

– Y tú una engreída.

Dicho esto, desapareció entre el colorido humo que cubre lo desconocido.

– Nos veremos aquí mañana, querida.

– *¿Por qué debería venir?*

– Porque tienes una gran curiosidad sobre mi persona y mi condición, ¿me equivoco?

– Por desgracia... no. No te equivocas.

– Lo sabía. Bueno, hasta mañana, engreída.

– Maldito seas...

La segunda vez que le vi fue a la noche siguiente, tal y como él me había prometido. Nos encontramos cada uno en su lado de la línea.

– Hola, descorazonada.

– Hola, transgresor.

– *¿No se supone que deberías hacerme un expediente por eso de... bueno, ya sabes, ser un monstruo con mal comportamiento y todas esas tonterías?*

– No, de momento quiero estudiarte, porque he investigado, y creo que no eres un monstruo cualquiera.

– Me has pillado.

– Además... ¿qué es un *definitivo*? Nunca había oído hablar de ellos antes...

—Por muy encantadora que seas, no voy a compartir una información tan valiosa contigo.

—Entonces te la sonsacaré por la fuerza.

—Estoy deseando ver cómo lo intentas.

Nos miramos intensamente durante seis interminables minutos.

—*¿Vas a decir algo más o...?*

—Tus ojos son raros.

—¡Jajajajajaja! ¿Eso es lo único que tienes que decirme? ¿Es en lo único en lo que te has fijado?

—Bueno... el resto de tu cuerpo es humanoide... o eso creo...

—No, el resto de mi cuerpo no es como el de vosotros, mortales.

—A ver, supongo que tendrás poderes y eso...

—*¿Poderes? ¿Así es como llamáis a nuestras capacidades superhumanas?*

—*Capacidades superhumanas* queda cursi, y es muy largo.

—Qué vagos sois los humanos.

—Y vosotros sois muy extraños.

—*¿No tienes nada más contra mí?*

—De momento no.

– *¿De momento?*

– Tengo que estudiarte.

– Estoy deseando ver cómo lo haces.

– Eres insufrible.

– Y tú una engreída.

Dio un paso adelante y cruzó la línea. Una vez más, nos encontrábamos frente a frente, y una sensación extraña cubrió mi cuerpo.

– Has vuelto a cruzar la línea.

– Sí, eso puedo adivinarlo yo solo. ¿Sabes? Acabo de decidir que también voy a estudiarte.

– No encontrarás nada interesante...

– Yo creo que pasará justo lo contrario.

Sus ojos se volvieron del tono del crepúsculo, mi momento preferido del día, y tuve que controlarme con todas mis fuerzas para evitar que el traidor rubor cubriese mis mejillas.

Empezó a andar, hasta que se colocó detrás de mí. Estaba estudiándome.

– *¿Es duro?*

– *¿El qué?*

– Bueno, eres una mujer que trabaja en un departamento en el que casi todos son hombres, ¿me equivoco?

— ¿Y tú cómo sabes eso?

— Sabemos mucho más de vosotros, humanos, de lo creéis.

— Bueno, nosotros sabemos...

— Muy poco. Solo conocéis los detalles que queremos que conozcáis. Yo soy el que se encarga de esa tarea —

sonrió.

— Si eso es así, ¿por qué ibas a decírmelo?, ¿no me da eso pistas sobre vosotros?

— Punto uno: no es que te haya revelado un gran secreto. Punto dos: sé que no vas a revelar esta información. Punto tres: me gusta el color de tus pensamientos.

— ¿El color de mis... pensamientos?

— Sí. Siento que sufras tanto y que tus padres hayan renegado de ti, Lina Hearthless. Ahora que he podido ver tu esencia, he comprobado que sí que tienes un corazón, y uno mucho más grande de lo que crees. Por decírtelo en términos mundanos, eres una buena persona. Siento que tengas un apellido que no se corresponde con tu verdadero ser, aunque supongo que infunde terror en tus enemigos.

— ¿Cómo narices...?

— Es uno de mis *poderes*, como tú los llamas.

Volvió a sonreírme y se acercó peligrosamente a mí. Intenté escapar, pero algo hizo que clavase los pies firmemente en el suelo y esperase el momento del impacto, que nunca llegó como tal. Sus brazos me envolvieron y me susurró al oído.

– Creo que nadie te ha abrazado nunca, Lina.

Noté *cómo* mis ojos se humedecían. Algo dentro de mí sabía que estaba a salvo, pero él no dejaba de ser un completo desconocido y un monstruo. Me libré rápidamente de su abrazo y vi cómo una sonrisa de oreja a oreja se formaba en su rostro.

– La próxima vez que nos veamos, serás tú la que averigüe algo de mí, ¿de acuerdo? No somos tan diferentes, Lina. Hasta mañana.

Cruzó la línea.

– ¡Ahhhhhh! ¡¡¡Eres insufrible!!!

El sonido de su risa me llegó desde la lejanía.

– Hasta mañana, engreída.

Y otra noche más, volví a verlo en los límites entre la *realidad* y *lo desconocido*, desafiando a las leyes establecidas.

– Buenas noches, engreída Lina.

– Buenas noches, insufrible...

– Empecemos por ahí.

Nos reímos levemente.

– Mi nombre es Roikaki, aunque tú puedes llamarme Roi, si lo prefieres.

– Está bien, te llamaré Roi, pero porque tu nombre es extremadamente difícil de recordar...

– Como quieras. Tienes derecho a hacerme cuatro preguntas esta noche, así que, aprovecha bien la ocasión.

Comencé a pensar y, casi al momento, tuve preparadas las cuatro cuestiones que más me intrigaban sobre ese sujeto y su misterioso mundo.

– Primera pregunta.

– Dispara.

– *¿Qué es un definitivo?*

– Lo explicaré con simpleza. Somos el arma definitiva contra la *realidad*, es decir... en términos simples, somos *lo desconocido* personificado.

– Pero eso es...

– Es normal que aún no lo entiendas, pero lo harás.

– No lo entiendo...

– *¡Acabo de decirte que lo harás!* – exclamó con una sonrisa.

Me quedé pensando unos segundos, y luego decidí hacer la siguiente pregunta.

– *¿Qué es exactamente lo desconocido?*

– Es todo lo que quieras y puedas imaginar y mucho más. Esto también lo entenderás más adelante. Siguiendo pregunta.

– *¿Qué es lo que queréis de nosotros?*

—La verdad es que no buscamos nada de vosotros, sois los humanos los que queréis nuestra ayuda, aunque no queráis reconocerlo o no sepáis verlo. Nosotros existimos porque nos necesitáis. He de reconocer que, sin vosotros, hubiésemos perecido mucho tiempo atrás. Te queda una sola pregunta, Lina, aprovéchala bien.

—Está bien. Mi última pregunta es la siguiente: ¿qué buscas de mí?

— ¡Jajajajijijijajaji!

—Que risa más rara...

—Lo siento, es que has hecho la pregunta del millón.

— ¿Cómo?

—Querida Lina, yo no quiero nada de ti, pero tú, en cambio, lo querrás todo de mí muy pronto. Otra cosa que entenderás más tarde.

— *¡No has resuelto ninguna de mis dudas!*

— *¡No es mi culpa que las respuestas a tus preguntas sean ambiguas!*

Nos quedamos un momento en silencio, observándonos y evaluándonos el uno al otro.

—Ahora tengo aún más preguntas que antes...

—Pues yo no voy a contestarte a nada más —dijo mientras me guiñaba un ojo y me sacaba la lengua.

— *¡Venga ya! ¡Esto es culpa tuya!*

—En realidad es tuya por no hacer las preguntas correctas.

— *¿Por qué tienes que ser tan insufrible?!*

— *¿Y tú por qué tienes que ser una engreída tan atractiva?*

— *¿Es que no sabes ningún otro...? Espera... ¿qué?*

— Es el momento de largarme.

— *¡Oye! ¡Espera! ¡Para ahora mismo!*

Mientras se alejaba, alzó su mano a modo de despedida.

Esa noche marcó un antes y un después. Cada crepúsculo, esperaba con ansias el momento de volverlo a ver y conversar fervientemente con él. Con el tiempo, se convirtió en la única *persona* con la que podía hablar. Los dolores y las ausencias del día a día se desvanecían cuando veía sus ojos que, por alguna extraña razón, cuando miraban directamente a los míos, dejaban de cambiar su color para permanecer del tono del atardecer. Las estrellas que poblaban sus ojos me tenían completamente cautivada y, cada amanecer, mi sufrimiento se rebajaba un poco más porque sabía que él siempre estaría esperándome en los límites, cuando la hermosa luna, Selene, mostrase su plateada y delicada naturaleza. Pero llegó un momento en el que verlo solo por las noches no era suficiente. Lo necesitaba a mi lado en cada momento, mirándome de esa penetrante y cariñosa forma, tomando levemente mi mano y guiando mis pensamientos hacia ese lugar tan feliz que antes se me antojaba inalcanzable.

— Señorita Brown, la medicación.

Alzo la vista hacia el enfermero que me tiende esas infernales pastillas.

— *¿Qué? ¿Brown?*

—Loca de mierda... ¡Por supuesto que Brown, te hemos dicho mil veces que tu apellido no es Hearthless!

Mi mundo volvió a romperse en pedazos y él no estaba allí para recomponerlo.

—Pero Roi...

— ¡Joder! ¿Estás sorda o qué!? ¡Deja de vivir en esa fantasía y tómate las pastillas ya para que pueda terminar mi turno de una vez, que de tanto aguantar a locos como tú al final voy a convertirme en uno!

—Roi...

— ¡No existe! ¡Ni él ni ese mundo en el que eres una persona importante luchando contra yo qué sé qué! ¡Solo eres una loca que me hace trabajar más de lo que me merezco!

Miré a ese horrible hombre, que agarró las pastillas y me las arrojó.

— *¿Sabes qué? No aguanto más. Ahí las tienes, tómatelas si quieres. Sigue viviendo en una mentira, la única que sale herida eres tú.*

La puerta se cerró. Miré mis manos y la habitación en la que estaba, y la realidad me golpeó como una desagradable ola de horror y dolor.

— ¡Roiiii!!!!!!

No sé durante cuánto tiempo lloré, recordando todo por lo que había tenido que pasar, sin poder olvidar la hermosa sonrisa de Roi, que ahora se me clavaba en lo más profundo de mi corazón, que me recordaba una y otra vez que él no era real, que nunca estaríamos juntos y que todo había sido en vano.

Una eternidad más tarde, noté cómo la ventana de mi celda se abría, y cuál fue mi sorpresa al ver a Roi en ella.

— Te dije que lo querrías todo de mí. Apuesto a que, en estos momentos, ya entiendes todas las respuestas que te di.

— No eres real, Roi, vete, por favor. No quiero volver a verte.

— No creo que eso sea cierto, Lina.

— ¡Lo es! ¡Vete!

— Voy a hacer algo, y luego tú decidirás si soy real o no, ¿de acuerdo?

Sin previo aviso, tomó mis manos y me levantó del suelo. Luego, dulcemente, me besó en los labios, arrebatándome la cordura que me quedaba y el aliento. *Qué más daba si no era real y si solo estaba loca*, no pensaba renunciar a ese sentimiento que no paraba de crecer en mi pecho. No quería separarme de él, ya que era el único que había estado para mí, el único que me había abrazado cuando de verdad necesitaba contacto humano, el único que me había mirado con amor y admiración, aquel que nunca me había despreciado.

Cuando nos separamos, él me miró, y me dijo:

— *¿Y bien, engreída mía? ¿Vendrás conmigo al otro lado de la línea y te convertirás en mi reina?*

No tuve que pensármelo siquiera.

— Estaré encantada de pasar la eternidad contigo, insufrible criatura.

Y así, sonrientes y borrachos de felicidad, cruzamos la línea que separaba la *realidad* de *lo desconocido*, descubriendo aquello que estaba

oculto y hallando la paz donde no la había. Tomando las manos del otro buscando un punto de partida y utilizando nuestras sonrisas como impulso hacia el brillante y colorido futuro juntos que nos esperaba en los infinitos parámetros de esa tierra inexplorada que solo seguía las inexplicables leyes de la imaginación.

FARID

Marta Moreno Velasco

15 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Bueno, la verdad es que resulta difícil explicar todo lo que pasa por la mente de las personas, y lo más complicado de todo es intentar entenderlas.

Por qué una persona está triste, o por qué alguien se queda embobado mirando a los árboles. Pues no tengo ni idea de la respuesta, hay tantas cosas que me gustaría saber...

Tengo 15 años, y la verdad es que no soy una adolescente común, no me gustan las mismas cosas que al resto de adolescentes de mi edad, tampoco entiendo su vulgar comportamiento, y eso me hace sentir fuera de lugar.

Mi mente funciona de manera diferente a la de la mayoría de adolescentes, veo cosas que la mayoría de personas no ven y no me refiero a fantasmas ni cosas de esas.

Soy capaz de observar detalladamente, si al atardecer, el reflejo del sol sobre las altísimas hojas de palmera hace que parezcan tiras de confeti dorado, al igual que el movimiento de las nubes con el viento y las formas de animales en el cielo, pero claro, cómo le voy a decir esas cosas a mis amigos, se van a creer que estoy mal de la cabeza.

Afortunadamente, este verano lo he pasado con mi abuelo en su humilde casa en medio del campo, lejos de la civilización, y con ella la necesidad de seguir las modas, tendencias y rebaños sociales.

Solo estábamos él, la naturaleza y yo. Bueno, y alguien más del que hablaré más adelante.

Yo siempre he pensado que los pueblos eran una estupidez, que las personas allí eran incultas y catetas, además de todas esas tradiciones absurdas, y que se acabarían quedando vacíos conforme la gente mayor que vive en ellos vaya falleciendo; pero, tras estas vacaciones de verano, mi visión del mundo y de las personas ha cambiado radicalmente.

La verdad es que la primera semana me aburrí como una ostra, jamás pensé que fuese tan dependiente de las redes sociales y de los aparatos electrónicos, parecía una adicta a la tecnología. Pero todo mejoró a los pocos días.

La casa era de una sola planta y fría, lo que se agradece en verano. Al salir por la puerta trasera, hay un pequeño huerto a la izquierda y el resto está lleno de flores preciosas con un pequeño sendero de tierra que desembocaba, a unos cien metros, en una arboleda con una sombra estupenda para pasar la tarde.

Así que me dispuse a explorar la zona.

Cuando llegué a la arboleda, pocos metros a la derecha, había un pequeño embarcadero en un inmenso lago, ¿cómo era posible que no me hubiera dado cuenta? Era un lago precioso, con el agua mansa y clara, y, conforme profundizaba la vista en el fondo, se podía apreciar cada vez un azul más y más intenso.

Miré a la derecha y ahí estaba mi abuelo, sentado en una silla de playa, en la orilla, con un sombrero de mimbre, un libro de poesía y una ramita de cereal entre los dientes.

Lo primero que hice fue llevarme un susto de muerte, y después fui a la casa a por un libro y otra silla, para sentarme toda la tarde a leer junto a él.

Sobre las ocho de la tarde me mandó a comprar patatas para hacer una tortilla, así que bajé al pueblo a la tiendecita de una tal Luisa. Tras meterme en la calle que no era y preguntarle a todo ser vivo que me

encontraba por el sitio que buscaba, por fin acabé en la tiendecita de Luisa. Me preguntó que quién era, y le contesté que había venido a pasar el verano con mi abuelo. Muy contenta al enterarse, me dijo que conocía a un chaval de mi edad que era el único adolescente del pueblo, y que, aunque a veces era un poco problemático, no me daría problemas.

Evidentemente, me asusté un poco, así que, cuando volví a casa de mi abuelo, le pregunté por el chaval del que Luisa me habló. Mi abuelo me contó que acababa de salir de rehabilitación, y que antes era un niño muy problemático, pero que, desde que volvió de rehabilitación, es un muchacho nuevo: cordial, amable y muy educado.

Al día siguiente, el muchacho estaba en el huerto, ayudando a mi abuelo a cargar algunas macetas, y mi abuelo me lo presentó. Así, de primeras, no parecía un exdrogadicto, y, después del trabajo tan duro que hizo, le invitamos a una limonada casera. Me preguntó si me apetecía ir con él de excursión al día siguiente. Obviamente, lo que iba a hacer es rechazar su oferta, pero, antes de que pudiese decir nada, mi abuelo ya había contestado por mí.

Cuando el muchacho se fue, quien, por cierto, se llama Farid, me dijo que me recogería a las siete del día siguiente.

Aquella noche había una agradable brisa de verano y además podía ver revoloteando sobre las flores a las luciérnagas. Era la primera vez que las veía, ya que en la ciudad no las hay apenas, solo las había visto en las películas.

Por cierto, me encantan las películas, me parece impresionante cómo a través de una pantalla somos capaces de meternos en la historia, igual que con los libros, percibir los sentimientos de los personajes, y tenerlos nosotros, llorar con un drama, reír con una comedia... Hay películas que las he visto más de diez veces.

Inevitablemente, el día siguiente acabó llegando, y con él las siete de la tarde. Cuando salí por la puerta, vi a Farid con una mochila y me dijo que sería mejor ir saliendo ya que, si no, no llegaríamos a tiempo. Tras despedirnos de mi abuelo, acabamos llegando a un acantilado. Yo al principio estaba un poco confusa, pero después empezó a atardecer, y nos sentamos justo en el borde. La vista era impresionante y, conforme iba anocheciendo, se podían ver las luces de la ciudad.

Resultaba que Farid al final no era tan horrible como pensé. Teníamos muchas cosas en común, como, por ejemplo, la música: a ambos nos fascina el género independiente y las bandas sonoras de películas.

Poco después de anochecer, Farid me acompañó a casa y me preguntó si quería salir al día siguiente a dar otro paseo y, como no me lo había pasado tan mal, acepté.

Luego, mi abuelo me preguntó que qué tal me había ido la tarde, y le contesté que bastante bien, y que al día siguiente habíamos quedado para dar otro paseo.

Tras la cena me fui a la cama, estaba reventada de tanto andar, y me puse a escuchar música en un MP3 antiguo que tenía por casa, ya que mi abuelo no tiene wifi y apenas hay cobertura. Rápidamente caí en un plácido sueño.

A la mañana siguiente, me levanté pudiendo acordarme de todo un sueño con detalle. El sueño me hizo plantearme un montón de preguntas sin respuesta sobre el universo, la vida y la muerte, sobre lo importante que es el tiempo en realidad y lo poco que se valora. En fin, una rayada que más tarde le conté a mi abuelo, pero no creo que me echase mucha cuenta.

Al caer la tarde, Farid apareció y nos fuimos al embarcadero del estanque a pasar las horas. Le conté el sueño, y le hablé sobre las preguntas que este me había generado, y, para mi sorpresa, me

entendió. Era la primera vez que alguien me tomaba en serio; además, me habló sobre su vida, y de lo mal que lo había pasado. Resultó que Farid era medio árabe, y su madre había sufrido malos tratos. Él lo presenciaba todo y sufría en silencio; por una parte, no quería delatar a su padre y, por otra, quería proteger a su madre.

Para olvidar, Farid empezó a consumir drogas blandas, pero cada vez le hacían menos efecto, y acabó consumiendo drogas duras.

Se alejó de la gente, comenzó a buscar pelea solo para estar distraído. Me dijo tantas barbaridades que me quedé sin habla; nunca entenderé cómo fue capaz de contárselo a alguien que había conocido hace dos días.

Sentí verdadera pena por Farid. Me contó que, al final, su madre y él escaparon de su padre, y que se metió en rehabilitación para cambiar el rumbo de su vida. Se encontró encerrado en un mundo oscuro como la noche, en el que no veía esperanzas para salir. Pero en rehabilitación tuvo mucho tiempo para pensar, y llegó a la conclusión de que la felicidad se puede encontrar incluso en los momentos más oscuros, y que, para encontrarla, lo único que hay que hacer es encender la luz.

Estuvimos horas hablando como si nos conociéramos de toda la vida. La verdad es que no me arrepiento de haber conocido a Farid, con él he aprendido las cosas más importantes de la vida, las cosas de las que todo ser humano se arrepiente en su lecho de muerte, las claves para tener una vida plena y feliz.

A partir de ese día, quedé a diario con él. Leíamos, hablábamos y a veces no hacíamos nada, solo observar la naturaleza, el canto de los pájaros, el sonido de las ramas provocado por una agradable brisa. No hacía falta hablar, solo disfrutar de la compañía del otro.

Porque algo muy importante que aprendí de él es que la felicidad no sirve de nada si no se comparte, que es importante decirle a las

personas lo que sentimos, porque si no es ahora, ¿cuándo? Nunca se sabe si después será tarde.

Mi mente ha sido completamente liberada y ahora es libre como el viento, para qué tenerle miedo al fracaso, porque el único miedo que se debería tener es el miedo a perderte la experiencia, porque luego el arrepentimiento que se arrastra es mucho peor que el fracaso.

Solo los poetas y los artistas se lanzan corriendo riesgos y apreciando el mundo desde una perspectiva diferente y pura, porque la raza humana está llena de pasión, la poesía, la belleza, el romance son nuestras razones de vivir; el compartir momentos con seres queridos, porque, si no es esa la razón de nuestra existencia, cuál es entonces.

Por fin he llegado a comprender ciertos comportamientos de las personas, por qué algunos adolescentes se ponen a comer pipas en grupo en un banco del parque, por qué otros se ponen a jugar toda la tarde a los videojuegos, o por qué otros van de compras. La respuesta siempre ha estado ahí, a cada persona le hace feliz una cosa, y esa es la razón más respetable que puede haber. Porque si no hacemos con nuestro tiempo lo que nos hace felices, qué sentido tiene hacer otra cosa. Se le da muy poca importancia al tiempo y sobre lo único que de verdad tenemos poder es en actuar en el ahora, en el momento.

Y si yo tengo algo claro es que a mí lo que me hace realmente feliz es pasar mi tiempo con Farid. Siento que compartimos alma, que formamos parte del mismo ser.

Su mera existencia me provoca felicidad, y no porque esté enamorada ni nada, que no lo estoy. Veo a Farid como un compañero de vida, una persona que me comprende, que se ríe conmigo, que me llena de vida; no me importaría pasar el resto de mis días con él, lo que no me imagino es no pasarlos.

A las dos semanas, Farid volvió a sacar el tema del maltrato de su madre. Me dijo que le habían puesto una orden de alejamiento, y

que por eso él y su madre vinieron a este pueblo, porque su padre era peligroso y no se fiaban. Básicamente, estaban aquí escondidos.

Me dijo que él jamás le haría daño a su pareja, que jamás le haría pasar a alguien por lo que su madre ha tenido que pasar. Dijo que su padre le había amargado la vida, que no entiende cómo se le puede hacer eso a una persona a la que quieres. Transmitía furia y odio, pero también culpabilidad. Culpabilidad por habérselo callado todo. Cree que es culpa suya, pero qué puedo decirle yo que los psicólogos de la rehabilitación no le hayan dicho ya, qué es lo que puedo decirle para hacer que se sienta mejor, qué puede decirle una adolescente de 15 años que no ha sufrido en su vida.

No creo que Farid merezca tanto dolor, tanta carga y tanta culpabilidad. El resto de los días se muestra alegre, observador y lleno de vida, es cuando consigue olvidarlo todo. Pero en cuanto recuerda la mínima cosa, todos los golpes, llantos y moratones de su madre le vuelven a la mente, y esa marea de sentimientos le azota fuertemente, como si de un niño en el mar con oleaje se tratara.

Ahí fue cuando me di cuenta de que Farid no estaba realmente bien y que esos recuerdos, la culpabilidad de haber preocupado a su madre con el tema de la droga y todos esos sentimientos, le acabarían pasando factura algún día.

Farid y yo fuimos a la tienda de doña Luisa a comprar huevos y patatas para una tortilla que mi abuelo haría para mí, Farid y su madre, y para él mismo, por supuesto.

Lo pasamos genial. Farid y yo expusimos nuestras teorías filosóficas mientras comíamos, y mi abuelo y su madre se quedaron anonadados, incluso valoraron nuestro ingenio. Mi abuelo dijo unas palabras que nunca olvidaré. Dijo que las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo, todo fue genial. Hasta que llegó el día siguiente.

Tras una horrible y bochornosa noche llena de mosquitos, por fin salió el sol, había mucho ajeteo, demasiado para ser un pueblo tan pequeño. Bajé al pueblo a por pan para desayunar con mi abuelo unas tostadas con aceite de oliva, como todas las mañanas, pero todos estaban fuera y había policías por todas partes, sobre todo por la zona de la casa de Farid.

Hacía aproximadamente tres horas, su padre apuñaló tres veces en el corazón a su madre, y no veía a Farid por ninguna parte. Pero, al fin, entre la muchedumbre, conseguí verlo llorando a los pies de doña Luisa. Yo no sabía qué pensar, no sabía qué hacer, así que lo único que se me ocurrió fue abrazarlo.

Farid ya no era el mismo, ya no me decía frases esperanzadoras, ya no reía ni me recomendaba canciones, Farid ya no era Farid.

Justo a la semana siguiente, encontraron a Farid en aquel acantilado, justo donde nos sentamos por primera vez, con un bote de pastillas en su mano derecha y una jeringa en la izquierda. Farid murió un 24 de agosto.

Primero sentí un vacío que me carcomía por dentro, luego odio, mucho odio, odié cada vez que me hizo reír, cada vez que me enseñó algo, odié su mera existencia, por qué me dejó sola.

La verdadera pregunta siempre ha sido: ¿merecemos la felicidad?

2.- POESÍA

Obras premiadas

APOLOGÍA DE LA MUERTE

Javier Adrada de la Torre

25 años

Algete (Madrid)

Toma la soga de la eternidad
y ahorca el sinsentido de tu nombre,
deja que el tiempo te arrase, historia
que te forma y deforma, ojo en llamas
mirando al infinito en esta noche
nacida de la noche. Acabarte
sería culminar tu profecía,
rendir culto a la estrella que escribió
en tu carne su estigma, su condena,
su ráfaga de luz; desintegrarte
sería germinar en esta tierra
y dejarle tu cántico en herencia.
Buscas un más allá entre los tejados,
en el gris de la brisa, en el silencio
del campanario, y todavía nadie
responde con el verso prometido,
ni siquiera con otro interrogante,
con un enigma que pueda llevarte
hasta el siguiente; si al menos tuvieras
el consuelo de un cielo diferente...
Tal vez tu error trágico no haya sido
no encontrar nunca sentido al viaje,
sino siempre buscárselo; tal vez
no sea el tiempo la infalible cura,
sino la hambrienta enfermedad; tal vez
jamás logres saber, entre la vida
y la muerte, cuál era la pregunta
y cuál la respuesta. No busques fuera
de tus labios un más allá. No es este

tu tiempo, no es este tu sitio, no es
tuyo este cuerpo huérfano de estrellas.
Por eso, ahora, desteje el sentido
tradicional del verbo y sea el mundo
retoño y creación de tu garganta:

toma la soga de la eternidad
y ahorca el sinsentido de tu nombre,
deja que el verso te abrace, verdad
que tu lengua hace y deshace, voz
sembrada en este prado de palabras
nacido de tu palabra. Agotarte
sería fecundar la realidad
con el abono azul de tu cadáver,
mudarle al cosmos tu forma, tu piel,
dictar tu mandamiento; consumirte
sería convertir tu cuerpo en grito
alzado en un relámpago de sangre.

Recuérdalo: tu grito se hizo carne
y habitó entre nosotros, una tarde,
cuando ella estaba lejos. En su ausencia,
dormían los violines y lloraban
las guitarras, crujían los relojes
y volvían las negras golondrinas
en su ausencia, el día era un rosal
y la noche un aquelarre de azucenas,
una tarde, cuando ella estaba lejos,
sonaba un misterioso bariolage
y Bach temblaba de hambre y de silencio
en su ausencia, la ausencia insoportable
de unos labios ahogados en un tawny
del noventa y seis, de un atardecer
que empezaba a las siete y terminaba
en las aguas doradas de su pubis,
esa tarde, cuando ella todavía

hacía crepitar las caracolas
sin su ausencia, tu grito era el murmullo
de un lánguido final en sol menor
y un cigarro apagado, en su ausencia
sonatas de Corelli se vertían
por las paredes de tu comedor,
tocabas en su honor y nadie nunca
respondía, el viento olía a hielo
y el nido del balcón se estremecía
en su ausencia, vivía apenas ella
en la inútil ficción de tu palabra,
en el semen o la tinta de tu voz
insuficiente, mentira más firme
que la verdad, fantástico artificio
de la lengua, que a veces te bastaba
si nunca amanecía en su ausencia,
si el tiempo era un epílogo en su ausencia,
si solo en las precisas coordenadas
que orbitaban en torno a su perfume
hallabas el sentido, el tan buscado
sentido que sembrara de luciérnagas
tu camino cuando no hay más certeza
que su ausencia, si los versos bastaran
para volver, si los versos bastaran
para vivir, si la poesía engendrara
lo que podría haber sido, entonces
tomarías la soga de tu nombre
y ahorcarías por fin la eternidad,
no dejarías, como aquella tarde,
que el tiempo te arrasara, cuando ella
estaba lejos, recuerdo que construyes
y destruyes a capricho, a tormento,
ojo en llamas mirando a lo posible
nacido en lo imposible; acabarte,
terminarte, agotar el segundero:
resumir tu existencia en un aullido.

POEMAS DEBAJO DE UN ÁRBOL

Jesús Robles Hernández

17 años

Sevilla

Solo la lluvia

Paco Pérez Valencia

[OTOÑO EN EL PARQUE]

Siempre percibo de igual manera el otoño;
cómo se desliza por lo común entre la lluvia,
cómo mueve y conmueve a las hojas
y muerde los hongos
y pellizca los helechos.

Me parece que el otoño
es un año trizado en millones de días
y un día trizado en millones de vientos,
algo que amontona todas mis nostalgias
y las resume cuando me descubro las manos vacías.

Al fin y al cabo, en otoño
el parque se vuelve un paréntesis,
un gigantesco promontorio de ausencias,
el inocente muladar del mundo
donde la gente echa los restos de su silencio.

Definitivamente hay un sabor nostálgico
cuando al parque lo invade el otoño.
No queda siquiera el fragor de la existencia.
Es un insólito y limpio paisaje
que aloja la lluvia y el frío.

[AIRE]

Aire de azules manos,
llegas
con tu azada limpia
sobre la tierra.

Eres el grito del campo
y el amor de la veleta.
Eres carril de pájaros
y de noches negras.

Pero vienes a deshora,
porque llegas
con fiebre de abril y mayo
en las huertas.

No tienes olor de invierno
sobre la mugre vieja,
ni labras tu llanto
en la cancela.

Aire de azules manos,
llegas
de un cielo que cambia
su beso sobre la tierra.

[TU OJO]

Veo tu ojo y es
frágil,
sencillo,
circular,
transparente.

Veo tu ojo y es una manera

— tan solo una manera —
de evadirme,
de encontrarnos
disimulando una sorpresa.

Pero tu ojo,
claro,
es tan solo un detalle,
un centímetro,
un punto concreto,
una estación.
Un paraje definido
donde mirar
y mirar.

El problema es que yo no te amo
por partes,
o por lugares específicos,
sino de manera indeterminada.

Aproximadamente
en total.

[LO QUE QUEDA]

Casi pasó ayer eternamente
y hoy apenas
ha durado. El tiempo va
y viene a su manera.

Lento pasado, breve
será lo que me espera.
¡Tan largo es lo que pasó,
tan corto es lo que queda!

CONTEMPLACIÓN BINARIA DESDE LOS ALPES

Aitana Monzón Blasco

21 años

Tudela (Navarra)

*For Esti, the transparent eyeball
of this Romantic legacy*

Quiero llorar como lloran los niños,
camisa abotonada sobre mar de flores.
no quiero muselinas ni trabajos
ni un lago lleno de cadáveres.

Quiero llorar las penas que me inundan,
la hipertensión de mis cuadernos,
supurar la tinta densa entre mis dientes,
sacarme las raíces de este sexo.

embalsamar con estos labios la pez
que envuelve de nuevo mis insomnios.
no quiero notas de voz, no tengo
tiempo.

no quiero rimas abiertas
ni afonías impares.
quiero coser el ecuador de mi armadura y
con el hilo hacer unos respuntes ciegos,

que se giren ante mí las viejas palabras,
que me abran los cortijos, las galerías,
que rompan las baldosas mis zapatos.
quiero dejar mis pies desnudos unos meses,

caminar por la grava que tiritita,

lanzar a las escarpas unos viejos conjuros,
probar el duelo, la guerra, tus evocaciones,
sacarme las cadenas que me rasgan

todo este aire condensado
del alma mía.

quiero poblar los campos,
conocer los hombres, las
mujeres, sus edades,
las risas de los niños, los soles de sus ojos,

beberme el vino de mi honra sin sentirme yermo.

mirar al mundo,
que todo lo contiene.

quiero lamer las briznas de los pastos,
reflejar mi ego en un estanque,
reconocerme luego tan pequeña.
vestir con gasas, con sedas y con hierros

que opriman mis costillas,
sentir que puedo
perderlo
todo,
sentir

que el aire siempre es infinito,
que lo sublime a veces
me conmueve y me asusta.

un caballo, las bridas mal atadas,
manos baldías de abrir los latifundios.
quiero sentir que vivo en esta tierra que
piso, en estas manos que me acogen sin

preguntar mi sangre o mi genealogía.

quiero cerrar la carta,
llorar la tinta,
pasar los hemisferios,
dormir la letra que me oprime,

saciar las iras
y matarme la culpa.

quiero llorar por una vez
como lo hacen los niños
sacar acantilados
de mi euforia,

reconciliarme con mi tiempo,
creer que este es mi sitio,
que la ciudad
también puede
contenerlo

todo.

AL SUR DEL OLVIDO

Miguel Ángel Andrada Ceballos

20 años

Alcaracejos (Córdoba)

Ard Alfarah es un sueño que habita al sur del olvido.

En *Ard Alfarah* las sillas de enea trenzada
son juncos que siembran las orillas del mundo.
Allí, el calor es un abanico encasquillado
de lunares rojos y volantes blancos.

En *Ard Alfarah* las amapolas son bailarinas
que descalzas pisan los trigales de madera
con tacones de punta de arado.

En *Ard Alfarah* una gitana perdió su pendiente.
Hay gitanos que lo vieron en el fondo
del pozo de las flores campanillas.

Ard Alfarah es un sueño que habita al sur del olvido.

En *Ard Alfarah* los corazones malheridos
son de ébano y tienen un clavijero en la punta.
Allí, viven jacobinos que dormidos piden
lo que despiertos, sumisos, callan.

En *Ard Alfarah* la sangre se embriaga
en las noches de civilizaciones pasadas
la esencia es pura, pues es mezclada.
En *Ard Alfarah* los festines de los ricos
son bollos de pan duro y aceite verde
en el granito umbral de los abuelos.

Ard Alfarah es un sueño que habita al sur del olvido.

En *Ard Alfarah* los reyes solo existen
en los libros de las Historias castellanas.
Allí, los dioses son de serrín dorado
y se les ve solo cuando se llena la luna.

En *Ard Alfarah* hay luces y hay sombras
hay acentos y alegres miserias,
hay gargantas con memoria.

Ard Alfarah es la patria de mi madre.
Ard Alfarah es la Tierra de mis pies.
Ard Alfarah es el final de mi camino.

Es un sueño que habita al sur del olvido...
Al sur del olvido.

MIS RAÍCES; MI ANDALUCÍA

Irene Cintas Ruiz

21 años

Sevilla

Del aceitunero que cultivó
con sus manos los olivos
al que ahora varea las ramas
en la jienense campiña
todos los domingos.

Mi abuela me contó
que llenando un cántaro
a un muchachito conoció
que iba con un borrico
y que en el pilar ató.

¿Dónde iría el muchacho?
Que con arte y sin vergüenza
en la sorpresa de un descuido
le dio un beso en la mejilla
a mi abuela, muchachita, que huyó.

En una noche de verano
la invitó a dar un paseo.
Mi abuela concluyó,
con brillo en sus ojos:
“y tu abuelo me enamoró”.

Ella sus coplillas me cantaba
en las ascuas de un brasero
y así escribí a mi tierra:
¡viva Sevilla bonita,

viva el barrio de Triana!

Mi padre en un paseo
me cuenta las batallitas
de un pequeño viajero
que no le hizo falta salir de su tierra
para explorar el mundo entero.

Mi madre sentada en un banco
en la Avenida del Paseo
ve pasar su infancia y sus recuerdos,
y al otro lado de la ventana,
alza la mano para saludar a mi abuelo.

En los paisajes de Sierra Mágina
mi tía me rodea con su brazo
y a la orillita del río Cuadros
me regala una sonrisa
y un beso en la mano.

Dorada la Mezquita
y su puente romano,
ilusionado, mi tío allí me espera:
«¿a dónde va mi niña bonita,
a dónde va mi niña de Triana?». En Sevilla aguardan
las amistades de mi vida,
llenando de un vivaz recuerdo,
paseo, de nuevo,
por las calles de la Judería.

De la mano agarro
a quien llena de vida
mis ganas y mis sueños,
mis ilusiones
por revivir cada rincón de Sevilla.

Las raíces de una vida
quedan sembradas en el alma mía
que así mi madre y mi padre
decidieron aquel día.

La pasión y el duende sevillano,
el oro verde de mi familia,
unieron sus sentidos
para sentirme más que nunca de mi tierra:
Mi Andalucía.

PÁJAROS

Carlos Jiménez Barea
29 años
Dos Hermanas (Sevilla)

El pájaro del tiempo
tiene poco trayecto para volar.
La vida es breve y el eco finito.
Abre sus alas sobre tiempos de amor
y las cierra, asustado,
ante las adversidades del cielo.
El pájaro del tiempo
escribe su historia sobre plumas de colores
y sobre pequeños llantos de alegría.
Anida dicho pájaro en la consciencia,
maldita y maltrecha por heridas y caídas,
sobrevenida y fuerte por las ramas sostenidas.
El pájaro del tiempo
tiene poco trayecto para volar.
A veces vuela entre espesos bosques,
a veces entre pequeños paraísos del desierto.
Sube y baja entre las nubes,
llenando espacios, historias y percepciones.
Planea observando cuando otros ojos lo observan
y vuela deprisa y en caída,
cuando es sombra, presa y cazador.
Tiempo infinito, tiempo breve, tiempo airoso,
luz de mis ojos,
vendimia de mi corazón.
El pájaro del tiempo
tiene poco trayecto para volar.
A veces es ave rapaz
y vuela con rápido plan hacia la vida,
buscando felicidad en el exterior.

A veces es lechuza en la oscuridad,
que, con brillantes ojos,
busca entre las sobras su identidad.
Vuela. Vuela alto, bajo, deprisa y lento.
Vuela entre tinieblas, sombras, luces y espejismos.
Vuela con intensidad y con pasión,
vuela iluso y con desilusión.
El pájaro del tiempo
tiene poco trayecto para volar.
Su pico es paradoja y metáfora,
sus garras atención plena y paz.
El pájaro del tiempo
tiene poco trayecto para volar.
La vida es breve y el eco finito.
Abre sus alas sobre tiempos de amor
y las cierra, asustado,
ante las posibles tormentas.
Esconde su cuello,
y temeroso, desarrolla su vida,
entre lágrimas rocosas.
Esconde la mirada,
no deja que el sol ilumine su cuerpo.
Pero la vida es breve y el eco finito,
y comprende,
entre sollozos y aprendizajes,
que el roce del aire es su vida,
que su alma no es perezosa,
que entre alientos diversos proyecta su huida.
El pájaro del tiempo
tiene un gran trayecto para volar,
pues la mínima cueva se convierte en explanada
y el torrente de la lluvia en camino.
Nada le es indiferente si aprende a manejar su vuelo.
Nada desaparece, todo se transforma si con aliento y sutiles miradas,
admira el reflejo del sol sobre los pinos,

y a los animalillos curiosos
jugando al juego de la vida.
Que el vuelo no es recto, sino sinuoso,
que el aire no entiende de temperaturas,
que los colores son infinitos tras las nubes.
Pequeño y lastimado pajarillo,
poco trayecto llevas y te lamentas.
Aprende a amar tus alas,
tu fuerza y tu capacidad,
que el entorno no importa,
que la luz no importa,
que todo importa si nada importa.
El pájaro de la mañana canta, vuela y canta.
El pájaro de la noche silba, observa y descansa.
Que el trayecto se vuelve finito en una mente finita,
que el trayecto se vuelve paraíso,
cuando abre sus alas en tiempos de amor,
y el propio amor las mantiene abiertas,
desapareciendo el tiempo, los conceptos,
y la propia adversidad.
Canta. Canta el pájaro sin tiempo,
recorriendo trayectos sin camino,
que solo llevan
al fondo del corazón.

¿QUÉ HAY DETRÁS DEL SILENCIO?

Carlos Manuel Reina Rosales

34 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El silencio es el preludio de la ignorancia.
Porque carece de preguntas,
ausentes de certezas.

El silencio vibra con tu miedo,
aquel que te oprime,
te angustia,
te acorrala,
y te desvela.

El silencio baila sobre tus pasos,
aquellos que no das.

El silencio es el renglón seguido del miedo;
el silencio es el renglón torcido de tus sueños.

Veneras el silencio,
sin ser devoto de la pausa.

Veneras el refugio del silencio,
para ser prisionero de tus certezas.

EN EL NOMBRE DEL ARTE

Ana Bono Rodríguez
18 años
Dos Hermanas (Sevilla)

Pasan las agujas, la sangre llora,
el verbo en carne viva grita sin hora.
¿Cómo respirar si no siento el viento pasar?
Se une subiendo, bajando y haciendo
la vida imitando al arte, siendo el arte vida;
viviendo libres en nuestra propia caída.
Hábitos del exilio, marcan el comienzo sin hilo,
confunden el ovillo, la lana, para crear dibujando: nana.
Hace tiempo dejé de creer en hadas,
abriendo los ojos por segundos,
queriendo saber cuáles fueron mis últimos.
Ahora sueño con llegar a ser,
aquella mágica luz que un día fue.
Todo se para.
Cicatrices profundas de un alma “alegre”
¿Debo ser duende si mi amo se desentiende?

Allende de los mares, el viento del aire,
un gélido suspiro que acabe en derrame.
¿Dónde está el mapa que el canto atrapa?
Si cuando menos te lo esperas,
cierras los ojos y no te despiertas.

PORTE AÉREO

Javier del Toro García

17 años

Dos Hermanas (Sevilla)

En el hervor del quehacer impera la incandescencia.

Impasible se halla el galopar de la sogá,
que torna en epitafios de cúrcuma
bajo la lumbre del mar.

En la ceniza se ahoga el beso mudo
del lírico de postales.

Sepultadas se consumen las alhajas de la virtud;
clamando, exánimes, la fogosa savia
usurpada de las entrañas de las crónicas.

Crónicas de una muerte anunciada,
la de la pluma empedernida de pulido oficio
de ornamentas con sabor a miel.

Y meloso embiste el numen del versado,
que combina apolíneamente el cárdeno y el gualdo
en versos colmados de ambrosía.

Y grita el ducho el azafrán de sus venas, con vesania.
Un grito afásico carece de aroma;
aroma plasmado en pliegos de octavilla,
que en avión de papiro divulga frenesí.

Mas las hogazas de las manos raudas siempre prevalecen,
hasta bañadas en cicuta prevalecen.

EL PÉNDULO ETERNO

Alejandro Romero Sánchez

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El péndulo eterno
que muere cada día.
El sol que emana
y marchita sus heridas
La canción sin nota,
que no vuela y no camina,
y la luna que mengua,
para acunar a las estrellas
que menos brillan.
El frío que me quema,
la noche que no oscurece,
el baile que no danza,
el agua que te cura,
la prisa traicionera,
el río estancado,
los llantos que sonríen
y la boca que murmura.

Recuerdos corrientes,
memorias robadas,
corazones ardientes
e historias enjauladas.
Si, nombres de casi cientos de vidas,
podemos recordar de una vez,
por qué esas historias de abuelos
no podemos en la memoria retener...

El mundo se viste de blanco
con soniquete de campanillas,

con corona de flores
desde las azules hasta las amarillas.
Va contando cada pisada que surge
en la arena de la orilla,
cuando otra hoja cae del árbol seco,
seco de sus heridas.
Así, rezando a las siete maravillas,
que otras doce, esta vez, sean de vida.

Sostén la luna en tus manos,
duerme en el regazo de las estrellas,
rézale al sol que más te alumbre
y háblales a las flores,
que las que mejor saben escuchar,
son ellas.

Cántale una nana al mar.
Con sus olas te besarán.
Vuela junto a las nubes,
allí podrás soñar.
Siente el abrazo del momento,
siente para poder amar.

Escuché que las mariposas
pintaron tu almohada.
Para que sueñes con las flores del jardín,
llenaron tu habitación de colores.

El himno de las mañanas.
Suena el despertador.
El tiempo cambia de nombre,
como si fuera un mensaje,
recitado por un trovador.

Tesoros son los suspiros del tiempo,
cada minuto robado.

El calendario sin números,
el secreto de la muerte,
el reloj que llora a su manera,
rezándole cantos a la suerte.
El arte de la razón,
cual árbol que no envejece,
sintiendo de corazón
que nunca es perdido el tiempo,
pues de riquezas no carece.

Así es, la palabra en los labios,
el arte incomprendido,
el secreto sin horarios,
la noticia que desaparece,
el tiempo sin agujas,
las horas que no duermen,
las rosas que pintan tu cara
y el viento despeinando tu ser.

¡Oh! Guitarra mía,
abrazando tu cuerpo de mujer,
cantando esta canción una y otra vez.
sintiendo los latidos del clavel,
guerrero de la verdad,
maestro del “te quiero”,
poeta del saber.
¡Oh, tiempo!
No vayas tan deprisa.
Ve despacio y no borres
los pasos del ayer.

CANSADA

Begoña Gómez Rodríguez

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Estoy cansada, sí, has leído bien,
estoy cansada de esperar frente a un ordenador,
cansada de apostar todo, a cambio de nada,
cansada de fingir, cansada de la palabra “bien”
cansada de cambiar excursiones por salas de espera,
clases por consultas, risas por agujas.
Estoy cansada de estar para todos, excepto para mí,
Cansada de las miradas furtivas en educación física,
de la incomprensión, de la falta de empatía.
Cansada de que, después de verme, reciba miradas de compasión.
Estoy cansada de tener miedo a los nuevos amigos,
porque si quieres estar conmigo, también estarás con todo lo malo.
Eso por lo que no muchos pasan, eso que nos convierte en “hé-
roes”,
vale, pues enteraos de una cosa:
no queremos serlo, no queremos ser
guerreros, luchadores, fuertes,
nunca quise ser una princesa,
yo quería ser una soldada,
tal vez porque, en el fondo, sabía que jamás
encajaría en un castillo, tal vez sabía que
la guerra era mi lugar, mi hogar.
Estoy cansada, estoy muy cansada de
intentarlo y no conseguirlo.
De soportar “esas miradas” cuando
digo que nunca he probado una *pizza* “normal”.
Estoy cansada de etiquetas,
De que todos vayan a olvidar este poema,
que no es otra cosa que un grito de ayuda,

silencioso y sutil, pero lo es.
Me he pasado la vida disimulando, escondiendo,
y, sobre todo, maldiciendo, porque veinticuatro horas no son
pocas,
yo solo quiero dormir un poco más,
porque dormir es no sentir, y eso,
es lo único que quiero ahora.

A NUESTROS ABUELOS

Irene Rubio González

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Cada derrota y cada golpe en el camino,
más fuertes los hacen.
La vida está llena de obstáculos
que les complican las cosas.

Para nuestros abuelos, nada fue imposible.
Ellos derrotaron guerras, posguerras, pandemias...
Nada les borró la sonrisa.
Cada arruga de su frente,
y su pelo plateado,
fue una experiencia vivida.
Porque cien años,
son muchos años,
tantos como para vivir varias vidas.

Pero la vida es demasiado corta,
como para no vivirla intensamente.
Por eso, nuestros abuelos fueron
artesanos de emociones,
labradores de tierras milenarias,
forjadores de costumbres y tradiciones,
sembradores de concordia,
licenciados en esperanza.

Escuchando, aprendo a valorar
los caminos que ellos recorrieron
y nos enseñan,
que la más dura de las historias,
siempre tiene un lado positivo

y que nunca es tarde
para seguir aprendiendo.

3.- MENCIÓN ESPECIAL AL MENSAJE POR LA IGUALDAD

DELICADAS

Raquel García Robles

25 años

Madrid

Delicada: fina, atenta, suave, tierna, débil, flaca, delgada, enfermiza, quebradiza, fácil de deteriorarse, sabrosa, regalada, gustosa, difícil, expuesta a contingencias, primorosa, fina, exquisita, bien parecida, agraciada, sutil, aguda, ingeniosa, suspicaz, fácil de resentirse o enojarse, difícil de contentar, que procede con escrupulosidad o miramiento. (Real Academia Española, s. f., definición, *delicada*).

Desde tiempos inmemoriales me han inculcado ideas que, tras el paso del tiempo y un gran trabajo de reconocimiento, han chocado tan de lleno con la realidad que, a día de hoy, mi cuerpo y mi mente todavía tratan de despojarse de esas mentiras que, de una manera u otra, me hicieron ser como soy.

A Francisca esto no le pasó. Ella nunca pensó que no iba acorde a su condición, que su estatus social le obligaba a ser una persona diferente a lo que debía ser, una mujer delicada, quebradiza, tierna, sutil, con una belleza tan inigualable que todos los hombres desearían sacarla de aquella casita de un cuarto para siete hermanos en la que vivía.

Creció fuerte, directa, ruda y con una destreza envidiable para defender a los suyos sin más recursos que sus argumentos. Era la mayor de su familia, todo lo demás eran hermanos pequeños que demandaban atención, cuidados y comida.

Con once años, Francisca empezó a trabajar en el campo, era una mujer, pero tenía brazos fuertes y una gran necesidad: la de dar de comer a más bocas de las que su madre podía alimentar. En cuanto a su padre, no tiene cabida en esta historia, pues desapareció al poco de nacer nuestra protagonista, y nunca más se supo de él.

Francisca trabajaba de sol a sol. «Tó lo que me echen», decía. Cuando no iba al campo a recoger patatas, remendaba pantalones con su madre, hacía la colada, cuidaba de sus hermanos, iba al pueblo a hacer la compra, cocinaba, tendía, barría, ayudaba a sus vecinas, incluso en tiempos de crisis, cuando la epidemia de gripe invadió España, trabajó como auxiliar de enfermería. «Ellos necesitaban gente, y yo necesitaba trabajar».

Aprendió que el miedo era para aquellos que se podían permitir tener aspiraciones mayores al día a día. Ella, sin embargo, solo trataba de superar las horas para llegar a casa y comprobar que todo estaba tal como lo había dejado.

A Francisca no le enseñaron que las mujeres eran delicadas, frágiles y exquisitas, y, si lo hubiesen hecho, se habría reído a carcajadas. «Si a mí me hubiese dado miedo romperme una uña o tener callos en las manos y los pies de recoger patatas en el campo, ¿quién habría alimentado a mis hermanos?».

Francisca encontró el amor un día volviendo a casa después de una dura jornada remendando pantalones militares para aquellos que estaban de paso. Un joven se cruzó en su camino y le saludó. Un simple «buenas tardes» al que ella respondió de la misma manera que le habría respondido a su farmacéutico, seca, cordial y sin un ápice de interés.

Manuel era un joven jornalero de familia humilde que aprovechaba el poco tiempo que le quedaba tras salir de la fábrica de papel donde trabajaba para ver a sus amigos. Era guapo y generoso, no tenía muchos amigos, pero a esos pocos podía llamarles hermanos. Cuando José le pidió acompañarle de carabina para poder salir con la que por aquel entonces era su novia, no dudó. Fueron al Coliseum, el cine del pueblo, donde estrenaban una película la cual ya no recuerda. Allí fue donde la vio. Aquella muchacha que espontáneamente saludó el día anterior mientras volvía a casa de trabajar. Francisca había accedido

a acompañar a su amiga Carmela de carabina para que pudiese pasar tiempo con el que por aquel entonces era su novio.

Francisca y Manuel tuvieron un amor de película. Manuel nunca quiso una princesa, y Francisca nunca pretendió mostrarse frágil, tímida o sutil para conquistarle. Ambos tenían un gran carácter, eran cabezones y orgullosos, pero también honestos, justos y comprensivos. Se amoldaron el uno al otro para poder construir su historia y no dejaron de hacerlo nunca.

Me enseñaron que las mujeres debían ser delicadas, mostrar sus encantos, pero sin sobrepasarse, ser sutiles, frágiles, tiernas, atentas, y un largo etcétera que aún estoy tratando de transformar. Sin embargo, cuando empecé a cuestionar estas actitudes, eché la vista atrás y me encontré con mi abuela, Francisca, una mujer que nunca fue delicada. Francisca no tuvo la oportunidad de cuestionar su *feminidad*, porque estaba ocupada luchando en el día a día. Ella nunca quiso conquistar, agradar, servir o aparentar. Fue honesta, trabajadora y dura, sobre todo en una época donde, si los hombres no podían llorar, las mujeres no debían ni pensarlo. Al abandonarla su padre y caer enferma su madre, tiró sola del carro para que sus hermanos pudiesen tener una vida mejor que la suya, y lo consiguió. Francisca no fue una princesa, fue una heroína, y no fue la única. Muchas lucharon para mostrarnos que el futuro está en la palma de nuestra mano y, aunque la sociedad se torne diferente cada día, somos nosotras las que decidimos cómo actuar, qué dejamos que nos vendan y qué decidimos aprender, o desaprender.

4.- SELECCIÓN DE OBRAS I CERTAMEN LITERARIO 'RECTORA ROSARIO VALPUESTA'

VIDA DE VIDA

Octavio Piñero Carrizosa

35 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El mundo estaba parado,
los bares, los sueños cerrados.
Pero tú querías llegar,
no podías esperar.

Nana para un tiempo raro.
Vino y rosas bajo el brazo.
Los vientos vuelven a cambiar,
las cenizas echan a volar.

La vida te ha despertado.
Tu llanto nos ha desgarrado,
Tus ojos aprenden a soñar
Entre el más aquí y el más allá

Tus dedos se han agarrado
a un futuro para nuestro pasado
y acaricias la mundanidad,
dura como tu fragilidad.

Tan pronto y ya has encajado
los golpes que aún no te han dado,
derrotas que están por llegar,
amores que se marcharán.

Respiras que eres amado.
Vida de vida que se ha creado,
del amor que hay cultivar,
de amigos que permanecerán.

EL EJEMPLO INVISIBLE

Javier Riscart López

32 años

Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)

Enseñanzas fueron pocas,
porque por tu boca,
pocas palabras salían.

Ejemplo tampoco era,
porque no te veía,
tu única razón de ser,
trabajar todo el día.

La prisa te poseía,
poco tiempo tenías para enseñarme,
acelerado el pan de cada día.

Aprendizaje invisible,
te dedicaste toda tu vida a enseñarme,
y yo sin darme cuenta,
y ahora lo único que puedo decirte,
que es un honor que a ti me parezca.

Que poco me enseñaste,
o eso me creía,
porque de ti aprendí,
que las quejas no servían,
esfuerzo hasta el agotamiento,
es lo único que valía

Que poco me enseñaste,
o eso me creía,
porque de ti aprendí,

que, con esfuerzo,
el miedo te temía,
y al más sabio te comías.

Que poco me enseñaste,
o eso me creía,
porque de ti aprendí,
que el dinero no servía,
si tu familia no te conocía.

Que poco me enseñaste,
o eso me creía,
porque de ti aprendí,
que la jubilación puede ser lo mejor de la vida,
para hacer disfrutar a los que te rodean todos los días.

Que poco me enseñaste,
o eso me creía,
porque de ti aprendí,
que lo importante es que los tuyos estén orgullosos,
porque como tu padre te decía «no nace otro como tú en la vía».

Que poco me enseñaste,
o eso me creía,
porque, aunque no te veía,
has sido el ejemplo invisible durante todos mis días.

Papá has sido, eres y serás mi ejemplo de vida
porque entregaste la tuya
para darme lo mejor en la mía.

POR UN POEMA

Rocío del Valme Cala López

29 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Me dijo que le escribiera cada noche y aquí estoy, conjurando versos nuevos con tal de verlo sonreír, agotando el diccionario con tal de hacerlo feliz.

Y es que cuando estoy con él no es que sienta mariposas en el estómago, no, es un puñetero oleaje que hace vibrar mis sueños. Cuando estoy con él no puedo dejar de mirarlo, no puedo parar de pensar cómo puede ser tan perfecto con cada una de sus imperfecciones. Cuando estoy con él me pregunto qué fue lo que hizo para tenerme tan loca.

Y es que en su mirada se me para el tiempo, se ralentizan los segundos y el instante, perdida en el verde miel de sus ojos, se hace eterno. Entonces ya no tengo remedio. El corazón bombea sueños y la razón escribe sentimientos.

Me dijo que le escribiera cada noche y aquí estoy, robándole horas al sueño solo por regalarle un poema.

SOLO ASÍ SALE LA TINTA

Rebeca García

28 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Solo así sale la tinta,
punzando con destreza en esta herida.
Regodeada en el dolor de tu partida.
Sabiéndome débil y casi extinta.

Solo así sale. Tonta.
Por pensar en necedades.
Por alimentarme de ellas.
Por obviar verdades.
¿Verdad? Seis letras con un resultado impar.
Las caras del hexaedro dispuestas a contar
su realidad.

Solo así.
Agachando la cabeza,
sujetando la melena, con torpeza.
Agrietando los pulmones
con proezas.

Solo.
Sacado de la manga,
del hechizo,
del tormento,
de la parca.

Sal.
Derretida que escuece y no fumiga.
Que adereza.

Sal, decía, con certeza.
No para que la echaras,
sino para que te fueras.

DOPPELGÄNGER

Narciso Raffo Navarro

28 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Alguien con tu rostro
camina hacia el trampolín.
Lleva el mismo bañador de moda,
el mismo lunar en la mejilla.
Todo aquello cuanto te hacía
único y preciso.

De pronto, el sol te deslumbra
y ese alguien ha saltado
limpio sobre el agua. Te recompones,
buscan tus ojos esa estela
ahora indistinguible de la masa.

LOS MUNDOS DE LAS DESCONOCIDAS

Alfonso Pagola Fernández

26 años

Dos Hermanas (Sevilla)

El suave vaivén del tren mecía los adormilados rostros de los pasajeros a escasos minutos de alba. El traqueteo de las vías era el único sonido que separaba a los viajeros del silencio. Tras un rápido estudio de los rostros que componían el cuadro de aquel vagón, Alba dirigió la mirada más allá del cristal de la ventana.

La misma imagen de cada mañana. De camino a la oficina, antes de detenerse en la estación de Bath, el primer bloque de edificios de aquella pequeña ciudad asomaba entre el verde espesor de la montaña. Y, como en cada jornada, una bella joven asomada al balcón oteaba el horizonte.

A pesar de la distancia que las separaba, Alba contemplaba en ella un aura de tristeza e imaginaba unos ojos que, al mirar hacia el horizonte, escudriñaban su propia alma en busca de respuestas que se perdían en olvido.

Al poco, el edificio volvía a perderse entre el follaje y el tren, junto con aquellos autómatas que en su interior se desplazaban hacia sus respectivas jornadas y que seguía su curso. Durante semanas, aquel ritual se repetía, y aquella mujer ocupaba gran parte de las reflexiones de Alba.

Una mañana, a comienzos de junio, la joven no se encontraba en su balcón. Aquello turbó sobremanera las emociones de Alba, que pegó su rostro al cristal en un estéril esfuerzo por ver más allá de la fachada del edificio para buscarla. Los días siguientes se desarrollaron con naturalidad, excepto por la evanescencia que en aquel balcón

del edificio tuvo lugar, y de la que aparentemente solo Alba se había percatado.

Tras una semana de ausencia, al lunes siguiente, viajaba Alba nuevamente en el mismo vagón que de costumbre y, al llegar al momento del trayecto en el que el edificio emergía del verde espesor, le pareció a Alba, aún presa del fango de la somnolencia y la agradable temperatura del tren, percibir de soslayo la figura de la joven nuevamente en el balcón. Parpadeó varias veces para cerciorarse de su vigilia, y giró bruscamente la cabeza en dirección al edificio, mas los árboles invadieron súbitamente su campo de visión. Sin embargo, justo antes la intromisión de las ramas y las hojas, creyó Alba observar por un lapso una figura cayendo.

Se dijo a sí misma vehementemente que debía haber sido fruto de la somnolencia. No obstante, su corazón comenzó a latir desbocado. El tren se detenía paulatinamente y Alba luchaba contra su fuero interno en fervor de no precipitarse hacia aquel lugar. Sin embargo, cuando el tren se detuvo por completo, agarró su maletín de trabajo y salió apresurada del vagón guiada por la imperiosa fuerza de la curiosidad.

Una vez fuera, en la estación, la joven corrió las calles, ausente de rumbo y a tientas, pues era la primera vez que se apeaba en aquella parada. Torció esquinas, y bajó y subió escaleras hasta dar con el edificio que tantas veces había observado a través de la ventana del tren.

Alba apoyó su mano en la pared para tomar aliento y echar un vistazo a su alrededor. Sin embargo, no observó nada fuera de lo habitual. No vio gente escandalizada, ni ambulancia, ni rastro de sangre. Ninguna señal indicaba que un cuerpo hubiese saltado desde el sexto piso. Aunque, sin saber por qué, como empujada por una mano invisible, se adentró en el portal, cuya puerta estaba entreabierta.

Subió las escaleras, corroída por un nerviosismo infame, hasta llegar al piso en que una pequeña placa de madera indicaba como el sexto. Orientada por unas ventanas que mostraban el exterior desde

el corredor, pudo intuir qué puerta era la que buscaba. En el umbral, tragó saliva sonoramente y alzó la mano para golpear la madera con los nudillos. No hubo respuesta. Hizo un segundo intento, que también resultó ser en vano. Tras esperar unos segundos, giró el pomo vaticinando cuál sería el resultado. Y como supuso, la puerta se abrió hacia dentro.

Era un pequeño apartamento, con una cocina a la izquierda que conectaba por una barra americana al resto de la vivienda. Todo era blanco, desde las paredes hasta los muebles. No había cuadros o fotografías enmarcadas. Únicamente desentonaba un televisor negro. Al final del salón, las ventanas de un balcón se encontraban abiertas de par en par. Las cortinas traslúcidas eran mecidas suavemente por la brisa estival. Alba avanzó procurando no tocar nada. Por alguna desconocida razón temía que una extraña magia que embelesaba aquel lugar se retirase al tacto de sus dedos. Todo estaba meticulosamente ordenado a excepción del sofá, cuyas arrugas mostraban el rastro dejado por un cuerpo. Posiblemente la mujer que había estado observando desde el tren hubiese dormido ahí.

Lentamente dirigió sus pasos hacia el balcón y, una vez fuera, una impetuosa agonía se apoderó de ella. Sintió que la estrangulaba un nudo en la garganta, y que su estómago se cerraba con virulencia. Se giró de súbito, como alertada por un inminente peligro. La puerta estaba cerrada.

El fresco soplido de la brisa procedente de la montaña acarició su rostro y meció sus rizados cabellos castaños.

A lo lejos, el sonido de un tren procedente de la ciudad contigua se advirtió como un tímido alarido. Volvió a girarse para observar el largo vehículo que atravesaba la sierra. Y a través de una de las ventanas pudo ver a la misma joven que durante semanas se había asomado a ese mismo balcón. Ahora, en el tren, vestía prendas de oficinista, y era ella la que a través de la ventana la observaba absorta, como hechizada.

Los ojos de Alba se perlaron de lágrimas, no daban crédito a aquella estampa. Quiso gritar con todas sus fuerzas, pero, tras un instante, el tren se perdió entre la glauca espesura y su voz se ahogó en un silencio sepulcral.

ENTRE EL NORTE Y EL SUR

Julia Otero Romero

26 años

Sevilla

Desde que volví de Perú no olvido a aquella niña. Tendría diez años y cuidaba a su hermanito, de apenas tres. Vivían entre aquellos altos cerros de colores, cerca del Cusco. Subían y bajaban la montaña tantas veces como les permitían sus pequeñas piernas. Aquellos mofletes quemados del sol y del frío eran prueba de ello.

Subía y bajaba, también, su mamá con los caballos que montaban los turistas para subir a la montaña. Entre tanto, ellos se cuidaban. Jugaban, eran niños.

Cuando terminaban la jornada en la montaña, acudían a aquella pequeña escuela en la que les impartíamos talleres. A todos los niños de la comunidad, y a sus padres. Esperaban siempre con ilusión que llegara aquel carro blanco y limpio a su comunidad. Sabían que, además, siempre les llevábamos... ¡yogures de sabores! Fresa, durazno, vainilla... Cualquiera estaba bien, ¡era un regalo! Las sonrisas infinitas y aquellos ojos brillantes que te miraban transmitiendo gratitud.

Gratitud sentí aquel verano que obtuve la beca de cooperación. Fue aquel verano, antes del coronavirus. El verano que me cambió la visión de la vida.

Entre los andes peruanos, entre cerros de colores del Cusco, en cualquier remoto lugar del Perú. No importaba dónde, las sonrisas de aquellos niños eran siempre las mismas.

¿De dónde eres, gringa? Sus ojos parecían estrellas cuando escuchaban «España», cuando pensaban en Europa. Cuando se imaginaban aquellos países que veían tan lejanos e inaccesibles.

Empecé a trabajar en un entorno de cooperación, sumándome a la gran labor que realizaba una pequeña pero arraigada ONG local. Creyendo que sabía, descubrí mi ignorancia.

Las lecciones aprendidas cada día eran más. Aprendía y no me daba ni cuenta. La armonía entre el hombre y la naturaleza. Rodearte de personas que te alegran el alma y que te llenan de vida. Eso era lo realmente importante.

Desde esos valores vitales, que me resultaban ejemplarizantes, tratábamos de cooperar en la prevención de la violencia contra la mujer.

Aquellas mujeres de trenzas largas, sombrero, faldas o polleras y telas de colores atadas a la espalda con las que portaban niños, frutas, mazorcas... Aquellas mujeres tenían una gran fortaleza. Lo supe desde el primer día. Habían creado una red entre ellas que era indestructible. Cada día se esforzaban por trabajar para su familia, en el campo y, además, organizaban sus propias asociaciones mediante las cuales accedían a las asambleas comunales.

Por momentos, me preguntaba hasta qué punto yo aportaba algo en aquel entorno. Sin saberlo, ellas se reconfortaban con nuestra presencia, se animaban a seguir con su lucha. Unas a otras nos inspirábamos. Nunca se entendería contado desde las palabras de un extraño, pero aquellas experiencias eran un sople de aire fresco, un sentido de vida.

A mi regreso a España, me prometí a mí y a ellas que volvería.

La impredecibilidad de la vida. Cuando crees que todo está controlado y que tienes la capacidad para tomar tus propias decisiones, te das cuenta de que no.

La llegada del coronavirus supuso la mayor incertidumbre que había vivido nunca. Trataba de convencerme cada día de que el siguiente verano podría volver a Perú, pero en el fondo de mí sabía que no sería como había planeado.

En ese momento, me di cuenta de que vivía con la cabeza en un mundo y el corazón en otro.

¿Qué pasaría allí? Me contaban que los niños solo podían escuchar sus clases desde la radio o la televisión (quienes tenían) y que, probablemente, ese curso escolar lo habrían perdido. Me contaban que los proyectos de las ONG se habían paralizado, y que muchas habían perdido sus oportunidades de obtener nuevas subvenciones... Me contaban historias que me inundaban de tristeza.

Un año después, los niños han podido volver a sus escuelas, sus padres han podido seguir trabajando —dentro de las limitaciones—, pero muchas de las ONG que los acompañaban aún no han vuelto. Ni siquiera saben si volverán.

Estoy segura de que muchos de ellos esperan poder volver a ver aquel carro blanco y limpio que llegaba cargado de yogures, pero que significaba mucho más que eso. Seguro que muchas madres se preguntarán quién seguirá apoyándolas en su lucha.

Y yo me pregunto quién apoyará a esas mujeres y a esas niñas que serán mujeres para seguir luchando por su futuro, por ese entorno de empoderamiento que tanto tiempo había costado crear.

Hacer, aun creyendo que no haces nada. Creer en el cambio desde el cambio. Cooperar para salir juntos de las adversidades. No olvidarnos de lo verdaderamente importante. Mirar más allá de nuestras propias fronteras. Más allá del norte. Sin olvidar el sur.

Aún hoy, mientras escribo estas líneas, sigo emocionándome, ¿por qué?

Desde que volví de Perú no olvido a aquella niña, ni a ninguna.
Me quedé a medio camino, entre los dos mundos. Entre el norte y el
sur...

LA ENFERMEDAD DE LOS OLMOS

M.^a Ángeles Oliver Díaz

22 años

El Palomar, La Iruela (Jaén)

Mis hojas se encuentran ahora mismo extendidas por el suelo, un suelo que apenas se ve debido a mi denso follaje, ahora extendido y muerto en un bosque rodeado de olmos que, al igual que yo, se encuentran con toda su majestuosidad desprendida de sus ramas. Aunque la suya jamás superará a la mía, ni siquiera en los meses más primaverales del año, pues pocos pueden llegar a mis 30 metros de altura y mis ramas de casi 20 metros de longitud.

A pesar de ser el árbol más grande y más robusto de mis hermanos, ahora mismo me siento desnudo. Pero he de admitir que a veces es necesario dejar ir algunas cosas para que otras nuevas y más fuertes puedan surgir. Cuando vuelva a surgir la primavera, mis hojas brotarán dando a mi copa de nuevo un aspecto sano y joven.

Yo y mis hermanos vivimos en el bosque de Poyo de Santo Domingo, situado en el Parque natural de las Sierras de Cazorla, Segura y Las Villas. Crecemos fuertes gracias al río Guadalquivir, que nos da el agua que necesitamos y nos ha bendecido con su cáliz líquido durante muchos años, años donde la sequía y la enfermedad nos acechaban.

En el verano de 1934, algunos de mis hermanos mayores comenzaron a ponerse enfermos, enfermedad que se manifestaba con un color amarillento, ramas secas y hojas marchitas. Después, mis hermanos menores también comenzaron a enfermar, y los animales y las demás especies de árboles comenzaron a perder su encanto y alegría, presas de la angustia que a los olmos nos carcomía las entrañas. Fueron años oscuros, donde la muerte, la tala y los intentos de los hombres por salvarnos hicieron que lo que fuese antaño un gran bosque de olmos centenarios se convirtiese poco a poco en un

enorme cementerio. Escuché a los hombres ponerle nombre al mal que nos afectaba, *grafiosis*, un nombre que aún a día de hoy me produce escalofríos y hace que mi sabia se enfríe de puro terror. Finalmente, en los años sesenta, gracias a una serie de tratamientos de desinfección y de aplicación de insecticidas, conseguimos por fin reponernos algunos de nosotros, yo entre ellos, aunque jamás pudimos recuperar a nuestros hermanos caídos en los primeros años. Además, según contaron los hombres, algunos entre sollozos, el gran olmo se había convertido en una especie en peligro de extinción, y ahora apenas quedábamos algunos de nosotros en la península ibérica

Un sonido muy peculiar interrumpe mis oscuros pensamientos, unas pisadas humanas corriendo a través del bosque. No es un sonido inaudito, por supuesto, por aquí he visto pasar a centenares de humanos a lo largo de mis 350 años: caminantes perdidos, personas buscando leña para calentarse en el invierno, grupos de personas buscando hongos y castañas como alimento, mujeres escapando con sus amantes para yacer bajo la protección del bosque lejos de ojos indiscretos, niños perdidos debido al descuido de sus padres... Sin embargo, no solía haber humanos en mi bosque con mucha frecuencia.

Ahora se trata de un joven, y corre directamente hacia mí, sus ojos desorbitados desbordan lágrimas de puro terror, y sus labios partidos indican que ha sufrido algún tipo de daño. Al llegar a mi altura, trepa sobre mi tronco con intención de llegar a mi copa y alojarse en mis ramas más gruesas. Su agarre apenas me molesta, mi tamaño en comparación con el suyo es infinitamente mayor. El joven escala bien, y ya casi ha llegado a la seguridad de mi copa cuando escucho a otros tres jóvenes gritar: «De nada sirve que te escondas, Daniel, te vamos a pillar, bicho raro». A la vez que sus risas vienen a interrumpir la quietud de mi bosque.

Tras media hora buscándole sin descanso, los tres jóvenes se marchan, hartos de continuar lo que para ellos era claramente un juego en el que no merecía la pena invertir más tiempo. A los pocos minutos

de su marcha, el joven, al parecer conocido como Daniel, desciende poco a poco de mis ramas. Ya no llora y la sangre de su labio partido se ha secado. Antes de marcharse, se vuelve hacia mí y me susurra: «Gracias, querido Olmo, me has salvado la vida». Da un beso a la parte de mi corteza que puede alcanzar, y se marcha.

Daniel ha estado viniendo durante estos meses, a veces para huir de sus perseguidores, y otras veces simplemente para sentarse bajo mi copa, ahora de nuevo frondosa, y dedicarse a contar historias, a describir cómo le ha ido el día, o simplemente a quedarse callado, a veces hasta quedarse dormido. He de admitir que cuando estaba mucho tiempo sin aparecer, mi vieja corteza añoraba sus historias, y también su calor cuando apoyaba su espalda.

La vida de un árbol no es precisamente aburrida, en un bosque siempre pasan infinidad de cosas, pero no todos los días podemos contar con la imaginación de un humano, que he de admitir que es muy variada y a veces increíble. Los árboles no podemos pensar en aquello que no podemos ver, oír o escuchar, lo que acorta nuestras posibilidades de imaginar o soñar, por tanto, las historias de Daniel ampliaban mucho mis pensamientos y me hacía viajar a distintos lugares del mundo. A mis hermanos también le gustaban las historias de mi nuevo amigo, lo veía en el brillo de sus hojas y en el color de sus troncos.

Han pasado siete largos años desde que conocí a Daniel. A medida que ha ido creciendo, sus visitas han sido menos frecuentes, pues, con el tiempo, los jóvenes tampoco volvieron a perseguirlo o a burlarse de él. Sin embargo, a veces se pasa por aquí a contarme alguna anécdota o a dormir bajo mi sombra.

En todos estos años, nunca ha venido con ningún amigo. Además, Daniel nunca me ha hablado de que tuviese alguno, aunque sí me ha hablado varias veces de su familia. De su padre no habla con mucha estima, Daniel se refiere a él la mayoría de las veces como «el borracho», y dice que solo viene a su casa para pegarle a él y a su madre. De su madre

tampoco habla con amor y cariño, y se refiere a ella como «la estúpida de mi madre», pues según él debería ser más fuerte y enfrentarse a su padre. Finalmente, cuando habla de su hermana, noto que de su voz emana algo parecido a la furia, esa furia que siento yo cuando algún humano intenta prender fuego a mi bosque, pues el fuego es nuestro peor enemigo. De ella solo habla para decir que es una niña consentida y que a ella nunca le obligan a hacer nada, y él es el que se lleva siempre la peor parte. La llamaba «Sofía».

Se parece un poco a mí, le gusta la soledad, la tranquilidad y el bosque, y por ello le tengo un cariño especial, todo el cariño que un viejo árbol como yo es capaz de experimentar, parecido a ese cariño que siento hacia los pájaros que se posan en mi copa o hacia el río que nutre mis raíces y las de mis hermanos. Pero también sé por lo que he visto a lo largo de mis años que un humano es un animal social, al igual que la mayoría de los animales que habitan este bosque, y necesita la compañía de otros humanos para adquirir su máximo esplendor, al igual que los árboles necesitamos la luz del sol para surgir con más fuerza hacia el cielo. Espero que algún día los demás seres humanos vean en Daniel lo que yo veo, un joven lleno de historias y de cariño.

Hoy ha pasado algo inusual. Cuando he escuchado las familiares pisadas de Daniel, he escuchado otras pisadas a su lado, pisadas livianas y rápidas. Al ver aparecer a Daniel con otra joven humana como él, sonriente y sin parar de explicarle todo lo que sabía de mi bosque, he sentido algo parecido a alegría por él, pues al fin ha encontrado a otra persona con la que compartir su entusiasmo y su gran imaginación.

Al llegar a mi tronco ambos se sientan juntos, y él comienza a contarle historias, las mismas historias que años atrás me contaba a mí. Estamos en primavera, y mi enorme copa los cobija a ambos del sol. La muchacha no deja de reír y parece pasarlo muy bien. Cuando llevan unas horas bajo mi sombra, y parece que se van a marchar, la muchacha se acerca a él y ambos se besan.

Han pasado dos meses desde la primera vez que Daniel vino con la chica, a la que ha llamado varias veces «María». Han venido casi todas las semanas desde entonces, actuando como dos enamorados. El amor entre humanos me parece algo abstracto, pues los árboles no sienten ese tipo de sentimiento, aunque debe ser algo parecido a lo que siento yo por mi bosque, mis hermanos y mi río.

Sin embargo, ayer, la última vez que vinieron juntos, fue diferente a las demás veces. Escuché de nuevo las pisadas de Daniel corriendo, y pensé que vendría solo, pero al verlo aparecer volví a recordar aquella tarde ya muy lejana en la que un joven Daniel venía corriendo con lágrimas en los ojos, sangre en los labios y el terror pintado en su rostro. Sin embargo, esta vez había algunas diferencias: esta vez Daniel no tenía sangre en los labios, no lloraba, y no venía solo. Portaba algo entre sus brazos, algo grande y envuelto en una manta de lana raída. Identifiqué esa manta como la que utilizaban Daniel y María para sentarse bajo mi sombra por las tardes.

Al llegar a mi lado, Daniel dejó el pesado fardo en el suelo y retiró la manta, revelando su contenido. Ahí estaba María, o lo que quedaba de ella. He visto mujeres desnudas a lo largo de mi vida, pues ellas y sus amantes consumaban su amor bajo la sombra que yo o mis hermanos les proporcionábamos. El cuerpo de María lucía inerte, sin vida, como mis hermanos cuando les llegó la muerte debido a la grafiosis. Además, le faltaban varias partes, partes que también estaban junto a ella en la manta. Sus pechos y sus brazos descansaban junto a su cuerpo mutilado y lleno de sangre, sangre que aún manaba de su cuerpo. Me recordó a mis hermanos caídos bajo el hacha de los hombres, desmembrados y desprovistos de sus troncos y ramas más grandes. Además, su antes bonito rostro había sido golpeado hasta la extenuación, y no había nada en sus rasgos que permitiese reconocer en esa masa sanguinolenta a la chica risueña y dulce que había sido. Me sentí triste, como siempre que me encuentro contemplando a la muerte.

Daniel se descolgó una pala que llevaba colgada a la espalda, y en la que no había reparado hasta entonces. Comenzó a cavar, y mientras

lo hacía no dejaba de mirar a todas partes, asustado. Su pala se clavaba en mis raíces y me herían. La sangre de María comenzó a empapar la tierra, regando la hierba que había a mi alrededor.

Cuando Daniel terminó de cavar un hoyo bajo mi copa, cogió el cuerpo mutilado de su amante, y antes de dejarla para siempre bajo mi seno, yació con ella sobre el suelo. Después la depositó en el hoyo, junto con sus miembros, y la selló para siempre en una tumba de tierra y sangre.

Como siempre sucede, la muerte precede a la vida. María me proporcionó alimento durante meses, y su cuerpo alimentaba a mis raíces y a los animales que vivían a mi alrededor.

Después de María vinieron varias mujeres más, y Daniel siempre repetía el mismo procedimiento: las traía ya sin vida a mi bosque, yacía con ellas, y las enterraba bajo mi copa, alimentando mi cuerpo. Yo le agradecía a Daniel el alimento que me proporcionaba, pero me entristecía contemplar cómo las chicas estaban desprovistas de cualquier signo de vida, pues me recordaban a mis hermanos, que perdieron la vida debido a la enfermedad y también a la acción del hombre con sus hachas.

No entendía qué les había podido suceder para que sus jóvenes cuerpos se consumiesen tan deprisa, pero veía a Daniel cada vez más callado y distante. Quizás estuviese triste porque todas eran mujeres a las que amaba, ya que las trataba con mucho cariño y amor. Yo entendía su dolor, pues había visto mucha muerte a lo largo de mi larga vida, y no era algo agradable. Pero era parte del ciclo de la vida, aunque quizás Daniel era demasiado joven para entenderlo.

La última mujer que Daniel trajo a mi bosque se llamaba Sofía.

Cuando Daniel vino a visitarme por última vez fue de noche, con una soga en su mano. Al llegar a mi lado, se agachó y acarició la hierba que crecía sobre mi suelo, hierba que gracias a los cuerpos

de sus amantes podía crecer fuerte y sana. Después me miró, abrazó mi grueso tronco y me dijo que estaba enfermo, y que debía acabar con esa enfermedad que lo corroía. Yo no tenía conocimiento de la existencia de esa enfermedad, pero me entristecí por él, pues sabía lo que la enfermedad puede hacer con los seres vivos, y enfermedad solo significa destrucción y muerte. Quizás, después de todo, la enfermedad de los olmos no era tan diferente a la de los humanos.

Volvió a trepar sobre mi tronco, aunque esta vez le costó más que la vez anterior, pues ya no estaba tan ágil como hace veinte años. Cuando llegó a mi rama más gruesa, me ató la soga que llevaba por un extremo, enrolló en su cuello el otro y se tiró al vacío, rompiéndose el cuello durante su caída. Noté cómo la vida abandonaba su cuerpo, ahora conectado al mío por una conexión de cáñamo y esparto.

Cuando amaneció, los pájaros trinaron, el bosque comenzó a despertar y, una vez más, la enfermedad precedió a la muerte, y la muerte precedió a la vida.

CIUDADES IMAGINARIAS

Sofía Cruz Lozano

22 años

San Javier (Murcia)

Edificios cuadrados, grises. Antenas parabólicas sobresaliendo por encima de los tejados. O quizás nubes de color negro. Con el humo ascendiendo, lento, desde chimeneas antiguas. Depende de quién seas hoy, las calles serán luminosas, sombrías, infestada de hiedra o de personas. Habrá coches, caballos, barcas. Lloverá, o no. Al menos en este momento.

Es lo bueno de las ciudades imaginarias, uno siempre acaba plasmando lo que siente en ellas cuando las piensa. Consciente o inconscientemente.

Samuel también inventa edificios de vez en cuando. Como escritor, necesita de esos espacios para sus personajes. Como persona, necesita evadirse en ellos.

Sigue en el hospital. Bueno, él no. Samanta. La chica duerme sobre una cama blanca y Samuel la acompaña. Ni siquiera sabe si lo hace por amor. ¿Llegó a amar a Samanta alguna vez antes de su accidente? Es más bien costumbre. O aburrimiento. Las personas que no son nadie en la vida tienen poco que hacer. Cuando Sam sale del Bar Caronte deja de ser camarero. Y tiene poco que hacer.

Duerme allí casi todas las noches, o más bien, casi todas las madrugadas. Hasta el mediodía, cuando una enfermera cambia las bolsitas que mantienen viva a Samanta. Entonces le da un beso en el dorso de la mano. Una mano frágil y llena de cables, y se va. Hasta el día siguiente.

Samuel deja caer la cabeza sobre un brazo. Son las cinco de la mañana y acaba de llegar. Las luces del hospital, tan blancas, le molestan. No las apaga. Todavía no. Cuando duerma soñará con ella. Como siempre desde hace cuatro meses.

Siente que tiene que quedarse un poco más en la realidad, pero la imagen de la chica esperándole le atormenta. Pasean, beben y se pierden entre calles desiertas. Porque las ciudades imaginarias de Samuel siempre están vacías. En ruinas. Es una idea que le gusta. Los pensamientos nuevos son nuevos, sin más tiempo que el que se tarda en imaginarlos. Lo pensado, por otra parte, puede ser tan viejo como se le antoje a uno.

Un chasquido rompe el rítmico pitido del cardiógrafo. Alguien de la habitación contigua se mueve. Samuel desvía un momento los ojos y decide apagar la luz. Los hospitales son lugares en los que cualquiera puede convertirse en psicólogo a la menor muestra de simpatía. Y él no se siente psicólogo. Tampoco simpático. Solo en el Caronte soporta los desvaríos de la gente. Porque no tiene otra opción.

Vuelve junto a la cama en silencio. Las manos de Samanta están templadas. Ni frías ni calientes, simplemente manteniéndose con vida. Las coge con cuidado. No llega a acostumbrarse a esos huesos inertes bajo su tacto.

«¿Soñar con ella hará posible que soñemos juntos?», se pregunta. Nosotros sabemos que sí, porque esto es una historia. Las licencias literarias dejan espacio a este tipo de desarrollos, y nuestro protagonista, como habrás adivinado ya, va a introducirse en una fantasía compartida con la mujer que duerme en la cama.

Él, por supuesto, no lo sabe. Porque no queremos que lo sepa. Al fin y al cabo, Sam representa lo que es un ser humano normal. No puede esperar que exista un algo mágico que le haga compartir su mente con la de Samanta. Le dejamos vivir en esa realidad. Sujeto a sus leyes.

Puedes creer que por ello sois parecidos, pero existe una gran diferencia entre tú y la persona que imaginas asociada a Samuel J. Cavalari. De hecho, existen tres sujetos en esta historia; Samuel, tú, y yo mismo.

Las similitudes entre nosotros son claras y difusas al mismo tiempo. Yo, por ejemplo, soy imaginario. También Samuel lo es, pero de otra manera. En ningún momento has planteado mi existencia, aunque existo. Soy esa voz que te va leyendo las letras que otro ha escrito.

Samuel, por su parte, es un ente. Tiene su pasado, su nombre, su propio aspecto. Además, es el protagonista de esta historia. Samuel siempre seguirá vivo, incluso cuando dejes de leer. Pero ¿quién se acuerda de su propio narrador interno? Nadie. Así que recapacita un momento.

Escúchame, ¿me oyes? ¿Qué entonación tengo? Nadie más que tú me escucha, y no me queda mucho tiempo. Cuando acaben las letras habré concluido mi labor de narrador y dejaré de existir. Al menos dentro de lo que tú consideras realidad.

Mientras te hablaba, Samuel se ha dormido. La escena de la historia cambia. Ahora nos adentramos en su sueño, en la ciudad en ruinas en la que, desde el accidente, vive la mente de Samanta. Por cierto, ella también es un ente. Imaginario, pero ente. Tiene problemas mentales y ha intentado suicidarse con un coche.

Supongo que pensarás que es una historia extraña para un relato. A la gente le gusta hablar de otro tipo de situaciones. Situaciones mejores, con final feliz. O quizás intrigas de novela negra y personajes ardientes. La persona que escribió esta historia prefiere hablar de cosas reales. Pero no te preocupes por Samuel. Por el momento no es infeliz, simplemente pasa el tiempo con una mujer a la que cree amar, dentro de una ciudad imaginaria.

Samanta está sentada en la terraza de un bar vacío, con un botellín de cerveza enfrente y los pies sobre la silla contigua. Los apoya sobre el suelo al ver a Samuel. Se acerca y le abraza.

—Sam.

Una sola palabra que retumba en la calle. Los edificios se tambalean un poco y el hombre sonrío a medias. Sus labios no llegan a curvarse del todo, pero ella entiende que se trata de una sonrisa. Solo que la persona que porta esos labios no está acostumbrada a sonreír. Se cogen de la mano y la ciudad vuelve a cambiar.

Ahora no hay cafetería, solo ruinas. Una torre difusa se alza por encima de todo, y aunque Samuel ya no tenga cuerpo físico, sigue siendo un ente que mira la torre. El silencio de la ciudad no es molesto, aunque sí intenso.

Por un momento piensa que si no estuviese soñando podría escuchar su propio corazón latir. Samanta está cerca. Ella tampoco tiene cuerpo, pero la siente de esa manera extraña que solo se puede sentir en sueños.

En medio de toda la nada, la torre se derrumba. Las rocas chocan unas con otras y caen con fuerza sobre el suelo. No. No es un suelo cualquiera. Es cemento y hierba, mezclado en los siglos que lleva abandonada la ciudad en la mente del protagonista.

La tierra se asienta después de un momento, como si nada hubiese pasado. Samuel se pregunta cuántas cosas se derrumban al día sin que nadie lo sepa. Árboles reventados por rayos, montañas o glaciares. Todo aquello que en un momento está, y al siguiente ha desaparecido, sin que nadie supiese de su existencia.

Quizás él mismo se siente un poco como la torre. Quizás por eso visita a Samanta en el hospital. ¿Y si alguien hubiese estado allí, para ver cómo la mente de su amiga se deshacía?

– Tú no me viste – dice Samanta.

Samuel recuerda el coche destrozado. Recuerda acercarse al cuerpo de Samanta cuando la policía no encontraba nadie más a quien llamar.

– En realidad, sí.

Samanta mira alrededor. Están flotando sobre una carretera infinita. Por debajo, un coche circula, recto, en la única dirección posible. Es su coche.

– ¿Cambia algo? – pregunta.

– No mucho. – Samuel se encoge de hombros—. Si despiertas sabes que no tendrás que darme explicaciones.

– Tampoco es que las fueras a pedir.

– Tampoco.

Se quedan callados.

No pasa nada más. Ni intrigas, ni reflexiones, ni nada. Samuel despierta poco después, cuando la enfermera entra a cambiar los viales. No se siente más realizado. Ni menos nadie.

Tú tampoco. Simplemente ha sido un sueño de Samuel, que duerme junto a alguien a quien quizás ame y que no fue capaz de suicidarse.

Al mismo tiempo, este es mi fin. Una serie de palabras que no significan nada me hacen existir durante los minutos que les has dedicado. Y cuando se acaben, yo acabaré con ellas.

Piénsalo, porque acabas de presenciar una muerte. Una torre que se derrumba en una ciudad imaginaria. Sin que nadie sea consciente de que alguna vez existió.

EL MAYOR RETO

Mircea Mario Chiaburu

22 años

San Javier (Murcia)

Un sofoco ensangrentado,
vida despidiéndose.
Un sollozo ahogadova tambaleándose.

Allá por fondos marinos,
una enorme nube de nilón
desgarra los intestinos
como un iracundo escorpión.

Nuestra tortuga la vida
ya hace buen rato que dejó.
Pasó de estar sometida
en el mundo que la abandonó.

Un bosque rojo de fuego
toda California cubre,
las Maldivas bajo agua y luego
disponemos de una cumbre.

Kioto, París, objetivos;
Apartheid climático.
Brecha entre los individuos:
los dilemas éticos.

Somos aquella generación humillada y engañada,
enfermada por la frustración
de manera avanzada.

La madre tierra, irritada,

no cesa de escarmentarnos.
Selva talada y una helada,
a pandemia sentenciados.

Queremos pantallas negras,
nuestros sueldos entregamos.
Luego, a cincuenta céntimos,
el agua menospreciamos.

Cada día la huella crece;
los que pagan son los pobres.
Cielo tóxico negrece
igual que nuestros pulmones.

Es imperativo actuar,
hacer eso que evitamos.
Enfrentarnos a la realidad:
a los miedos más humanos.

El cambio climático aquí está,
nuestro mayor reto supondrá.
Ahora, hay que colaborar,
pues no existe una vuelta atrás.

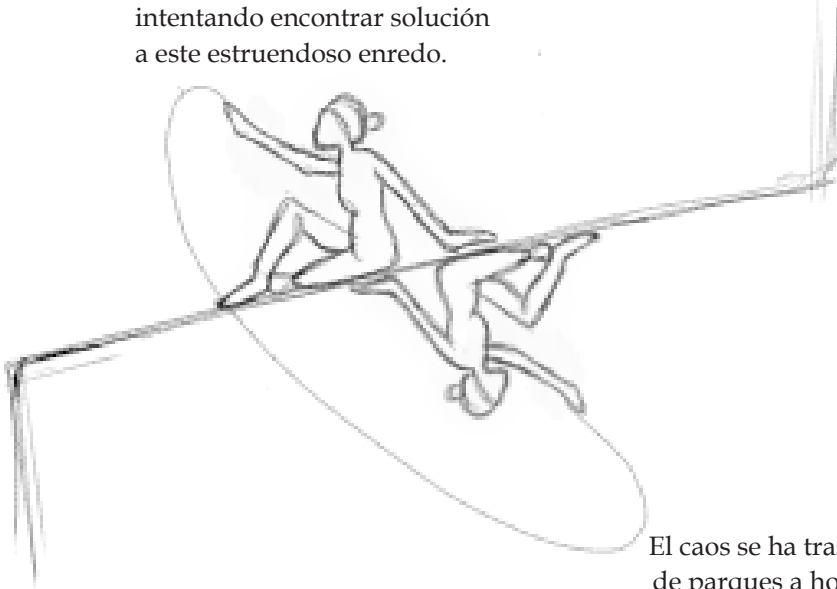
CUARENTENA

Isabel Alfonso Moñino

22 años

Bormujos (Sevilla)

Tedioso encierro eterno
que pintas mundos en el techo,
el silencio de tus calles
quisiera escuchar y no puedo.
Silencio de trabajadores
que se hablan ahora por dentro
intentando encontrar solución
a este estruendoso enredo.



El caos se ha trasladado
de parques a hospitales
y la esperanza se mezcla
con el miedo en los hogares.
Y yo, mientras miro el techo
me doy cuenta del hecho
de que solo doy porque solo tengo
mi tedio y estos manidos versos.

ADIÓS

Noemí Fernández Fernández

21 años

Dos Hermanas (Sevilla)

*Un reloj de cuco, el crujido de un árbol sangrante,
la llama de una vela la caída de la noche*

Todo junto explorando un camino. Todo ello que significa un segundo. Todo ello por una razón. Un suspiro, un trago. Una negación. Un destino. Tú y yo, únicos. Un claro ejemplo de lo que no debe ser. Tú y yo, melancolía. Tú y yo pensando que somos únicos, pioneros, pero conociendo nuestro final feliz, creyendo aun así que crearemos algo hermoso, algo único, algo sincero. Tú y yo, Tú y yo... Tú = Yo.

Algo insignificante en las horas inertes del luto angustioso de los segundos, el vaho de los minutos. Tú y yo confinados tras el cristal del reloj. Somos nosotros o es algo más. Dejo que mi mente divague, que se pierda en letras sin sentido. Solo freno y continuo. Escucho el vago, pero muy vago, crujir de la madera al ser cortada, y me pregunto qué hago aquí, sentado, jugando a escribir con letras que no son las mías, con letras bonitas e inentendibles. Y me pregunto: ¿hasta cuándo? ¿Cuánto puede durar la cobardía, el desamor, la pérdida, el deseo? ¿Cuánto puede tardar en apagarse una vela? ¿Cuánto tarda en encenderse por sí sola? Confío en recordar la letra, en manipularla hasta que sea mía. Tal vez porque confío en no volver a verte. En que tu recuerdo se transforme en un sueño abstracto.

Tú y yo, navegando entre la caída de la noche, rogando, suplicando por no caer solo. Cada letra nueva que escribo metamorfosea con la antigua. Para. Sigue, como si dudase, como si chispease. Tú y yo, tal vez hagamos lo mismo en ocasiones. Solo tú. En ocasiones solo nosotros. Es tan difícil estar entre la mitad.

Pensé en qué dejarte en caso de que me vaya antes de este mundo. No mentiré, al principio solo pensé en cosas materiales, dinero, casas... Después me pregunté si eso te haría feliz cuando tuvieras problemas. Pensé qué podría ayudarte cuando llorases a solas, pensé y pensé. Tal vez pueda dejarte a alguien, un hijo, un nieto, sería hermoso. Pero eso es decisión de dos. Y en este momento. Yo soy solo yo. Cómo es la vida, ¿verdad? ¿Cómo se maneja? ¡Qué cambio de tuerca! Quería dejarte algo que te hiciera sonreír. No sé, tal vez una foto. Pero las fotos se pierden, ¿verdad? Los recuerdos se emborronan y se vuelven diferentes, el recordar solo una sensación no te hará feliz y con el tiempo, tal vez se vuelva desagradable verla.

Te dejé unas palabras escritas en hojas encuadernadas en mi escritorio, de todos ellos no te diré cuál. Tienes que descubrirlo, deberías descubrirlo, así mi muerte te parecería más llevadera, más distante, más cercana. Sin embargo, no me parecen suficientes para ti. Ni unas palabras, ni unas gotas de agua, ni unos años de vida. Porque por muy egoísta que sea, no te deseo una larga vida, si no es conmigo. En algún sitio leí que el amor es desinteresado que debemos aprender a amar como en los cuentos de hadas. Pero no puedo hacerlo, siento que no puedo descansar en paz dejándote aquí. Sola, desamparada. Sé que mucha gente ama. Pero quién te va a proteger como yo, quién te va a querer como yo. Si yo daría mi vida entera por verte feliz. Por escucharte reír. Yo daría mi vida entera por ti. Y no dudo ni un solo segundo que tú harías lo mismo por mí.

Mi amor. Mi vida. Mi cielo. Si el amor fuera tan puro como en los cuentos de hadas no merecería la pena amar. Nos han enseñado durante toda la vida a dudar de todo. A suprimir los recuerdos que nos hacen sentir mal. Mi amor. Este mundo lleno de infortunio es lo único que nos une. El dolor que ambos compartimos. El deseo... La pérdida. Mi amor, porque ahora tú eres solo tú, y yo solo soy yo. Esa es la razón por la que moriremos.

Sé que te hice daño. Sé que disfrute hacerte daño. No soy buena persona, creo que en el fondo nadie lo es. Nadie puede permitirse serlo.

A veces, me pregunto dónde estás. ¿Qué ventanas miras? Hacia qué horizontes miras. Es increíble, ¿verdad? La de horizontes que puedes ver sentado en un mismo lugar. Si en alguno de ellos me ves, haz lo que sientas. Llorar, reír, enfadarte. Así parecerá que sigo vivo. Así me recuerdas. No me idealices, ni me olvides. Cuando pienso en la muerte eso es lo que más miedo me da. Que me idealices. Que me odies. Parecer un crío. Querer abrazarte. Odio al ser humano que hace eso. Y yo cuando soy solo yo. No quiero odiarte.

Sé que soy disperso, sé que necesito más atención. Sé que vuelo y en ocasiones caigo muy rápido. Pero recuerda que en ese momento somos nosotros, solo nosotros. Hay ocasiones en que somos tú y yo. No puedo dejar de pensar en lo que eso significa. Y me gustaría tener una respuesta más clara. Algo que te ayudase a recordar esa sensación de ser nosotros. Me gustaría pensar que siempre lo veremos, incluso cuando haya gente alrededor, incluso cuando esas personas sean importantes para nosotros. Incluso cuando fuera nuestra familia. Me gustaría que incluso en esos momentos fuéramos egoístas. ¡Ay, mi amor, ay! Qué mal concepto tenemos del egoísmo. ¡Ay, mi amor! Qué pena cuando en nuestra memoria llega una imagen. Una estadística que interpretamos subjetivamente. ¡Ay, mi amor! Si solo fuéramos como las fichas de dominó, que caen sobre el peso de la otra. ¡Ay, mi amor! Si cayeras conmigo. Al menos no me sentiría tan solo.

Dicen que solo hay una cosa buena en el Infierno. El camino hasta allí lo transitas solo. Y, si te pierdes, con suerte te quedas en la Tierra. Nunca en mi vida he intentado tanto reparar cada segundo de mi vida. Cada recuerdo. Nunca en mi vida me he preguntado adónde iré. Porque qué es mejor, mi amor, esperarte o buscarte. Porque si en vida la consecuencia de buscarte fue la muerte, ¿qué consecuencia habrá de muerto? Mi amor, todas mis palabras van dirigidas a ti. Todos mis pensamientos a tu rostro. Recuerdo y recuerdo. Y tuvimos pocos momentos buenos, pero estuvimos juntos. Amé eso al final. Aunque ahora me pregunto cómo te sentiste al respecto. Y me doy cuenta de que no pienso saberlo.

Te amaba, mi amor. Aunque no pudiera protegerte, te amaba. Ninguno de los dos fuimos lo suficientemente fuertes, valientes o egoístas. Pero... ¿no es de humanos compartir errores? ¿No es propio de ti y de mí cubrirnos las espaldas?

EL BESO

Luis Calderón Cuesta
21 años
Dos Hermanas (Sevilla)

No necesitó más que unos segundos
para imprimir a fuego en mí su marca
porque al fundir su boca con la mía
no me besó los labios
sino el alma.

ASÍ QUE

José María González Romero

20 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Vívelo, y puede que te haga daño,
huye de él, y morirás en la indiferencia.
Así que vívelo.
Llora, y deja que las lágrimas laven tu conciencia,
reprímete, e implorona junto a sus consecuencias.
Así que llora.
Escríbelo, y crea arte de aquello que no pudo ser,
olvidalo, y pierde la oportunidad de aprender.
Así que escríbelo.
Quémalo, y déjalo ir,
guárdalo, y deja que te atormente.
Así que quémalo.
Supéralo, y ayúdate de lo aprendido para evolucionar,
procrastina, y vuélvete a tropezar.
Así que supéralo.
Sacúdete el polvo, y despréndete de lo que no sirve,
ensúciate, y carga con ese peso.
Así que sacúdete.
Y sonríe, pues es síntoma de progreso,
de que donde había heridas ahora hay cicatrices y besos.
Y vive, al fin y al cabo, en eso consiste,
en estar feliz, iracundo, sereno, frustrado, liberado, triste...

Así que sonríe.
Así que vive. (BIS)

EL EJÉRCITO DE LAS MARIPOSAS Y EL ENEMIGO INVISIBLE

Julia Gutiérrez Candau

19 años

Sevilla

Primera batalla

La insurrección del ejército de las mariposas se produjo tan pronto como puse un pie en el nuevo territorio. Revelándose contra lo desconocido, una de sus brigadas inició la letal danza que siempre se apodera de mi estómago. Aunque traté de frenarla, el bailar de alas de los soldados acabó robándome la voz y tiñendo mis mejillas de un tono rosado. No pude responder al chico de ojos verdes que, con una sonrisa, me preguntó si estudiaba el mismo grado que él. Tampoco tuve el coraje de acercarme al grupo de niñas que animadamente charlaban en la puerta del aula.

El ejército de las mariposas tiene un extraordinario poder paralizador. Gracias a la eficacia de sus armas, la más mínima revuelta es capaz de bloquearme: dificultad para respirar, palmas sudorosas, dolor de estómago, sonrojo e imposibilidad de articular palabra alguna. El primer día todo ello me venció. Sin embargo, la guerra no acabaría ahí: me había enamorado de ese nuevo lugar llamado «universidad», y no pararía hasta conquistarlo.

De cualquier forma, los levantamientos se siguieron produciendo. Algunos fueron especialmente duros, como el Motín de la Exposición (en el que un fatídico ataque del ejército dejó mi mente en blanco mientras presentaba un trabajo) o el de la Vergüenza; en el que el aleteo de los soldados me hizo huir de un momento a solas con el chico de ojos verdes. No obstante, el tiempo fue generoso y me proporcionó el mejor recurso para hacerles frente: la confianza. Una confianza erigida sobre cada risa que compartí con mis compañeros,

cada pregunta que hice en clase, cada minuto que pasé recorriendo los ajetrechos pasillos de la facultad o cada suspiro antes de empezar un examen. Una confianza que me permitió familiarizarme con la nueva y apasionante forma de vida en la que me estaba adentrando y que, como siempre ocurre, acabó con el ejército de las mariposas. Y acabó con él porque destruyó la fuente de la que se nutre: el miedo.

La tregua

Así, habiendo perdido la primera batalla, el ejército y yo llegamos a una tregua. A partir de entonces todo fue sobre ruedas y pude disfrutar al máximo del recién ganado territorio, de la universidad: disfruté de la alegría de aprender y de renunciar a ello de vez en cuando, de los ratos con amigos en la cafetería, de los descansos en los interminables días de estudio en la biblioteca, de salir corriendo un viernes, pero volver con ilusión un lunes; aunque solo sea por ver a quien se sienta a tu lado.

Disfruté al escribir la última frase de un trabajo, al entregar un examen y al salir a celebrarlo. Disfruté también al conocer a gente nueva, al enfadarme y perdonar, al enamorarme y olvidar; al visitar algunos lugares por primera vez y perder la cuenta de cuántas veces se ha estado en otros. Llorar, reír, acumular experiencias; en definitiva, vivir. Vivir la vida y hacerlo desde la perspectiva de un universitario: la de querer crecer como persona junto aquellos que más nos importan.

Segunda batalla

A pesar de todo, las treguas nunca son infinitas y al ejército de las mariposas se unió una nueva amenaza: la del enemigo invisible. El enemigo invisible era un contrincante extremadamente peligroso, que arrasaba sin piedad por donde pasaba. Sus ataques, a diferencia de aquellos del ejército de las mariposas, que se dirigen al individuo ante una situación determinada, iban encaminados a acabar con las propias situaciones. Así, en lugar de condicionar el rendimiento de una persona en su trabajo, directamente acababan con dicho trabajo. En lugar de dificultar las relaciones sociales, directamente las eliminaban. En lugar

de dificultar mi integración en la universidad, directamente acabaron con ella.

El enemigo invisible ganó esta segunda batalla y, de pronto, los universitarios nos vimos privados de ese modo de vida que habíamos aprendido a seguir. Como exiliados de guerra, fuimos desterrados a un mundo digital que ya no dominábamos. Un mundo en el que el ejército de las mariposas cobró fuerza, maximizando el alcance de sus armas: la ansiedad, la depresión y el estrés se unieron al miedo ante lo desconocido.

En dicho mundo, la vida universitaria era mucho más difícil, por lo que combatir los ataques de las mariposas también. La alegría de aprender no era la misma al encender el portátil que al entrar en clase. Los ratos en la cafetería se acabaron. Cambiamos la biblioteca por nuestra habitación. Los viernes y los lunes se difuminaron, tornándose inidentificables en la monotonía de las semanas. Dejamos de celebrar las entregas de trabajos y exámenes, o pasamos a hacerlo a través de una pantalla. No pudimos conocer a gente nueva ni pasar tiempo con los que ya conocíamos y queríamos.

Sumidos en ese exilio, y sufriendo las consecuencias que las nuevas armas del ejército de las mariposas tenían sobre nuestra salud mental, creímos haber perdido la guerra. Creímos que nuestra vida había cambiado para siempre. Nos cuestionamos qué significaba ser universitario así, bajo el dominio del enemigo invisible. Estábamos derrotados y listos para la capitular. Pero no lo hicimos.

No nos rendimos porque comprendimos que, si bien nuestra forma de vida había cambiado, la perspectiva con la que la afrontábamos no tenía por qué hacerlo. Podíamos seguir buscando crecer como persona junto a aquellos que más nos importaban. Crecer como persona asimilando todo lo que la situación nos enseñaba: el valor de la familia y de la salud, la importancia de las relaciones y el cariño humano, lo reconfortante que puede ser un paseo bajo el sol o el apoyo que puede reflejar una mirada. Y hacerlo junto a aquellos que más nos importaban,

paradójicamente, manteniéndonos físicamente alejados de ellos. El enemigo invisible nos ha arrebatado la universidad y nos ha exiliado a lo digital. Pero hay algo que nunca podrá quitarnos: nuestra forma de ver y entender el mundo.

¿El final?

Nos queda una guerra muy larga por delante. Aunque poco a poco estamos recuperando nuestro lugar, combinando la enseñanza en línea con la presencialidad, el enemigo invisible se está probando muy resiliente. Debemos, por tanto, seguir en esta lucha siendo conscientes de que no acabará pronto. No será fácil, pero no podemos abandonar ahora. Continuemos creciendo como personas junto a ellos que más nos importan. Continuemos aprendiendo y cuidando a los que queremos, aunque para ello tengamos que renunciar a muchas cosas que hasta ahora habían definido nuestro día a día.

Y no olvidemos al ejército de las mariposas. Sigamos combatiendo sus ataques, hoy más letales que nunca. Si eres como yo y ya lo has vencido una vez, no te preocupes: puedes hacerlo de nuevo.

Y pase lo que pase, sigamos viviendo la vida como mejor sabemos: desde la perspectiva de un universitario.

SPUTNIK

Laura Peláez Moreno

19 años

Mairena del Aljarafe (Sevilla)

Ella era como un satélite libre,
podías subirte a él, pero nunca cambiar su trayectoria.
Sus giros en estelas se deshacían poco a poco,
dejaban las cicatrices perfumadas de la brisa azul
que se adhería en el cielo,
y miraba a las montañas que trepaban hasta él.

Ella miraba pasar las ráfagas de viento,
y saboreaba las saladas lluvias torrenciales,
y palpitaba en cada puesta de sol,
y besaba las pecas púrpuras de la noche
con el brillo de sus ojos.

En algún que otro suspiro
pintaba entre sus blancos sueños
la vida de alguna gaviota
que perdida nadaba entre las nubes,
la corteza de algún árbol testigo de infinitos amores,
la mirada de un cervatillo que corriendo iba por el bosque.

Ella tenía una galería de palabras en ruinas,
donde resonaba el eco que solo puede provenir
de carcajadas vacías,
el mismo que hacía ondear su pelo entre
borrascas de invierno en pleno julio.

Solo a veces los párpados cerrados
concedían al silencio el poder de la palabra,
y ella se quedaba con el silencio,

escuchando con atención.

VERDAD

Sara Campillo Falcón
19 años
Dos Hermanas (Sevilla)

Respiro a la vez que el viento
y el viento respira conmigo.
Los dos respiramos al son
de la Tierra al girar.

Cierro los ojos
y me imagino la arena virgen,
vacía,
y un tú y yo en plena libertad.

Comienzo a rezarle al mar:
le pido por todos los favores del mundo
que nunca de mí
te vayas a separar.

Y en mi oración más larga,
más humilde,
más triste
y más humana,
le pido que seas feliz
aunque no sea junto a mí.

Tú me miras desde la toalla.
Me observas nadar,
salir y entrar en el agua.
El rezo va por dentro
y mis ganas están junto a ti.

Entonces, en tu arrebató de celos
por las olas que me acarician,
levantas tu cuerpo en tres movimientos.
Cadera, rodilla, tobillo.

Vienes hacia mí,
medio corriendo y sonriendo,
te introduces en el mar y me abrazas:
«Quiero una vida contigo».

Dices mientras me amas.
Y te creo,
no me queda otra cosa que creerte
porque los ojos no mienten
y las caricias no engañan.

Respiro a la vez que el viento
y el viento respira conmigo.
Tú respiras a la vez que las llamas
y el fuego te adora.

No existe otra forma de mirarte.

Los dos respiramos al son de la Tierra
y ya solo queda una verdad.

Tú y yo,
solo nos sabemos amar.

CUANDO LA VIDA ES ABURRIDA

Séfora Fernández Fernández

19 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Había cuatro personas en un coche. Otro coche chocó contra el primero. El conductor del primer coche racheó y de alguna manera milagrosa esquivó el golpe. Cuando creían que iban a salirse de la carretera un camión arrolló el coche, y lo empujó unos metros tratando de frenar.

Había cuatro personas en ese coche. Todos estaban inconscientes. El conductor tenía una brecha en la cabeza. La anciana, en el asiento del copiloto, tenía la cara cubierta de sangre. El camión había golpeado y hundido el lateral del coche, por el lado de la anciana del asiento del copiloto. La mujer del asiento trasero, detrás del conductor, tenía el cuello de color rojo, de sangre. Y la mitad de la cabeza cubierta de sangre, el cabello pegajoso, enfangado en sangre. El hombre del asiento trasero detrás del asiento del copiloto tenía la cabeza apoyada en el marco de la ventana. El cristal de las ventanas estaba roto, los cristales estaban clavados en su cuerpo y en su cara.

Las malas personas. Las que se lo merecían. Las inocentes. Las víctimas. Las que se merecen lo mejor del mundo. Esas cuatro personas. Eran malas personas. Eran las que se merecían esto. Eran las inocentes. Eran las víctimas. Eran las que se merecen todo lo mejor. El conductor era hombre, hermano, amigo. La mujer del asiento trasero del conductor era mujer, amiga, hija, madre, esposa, exesposa. El hombre al lado suyo era hombre, huérfano, padre, esposo, exesposo. La anciana del asiento del copiloto era mujer, huérfana, madre, esposa.

Todo el escenario estaba pausado y en silencio. La gente no tardó en aglutinarse alrededor del accidente. La ambulancia llegó y se organizó para socorrer a los heridos. El conductor estaba despierto cuando los paramédicos fueron a socorrerlo. Tenía su cabeza apoyada en el volante, con los ojos absortos en algún punto. En un algún momento salió del coche y caminó a alguna parte.

Los paramédicos atendieron a los otros tres. Les colocaron collarines y los subieron en camillas a las ambulancias. Los tres fueron llevados al quirófano.

Uno de ellos salió después de unas horas. El conductor había desaparecido. El hospital llamó al esposo de la anciana para comunicarle el accidente. El anciano sufrió un ataque de ansiedad. La hija de la anciana le gritó enfurecida a la enfermera. Una vez finalizada la llamada salió corriendo hacia el hospital.

El esposo de la anciana tuvo que ser ingresado al llegar al hospital. Su corazón era débil. Pero el de su esposa anciana no lo era. Un abogado fue al hospital donde ingresaban las tres personas. Buscaba al conductor. El padre del conductor le gritó enfurecido. Luego, rompió a llorar. Se arrodilló ante la abogada. «Su hijo debe ir a juicio». La hija de la anciana entró por la puerta del hospital, empujó a la abogada y siguió corriendo pidiendo disculpas. La hija de la anciana pasó la noche sentada en la sala de espera. El esposo de la anciana se sentó al lado de su hija. La enfermera salió a la sala de espera. La hija de la anciana se levantó. El esposo de la anciana se levantó. La mujer del asiento trasero del conductor había despertado. La hija de la anciana volvió a sentarse. Los hijos de la mujer del asiento trasero del conductor se abrazaron. La mujer del asiento trasero del conductor despertó. Los hijos de la mujer del asiento trasero del conductor rieron y lloraron.

Un niño de ocho años entró llorando al hospital. Vagó por el pasillo preguntando por su padre. El hombre del asiento trasero detrás del asiento del copiloto murió en el quirófano. El conductor del camión cayó en un coma. La anciana convulsionó en mitad de la operación. La mujer del asiento trasero del conductor se marchó a casa con sus hijos. El esposo de la anciana sufrió un ataque al corazón. La anciana salió del quirófano. La anciana se marchó a casa con su hija y su esposo. Pasó junto a un niño de ocho años que lloraba en el suelo y junto a una camilla que transportaba una bolsa negra, del tamaño de un hombre adulto.

EL TREN DE LA VIDA

Cristina Arminio Rodríguez
18 años
Sanlúcar de Barrameda (Cádiz)

En esa esquina derecha del banco como de costumbre me encuentro, hoy no he visto ningún perro pasear por aquí delante ni tampoco esa señora de pelo canoso que me parece haber visto alguna que otra vez. Hoy hace un poco de viento e incluso los pajaritos buscan algún lugar estable en el que refugiarse. Ya estamos en mayo, el mes de las flores, y sigo sin comprender por qué la gente que llega al andén se viste con abrigos y bufandas. ¿Por qué usarán guantes? Supongo que no todo el mundo se sienta como yo cada día en este banco a observar este tren que se llena cada hora de nuevos pasajeros, y a su vez deja un gran vacío de otros tantos. Este año las flores tardan más en salir y creo que ya no tengo alergia.

De nuevo mis oídos sienten esa música que el viento provoca al rozar las hojas de aquel árbol de enfrente. Aunque me gusta oír el silencio cuando tan solo mi corazón bombea para recordarme que sigo ahí, que soy la única alma humana que se encuentra en aquella parada. Tacones que se alejan, maletas entristecidas y despedidas de lágrimas. Reencuentros de añoranza, y viajes amargos a un puerto desconocido. Cada día el mismo tren de siempre se muda al desconcierto sin que yo pueda saber su destino. De alguna forma, siempre vuelve, siempre vuelve a mí. Llega como las nubes que precipitan, cargado de vida hasta que abren las puertas. Y así, de nuevo, vuelve a llenar la soledad de su vacío de nuevas personas desconocidas. Me pregunto qué pensarán cada una de esas cabezas, por qué montan en ese tren, ¿volverán?

Me encanta sentarme cada día en mi refugio, es mi lugar preferido. Aquí puedo ver a todo tipo de pasajeros: altos, bajos, morenos, rubios, regordetes, pelirrojo, con sombreros, chubasquero, algunos e incluso traen bicicletas y algún aparatejo de dos ruedas que funciona solo...

¿por dónde iba? Aaaaaah, sí, mi momento más esperado es cuando alguien se sienta a mi lado y puedo hablarle. Muchas veces cuento el número de personas que llegan y las que parten, en mi mente hago cuentas matemáticas que acaban en un enredo de números, ya no recuerdo cuántos van hoy, pero calculando seguro que van unos cien. Siempre ando sumiso en mis pensamientos, en mi estación y aquí siempre vienen y van muchos trenes. Mi mayor miedo es que algún día no regrese alguno.

Entre tanto y tanto número, no me he percatado de que una señorita se sienta en el lado izquierdo del banco. Al parecer espera un bebé, quién sabe si dentro de unos años se monta en este tren y no vuelve nunca más. Qué gran misterio de la vida. En ese mismo momento le saludo. Aquella señorita tenía la cara pálida, las mejillas rosadas y tenía pequitas esparcidas por todo su rostro. Estaba bastante hinchada, seguramente le quedaba poco tiempo. Esa mujer estaba triste, ¿qué le puede pasar? Y con tanto interrogante, decidí preguntarle. «¿Está bien?», le dije. La mujer de mejillas rosadas, asintió. «¿De cuánto está?», y, desconcertada, dijo «¿qué?». Inmediatamente, me di cuenta de que había metido la pata y le respondí con unas disculpas, solo quería saber cuánto le quedaba a aquel bebé. Sorprendentemente, ella comprendió mi intención y me contó que estaba de treinta y dos semanas. Yo seguía sin comprender por qué aquella mujer afortunada tenía aspecto triste y le pregunté: «¿Y... todo va bien?». Ella se limitó a decir: «tengo miedo». «¿De qué tiene miedo usted? Debería estar emocionada». «De todo», respondió secamente. Yo notaba que aquella mujer necesitaba hablar y esta vez decidí animarla: «Estará bien, seguro que se las arreglará. ¿Y qué es de su familia?». Ella bajó la mirada y, acariciando su tripa, enlazó su mirada con la mía. Y dijo: «Solo estamos mi padre y yo, y él está enfermo». Entonces lo comprendí todo.

«Señorita — me dispuse a decirle —, la vida es como una estación de tren, unos van y otros vuelven. Muchos se montan para no volver y otros se montan contando los días para regresar. Aquí las personas valoran hasta el último segundo del tiempo que les queda antes de subir, e incluso corren cuando ya casi pierden de vista su vagón. En este

andén, las personas se atreven a soñar, a llorar, a decir lo que sienten e incluso desde aquí puedo oír cómo un *te quiero* sincero traspasa aquellos cuerpos. El corazón les bombea a la misma velocidad que el tren los separa de esta estación y los kilómetros separan las almas que se unían hace un minuto en un abrazo. La vida es como una estación de tren, atrévase a querer, a valorar el tiempo, aproveche cada segundo de su reloj, viva todo lo que pueda, y, cuando se tenga que ir, no pierda el viaje. Porque de alguna manera, él te llevará a tu destino».

De repente, aquella mujer de cara pálida sostiene su tripa, se acerca a mí y dice: «Vamos, papá, este es el nuestro».

NO SE EQUIVOCA

Ana Fernández Sicilia

18 años

Sevilla

Me siento abatido y confuso. Hoy hace un día lóbrego, en el que las nubes bañan el cielo de un color grisáceo, y no dejo de oír el mismo ruido estridente que llevo escuchando durante meses. He renunciado a asomar mi cabeza por las rejas, pues cada movimiento cercano que se produce detrás de esa valla metálica acaba resultando en una falsa esperanza. Las paredes blancas, llenas de moho y descascaradas, son deprimentes, y el suelo, encharcado debido a la reciente lluvia, no me permite deshacerme de la humedad que siente mi cuerpo. Hace mucho frío.

Observo detenidamente las expresiones de pena que inundan los rostros de mis compañeros mientras se lamentan. Llevamos tantos meses encerrados que he tenido el placer de conocer a algunos íntimamente, y puedo notar cómo sus quimeras se desvanecen.

A lo largo de la jornada tenemos horas libres donde nos autorizan a salir a respirar aire puro. He de reconocer que es el mejor placer de todos, pues el olor a orina, excrementos y putrefacción tiene mi olfato saturado. Cuando abren esa puerta, todos nos abalanzamos al exterior con ansias de libertad, un sentimiento efímero. Las zarpas de los demás se hunden en mi espalda, noto cómo algunos se quejan de los empujones de los más jóvenes y otros, cansados de la monotonía, simplemente se limitan a esperar a tener espacio suficiente para pasar. Los más ancianos se camuflan entre los jóvenes, porque saben que, después de un largo periodo aquí, se vuelven inútiles a ojos de los demás, y entonces son cogidos por los guardias. Los llevan aparte, se oyen gritos y nadie sabe qué les ocurre más adelante. Nunca vuelven.

Aún recuerdo cuando llegué, totalmente engañado. Cómo me convencieron de que iría a un lugar mejor, «disfrutaría de unas vacaciones». Al principio creí todas las mentiras, no me trataban mal e incluso recibía amabilidad y cariño por parte de algunas mujeres que trabajaban en el recinto, mas, con el paso de los meses y con la llegada de más desgraciados como yo, me convertí en uno más. Recibimos el mismo plato de comida a diario y, pese a que ese sabor a carne se me ha hecho repulsivo, al menos no nos suele faltar.

Desde que me di cuenta de que mi estancia aquí era indefinida, pues probablemente iba a ser para siempre, dejé de ver la vida con ilusión y ahora me dedico únicamente a contemplar. Cuando salimos al patio, los que llevan en este lugar menos tiempo pelean por establecer quién será el nuevo líder, y los veteranos se dedican a apostar por el posible vencedor. Esto suele durar hasta la hora de las duchas, que es probablemente una de las peores situaciones que vivimos día a día. En las duchas todos somos colocados en grupos, de diez en diez, y somos empapados con unas mangueras de mucha presión. El agua está hirviendo o helada, no hay término medio, y nos obligan a permanecer inmóviles.

Yo he aprendido a obedecer las órdenes que nos dan y a resignarme. Algunos valientes, sin embargo, continúan su lucha por escapar con un resultado fatídico, ya que inmediatamente son sacados del grupo y brutalmente azotados por los que controlan el lugar, sin pensárselo dos veces, sin compasión.

Cuando llega la noche, no concilio el sueño. La nostalgia que me produce el recuerdo de mi antiguo hogar, los lamentos y los llantos de otros prisioneros me desvelan. No compartimos el mismo espacio para dormir, pero las paredes son delgadas y el sonido se filtra fácilmente. En mi cubículo hay una pequeña ventana cuadrada por donde se adentran los rayos de luna. Abandono la gélida manta donde descansaba, miro su pura y brillante cara y suspiro. «Solo deseo salir de aquí», reflexiono. A continuación, cierro los ojos y lo deseo con más fuerza, hasta que caigo rendido por el cansancio.

A la mañana siguiente percibo una atmósfera diferente. El cielo está despejado y se ha tornado en un agradable azul claro. Saludo asintiendo con la cabeza a los que ya están despiertos y, aunque sus rostros siguen mostrando el miedo y la amargura, dentro de mí se ha despertado algo, como si mi instinto me estuviera hablando para que prestara atención a mi alrededor.

Un hombre alto y vestido de uniforme me sorprende al acercarse a mi celda y abre la puerta, permitiéndome salir. No obstante, me coge del cuello bruscamente para que no escape, lo que me produce angustia, y me ata con unas sucias y desgastadas cuerdas para reducir mi movimiento. Con mis extremidades inmovilizadas, decido que la mejor opción para que pare de tirar de mi nuca es morderle, y le hago sobresaltarse. «¡Maldito bastardo!», grita furioso. «Con buen gusto hoy me deshago de ti». Esas palabras se me clavan como estacas. Siento escalofríos por todo el cuerpo e intento soltarme, pero es inútil. «¿Por qué yo?», pienso. Nunca traté de fugarme o resistirme, siempre obedecí las órdenes... ¡Incluso después de que me engañaran encerrándome aquí!

De repente, el bárbaro uniformado me suelta violentamente en el suelo, introduciéndome en una habitación de paredes dibujadas con árboles y más naturaleza. Cierra la puerta. Estoy aterrado, no quiero afrontar que este es el fin de mis días. Aunque mi vida ahora sea repugnante y desdichada, prefiero eso a enfrentar la mismísima muerte. Tanteo la posibilidad de escapar, hasta que me doy por vencido, puesto que todo esfuerzo que pudiera hacer sería en vano, nadie ha podido huir jamás.

Entonces me echo en la alfombra del suelo y pretendo relajarme pensando en mi pasado y lo feliz que fui. En mi mente se proyectan escenas sacadas de mis recuerdos más profundos: momentos de mi juventud junto a mis hermanos correteando y jugando, los largos paseos al amanecer con mis seres queridos...

Se oye un estruendo. La puerta de la habitación se abre de par en par. Alguien corre hacia mi dirección, extiende sus brazos y... me abraza. No entiendo absolutamente nada, mi cabeza da vueltas resultado de toda la tensión acumulada. En la sala entra también una pareja y una señora mayor vestida de doctora.

«Ahora mismo está asustado, pero en un par de horas se tranquilizará y volverá a la carga», dice la señora. «Cuando vino era muy dulce y delicado, nunca ha dado un problema». «¡Mamá, es muy bonito!», dirijo la mirada a la persona que me sigue rodeando con sus brazos y me doy cuenta de que es un niño pequeño, de no más de cinco años.

«Sí que lo es, Camilo, sí que lo es...», continúa la doctora.

El abrazo del niño me calma y poco a poco el miedo se marcha. A pesar de que sigo sin comprender la situación, la mirada ilusionada del pequeño me brinda paz. Unas horas más tarde, cuando la pareja termina de hablar con la doctora, me hacen dirigirme hacia la salida del edificio. Puedo oír cómo mis compañeros me animan efusivamente porque he conseguido salir.

«Te vamos a dar la vida que te mereces, chico», afirma Camilo. «Bienvenido a tu nueva familia». La alegría me invade al escuchar esa frase, que baila en mi cabeza como una sinfonía, y me hace saltar por todos lados, alegre y excitado.

«Creo que es el perro más feliz que he visto en mi vida», dice el hombre, quien intuyo que es el padre de Camilo.

No se equivoca.

EFEECTO MARIPOSA

Carolina Romeira Gómez

18 años

La Redondela (Huelva)

No estoy bien y estoy harta de fingir estarlo. ¿Por qué cuesta tanto decir lo que pensamos sin rodeos? ¿Por qué hacemos como que siempre estamos bien cuando nunca es así? Supongo que es la ignorancia del ser humano. Ya lo peor de todo es que no debería estar mal. Es curioso cómo a veces nos comportamos como si fuéramos nuestro peor enemigo y que, al tener un día de bajón, recordemos todas esas pequeñas cosas que nos dolieron para sentirnos aún peor. Tras mucho pensarlo, he llegado a la conclusión de que este fenómeno ocurre, pues, al pensar y compararnos con otras personas, y ver que siempre alguien se encontrará en una situación peor que la tuya, no deberíamos sentirnos mal. Encontrarse mal por estarlo es algo bastante estúpido. Yo, por ejemplo, tengo salud, que es lo que importa, y, bueno, sí es cierto que, desde Andrés, no he mantenido tanto el contacto con mi familia y amigos. Pero, si los necesito, estarán ahí, supongo.

Siempre he querido ser actriz, pero claro, ni vivo en Hollywood ni tengo el cuerpo perfecto que la sociedad espera de mí. Me frustra pensar que mi cuerpo hace siglos pudiera ser idolatrado y que ahora llevar más de la 36 es algún pecado. A pesar de mis inseguridades, mis padres siempre creyeron y apostaron por mí. Reunieron tras mucho esfuerzo todos sus ahorros para que pudiera cumplir mi gran sueño. Siempre han estado ahí para mí, incluso cuando no lo estaban ni con ellos mismos. Y ahora llego yo y lo tiro todo por la borda. Los he decepcionado. Llevo seis meses aquí y no he conseguido un solo papel, solo un trabajo de media jornada en una cafetería. Ah, se me olvidaba. Mi nombre es Mía. Sí. Lo sé. A mis padres solo se les ocurrió un simple posesivo para denominarme.

Decido evadirme de mis pensamientos y salir a dar un paseo. Hace algo de frío, pero me niego a volver a por la chaqueta. Continúo caminando y, a lo lejos, diviso un par de chicas besándose. Sonrío para mis adentros, se ven muy felices. Es curiosa la cantidad de diferencias entre unas parejas y otras. Creo que deberían enseñarnos a querernos a nosotros mismos y cuidar nuestra autoestima desde bien pequeños, quizás así me hubiera ahorrado años de mi vida donde sentía que, para estar bien y sentirme completa, lo necesitaba a él, a Andrés.

Cuando conseguí alejarme de él, tuve una fase donde no creía en el amor. Pensaba que amar sería un sinónimo de sufrir, pero con el tiempo me he dado cuenta de que es todo lo contrario, y que nadie puede hacerte creer que es de tal forma. Ahora bien, mi profesor de Biología nos comentó en la secundaria que eso del amor solo era un truco de nuestro cerebro para que tengamos ganas de tener hijos y perdurar como especie. Él siempre decía que todo lo demás era pura palabrería, y que San Valentín es una fiesta del consumo idiotizado, no del amor. Ahora lo pienso y me pregunto si alguna vez habrán amado a aquel señor. Quizás sí lo hayan hecho muy intensamente, y fue la pérdida lo que lo llevó a ese punto de seriedad y repulsión hacia el tema. Incógnitas de la vida de esas de las que sabes que raramente podrás resolver.

De repente, dejo de estar absorta en mis pensamientos y veo una mariposa revolotear frente a mis ojos. Me quedé embelesada mirándola y recordé eso que dicen algunos científicos sobre algo llamado *efecto mariposa*. Dicha teoría defiende que el aleteo de uno de estos coloridos y vivos insectos inofensivos en Hong Kong puede desatar un tornado en Nueva York. ¡Vaya locura! No soy científica, pero sé con seguridad que esas teorías dan más lugar a la imaginación que a los razonamientos lógicos. Esa frase es totalmente imposible e improbable.

Dominada por la inocencia y por la curiosidad, decido perseguirla, observar su delicado aleteo. Sin saber cómo me encuentro en un lugar donde nunca había estado. Qué extraño, no llevo mucho tiempo viviendo sola en esta ciudad, pero pensaba que ya había conocido todos

los rincones cercanos a la zona donde trabajo y a mi nuevo hogar. Plof. Miro el cielo y en cuestión de segundos comienza a llover. Maldigo unos segundos, observo cómo mi alrededor se llena de paraguas abiertos, y yo intento encontrar un lugar que me sirva de cobijo. El único refugio posible era una pequeña cafetería de la esquina.

Me sorprende al entrar. Es mucho más amplia de lo que parece. Jengibre, comino, limón... Diversos olores inundan mis fosas nasales. Me siento al fondo y comienzo a ojear la carta. «Érōs», «Paixnidi», «Meraki»... Vaya palabrejas para simples bebidas.

Se acerca un joven a la mesa y, con una ligera sonrisa, pronuncia:

—¿Qué desea tomar? —Supongo que apreciaba mi cara de asombro, ya que no entendía nada de lo que ponía en aquel trozo de papel.

Ah, claro, es la primera vez que viene. No se arrepentirá. Le recomiendo que, para un día lluvioso como hoy, beba Storgē, creo que le reconfortará. De hecho, invita la casa.

Y, sin dejarme expresar mi perplejidad ante la situación, se marcha a cocinas. «Qué situación tan extraña», reflexiono. Dudo si aceptarlo o no, pero la verdad es que ese brebaje caliente, sean cuales sean sus ingredientes (nada puede esperarse si solo conozco de él ese extraño nombre), me ayudaría a no morir de hipotermia.

—Aquí tiene, que disfrute.

Me doy cuenta de la hora que era y lo tarde que inocentemente se me había hecho tras perseguir a esa mariposa. Me siento algo estúpida, pero recuerdo la frase que mi madre me leía al sujetar *El principito* en la esquina de mi cama justo antes de dormir: «Todas las personas grandes han sido niños antes (pero pocos lo recuerdan)». De pequeña, tumbada en la cama, le replicaba que cómo los mayores no iban a acordarse de algo tan sencillo. Y mi madre sonreía, a la par que pronunciaba: «Espero

que te hagas mayor y sigas sin comprenderlo». Lo cierto es que no fue así, y aquellas enseñanzas penetraron en mí. Cuán difícil es crecer. Siento que acciones infantiles como la de esta tarde, el sorprenderme con el aleteo de una mariposa, es lo que me mantiene en conexión con mi yo del pasado, un yo del que nunca me he querido despedir del todo.

Me evado de aquellos recuerdos acordándome del hecho de que mañana tengo que trabajar y debo acostarme temprano para así poder madrugar. Bebo rápido el líquido servido, no sin sorprenderme con su sabor a regaliz y canela. Por suerte, comenzó a escampar y, con aquel sabor curioso y la capucha de mi sudadera puesta, vuelvo a casa.

Es de noche y noto cómo alguien camina detrás de mí. Siento miedo. Pero, sobre todo, impotencia y rabia. ¿Por qué tengo que asustarme y preocuparme mientras ando tranquila por la calle? ¿Por qué tengo que sentirme valiente en vez de libre? El chico me adelanta, creo que se percató de mi inseguridad. Suspiro, definitivamente esta situación debe cambiar. En menos de 5 minutos ya estaba en la cama.

¿Papá? ¿Mamá? Estáis ahí. Hace muchísimo que no os veía. Os echo de menos. No, por favor no, no os vayáis. Escuchadme. Os quiero. No os llamo porque no quiero decepcionaros...

Me despierto sobresaltada. ¿Qué ha sido eso? No tenía pesadillas desde los 11 años. Espera un momento, ¿era una pesadilla? Solo corría detrás de mis padres, por mi antigua casa. Pero no podía alcanzarlos. Por más que corría no podía. ¿Qué habrá querido decirme mi subconsciente con eso? Con un clic, entro en Google.

«Significado de soñar con la familia», le vocalizo al móvil. A veces siento que hablo más con aparatos que con personas. Deslizo la pantalla y, para mi sorpresa, el primer resultado es Storgē. Espera un momento, ya había oído ese nombre antes. Pero... ¿cuándo? Tras buscar en mis recuerdos, me lleno de perplejidad al pensar en la bebida de ayer. ¡Qué casualidad! La palabra que busco significa sentimiento de plenitud,

felicidad y bienestar al estar con tu familia. Amor especial hacia los tuyos.

Me quedo en la cama reflexionando unos segundos. Sé que no quiero decepcionar a mis padres, y que es doloroso transmitir el mensaje de que algo no había salido como lo esperado, pero ya no puedo ocultarlo más. Ya no quiero seguir mandando mensajes llenos de falsedad donde reina la mentira y el miedo en lugar del amor. Decido llamar y soltarlo todo. Después de unos minutos, me siento mucho mejor. No he conseguido mi sueño, pero no hay ninguna excusa para alejarse de la familia. Es lo único que tendremos siempre, y ahora soy consciente de ello. Me levanto y decido emprender mi día en la cafetería con una inhabitual y enorme sonrisa.

Termino mi turno, estoy agotada cuando la vuelvo a ver. Era la misma mariposa de ayer. Recuerdo la cafetería, el sueño y la bebida. Sin saber por qué, siento la necesidad de volver a ir, como si tuviera que agradecerles algo, en especial a aquel joven que me invitó. Antes de entrar, me percaté de que ni siquiera me había fijado en el cartel colgado en la entrada donde había una palabra escrita en azul pastel: «ENSUEÑOS». ¡Qué nombre tan original! Entro. El mismo chico sonrío al verme y se dirige hacia mí.

—Veo que no le ha disgustado nuestro establecimiento. ¿Sabe qué va a tomar hoy?—Me fío de lo que quiera recomendarme, ayer lo disfruté mucho.

El chico ríe.

—Marchando un Philia.

Y se marcha.

Me lo bebo, sabe distinto. Más dulce quizás. Jengibre, miel, limón... Son los sabores que mi paladar consigue distinguir. Hago el

mismo recorrido de ayer, esta vez pagando, claro. Sin darme cuenta, ya estaba de nuevo en la cama.

Amigas para siempre, ¿recuerdas?

Me despierto sobresaltada. Ayer con mis padres, hoy con Carmen. ¿Qué me sucede? Carmen es una vieja amiga. No hablo con ella desde que salí con Andrés. Esa relación arrasó con muchas cosas y una de ellas fue muchas de mis amistades. Me pregunto cómo estará, qué habrá sido de sus sueños y de sus planes. Lo cierto es que siento vergüenza, y me asusto, pues no sé cómo reaccionaría si la llamara. Sentir que defraudas a los que has querido no es nada sencillo. Sin embargo, me armo de valor y decido hablarle. Qué menos que ofrecerle una disculpa. Tras una llamada mucho más larga y reconfortante de lo que esperaba, quedamos en volver a vernos. Es gracias a las videollamadas que pudo explicar que ella también se había sentido mal y que sintió que al permitir que me alejara de ella no estaba siendo una buena amiga. Tras pensarlo, me doy cuenta de que siempre que se habla de que, si conoces a alguien inmerso en una relación tóxica, debes hacer todo lo que esté en tu mano para que esa persona abra los ojos. Y sí, realmente el sentirte querido es un plus, y te llena de fuerza para tomar decisiones importantes, pero también puede llegar a ser muy complicado. Intentar ayudar a alguien que no se deja ayudar de ninguna forma continuamente es agotador y, al final, cuando Carmen intentaba ayudarme, yo la destruía psicológicamente. Por suerte, ambas nos encontramos muy bien y siento como si el tiempo entre nosotras no hubiera pasado.

Tras la pantalla no da crédito de lo que le cuento sobre la cafetería. Nos ponemos a investigar y, adivinad, *Philia* significa amistad, definida como pilar importante en nuestras vidas.

Carmen me obliga medianamente a ir de nuevo a ese misterioso lugar, pero, a diferencia de las otras veces, que yo elija lo que vaya a tomar. Siempre ha sabido cómo dar buenos consejos, y lo cierto es que muchas veces se los he rechazado. Esta no sería una de ellas.

Salgo de trabajar y rápidamente me dirijo al establecimiento. Miro la carta y exclamo:

—Camarero, un Philautia, por favor.

El joven me mira sorprendido.

Saboreo cada gota y sin prisas. Un aroma a frutos rojos me invade las fosas nasales y no puedo evitar sonreír. Vuelvo a casa.

Mía no es solo un posesivo. No entendía nada. En mi sueño no aparecía ningún lugar, persona o cosa. Solo esa frase que resonaba sin cesar en mi cabeza. Como había hecho en veces anteriores, investigo y no puedo dar crédito con lo que leo.

Philautia. Si te preguntaran por todas las cosas a las que amas en este mundo, ¿cuánto tardarías en decir tu nombre?

Han pasado tres años desde que conocí aquella cafetería. Volví con mi familia, pregunté por el significado de mi nombre y lo entendí todo. Mía no me hace ser un objeto, no indica posesión. Indica libertad, autonomía, amor hacia uno mismo. Al fin y al cabo, solo nos tenemos a nosotros mismos. ¿Cómo no vamos a querernos? Me inscribí en una escuela de arte dramático. Nunca podemos dejar de creer en nuestros sueños. Tal vez no tenga el cuerpo perfecto, pero me acepto tal y como soy, y sé que me valoraron por mi talento y no por mi físico. Para celebrarlo, decidí tatuarme algo muy especial.

Una mariposa. Para recordarme cada día ese delicado aleteo que cambió mi vida. Aquellos días en esa cafetería con nombres extraños que lo cambió todo. Que, sueño tras sueño, hizo que me investigara y conociera cada vez más. Esas definiciones que me curaron esas heridas imperceptibles a la vista, pero no a las almas. Unas heridas que, poco a poco, fueron sanando y fueron convirtiéndome en otra persona. Un simple aleteo arrasó con todo lo tóxico presente en mi vida. Como un

huracán. Y sí, puede que los científicos lleven razón en eso de que los efectos mariposa lo cambian todo.

Y espero que esta historia sea en tu vida uno de ellos.

SEMANA ETERNA

Juan Porcel Salguero
18 años
Dos Hermanas (Sevilla)

Eres tan buena que, si fuera una ilusión,
no me importaría vivirla.
Para mí es mil veces más real lo que siento
por ti que lo que captan mis sentidos.

Mil veces más palpable el eco de tu nombre
en mi mente que el de una sirena.
Mil veces más exacto tu silueta en el rumiar
de mi consciente que mi visión.
Mil veces más tangible nuestras almas
que nuestros propios cuerpos.
Mil veces más sencilla una vida contigo que sin ti,
amor, porque sin ti no soy más que polvo de estrellas,
pero contigo soy feliz, y eso
es más de lo que jamás me imaginé.

La mayor ilusión y muestra de amor,
no será para mí jamás que me entregues tu cuerpo,
sino de la demostración la existencia del alma,
ya que, ni aunque mi cuerpo y mente no pueda más,
nuestra unión me hace seguir, y esto,
para mí es agua, vida, una verde primavera
en el alba de lo escondido de mi alma,
allí donde la encontraste y ahora permanece.

La luna acoge las estrellas,
como mi alma lo hace con la tuya.
El mismo mármol dorado
que antoja el alma más deseada.

Ese brillo espectral
que hace especial el espesor de la noche,
seca oscuridad de invierno
que congela mi alma hasta que aúlla.

Una dulce melodía
que retumba en mi oído la calma.
Mas serán las dos sombras
que a la vez destruyan las fronteras.
Menos el tiempo que pase a tu vera
descomponiéndose el alma.
Tiempo que jamás regresa,
que dentro de tu ser encierras.

Y todos los días soy la sombra del recuerdo vano.
La reverberación del eco de los susurros al oído
los que se llevó el viento del verano.

Esa llama de la luna apasionada en su ego,
que se apaga junto al alba y crece en la oscuridad,
erradicando el esplendor de la bohemia noche en fuego.

Solo quedó el reflejo del brillo de unas monedas.
Oro que taparon mis ojos enmudecidos,
solo el viaje que pagué con ese brillo a Caronte,
que baja como los astros trazan en el horizonte.

Me enamoré de ti, solo de ti,
ya ni le temo a la muerte,
tú, motor de mi vida,
bombea mi corazón más fuerte.

Tú, moneda de oro, platino impoluto,
nunca se lo entregaré a Caronte,
más vale un solo beso tuyo

que una eternidad en el Ares.

La luna canta junto a los astros,
reluce a coro el grillo,
el café de tus ojos acompaña la noche
porque tú la iluminas con tu brillo.

Belleza sin orden.
Oscuridad sin arte.
Oscilación la mía.
Al creer poder amarte.

¿Por qué surge la poesía?
Esta surge del amor,
de cualquier problema,
tal vez, de una desilusión.

Siempre llaman a estos
locos por no entenderlos.
Pero es que antes del dolor
estos locos eran cuerdos.

Este es el motor de la vida,
lo que nos hace sobrevivir,
y es que una vida sin dolor
sería como una vida sin ti.

Tú me quitaste mi cordura,
tal vez jamás regrese.
Me quitaste mi ilusión,
así que es mejor que me aleje.

Sentir el corazón agrietado
con el porvenir de otra ilusión,
como el agua se para,
se queda en el delta del amor.

La sangre se coagula, se enfría,
y apila en una depresión,
tal como si el delirio fuera
una horrenda herida en infección.

Pobre del que lo sufra
ya que no valdrá después la pena el vivir,
todo el que su corazón se pare
y solo por su presencia reanudará el latir.

No puedo ver,
pues me cegó una ilusión en el pasado.
No puedo oír,
pues con un último sollozo mi tímpano se ha desgarrado.
No puedo oler,
pues se atascó el último soplo de tu aroma.
No puedo degustar,
pues mis labios solo saben a tu boca.
No puedo sentir,
pues mis yemas se quemaron con el olvido.
No puedo vivir,
pues mi vida se fue contigo.

A ORILLAS DEL VELERO

Alejandra Carmona Vicente

18 años

Dos Hermanas (Sevilla)

*El sueño va sobre el tiempo
flotando como un velero.
Nadie puede abrir semillas
en el corazón del sueño.
Federico García Lorca*

Cuando el cielo se llenaba de colores y el sol descendía en su rítmico compás hasta fundirse con las olas y convertirse en oro líquido, los ojos del capitán no abandonaban el espectáculo. En una pequeña cala, a la orilla de un mar que había llorado sus penas y había acunado sus alegrías, la arena se resbalaba entre sus pies, y su mente navegaba sin rumbo fijo a través de los recuerdos. Sus ojos, que habían llevado las olas como escudo desde el momento de su nacimiento, poseían su color, y combinaban como una dualidad sin precedentes con su piel, corteza de sal. Aunque su figura resaltaba impasible frente a la infinitud, él realmente se encontraba muy lejos de allí, a bordo del velero que le abrió las puertas al mundo y a la posibilidad de cumplir su sueño: tener las aguas como hogar y trinchera.

Aquel velero que ahora residía en el pasado, había recortado los atardeceres rebelando su imponente forma, y había suscitado admiración, respeto y amor en aquellos que tuvieron la suerte de cruzar el mundo a su lado. Al momento, aquel que había sido su capitán, subió hacia las rocas que bordeaban la cala y sacó una silla de una pequeña casetilla situada sobre ellas. Sin emitir una palabra al aire, se sentó sobre un pequeño hueco en el que no había nada más, un hueco que le esperaba, pues, aunque no hubo promesa ni acuerdo, nadie que no fuera él ocupaba ese sitio. Siguió contemplando la distancia, como había hecho siempre desde que tenía memoria, con la paz que la vista

le transmitía, y emitió una significativa sonrisa, una sonrisa tan cálida como los colores que acompañaban el paisaje. Al final, había deseado tanto unirse a la marea que nunca se percató de que él siempre fue parte de aquel con el que soñaban los poetas.

A día de hoy, aún recuerdo nuestro encuentro después de tantos años. Tú te encontrabas en un pequeño patio, en una preciosa casa de costa que habitaste para nunca alejarte del que era tu verdadero hogar, y que en esencia reflejaba la tuya propia. Cuando entré, la luz se apoderaba de la estancia, y el verde de las hojas de las plantas brillaba siendo partícipe del encuentro.

Amelia sonrió al papel que tenía delante, removió de nuevo la pluma entre sus dedos y siguió pensando de nuevo en la historia que quería contar, tal y como la quería contar, lo más fiel posible a sus memorias. Necesitaba reconocer las palabras que iban apareciendo como tuyas. Continuó, poniendo el corazón en la tinta.

Numerosas macetas de colores vibrantes, unas paredes blancas que reflectaban esa luz y hacían de esas cuatro paredes un espacio de una atracción envolvente en el que te invadía una inmensa sensación de calidez y paz interna. Y mientras este ecosistema funcionaba en perfecta armonía, tu figura residía en el centro, con una tranquilidad que acompañaba y no desentonaba del resto, una tranquilidad que tanto te había caracterizado siempre. Tenías puesta tu camisa de cuadros y tu mirada azul gastada, mirando – o más bien reflexionando – al frente. Como consecuencia de que escucharas el sonido de mis pasos, giraste la cabeza y me viste, luego me miraste, y en tus ojos vi un cierto desconcierto que yo ya esperaba. Me estrechaste la mano y me preguntaste mi nombre: «Amelia», te contesté. No hizo falta que te dijera nada más, lo que había sido desconcierto se convirtió súbitamente en certeza, y, antes de que pudiera retirar mi mano, tú ya me habías estrechado entre tus brazos. Pese a todo el tiempo que había pasado, seguías siendo el mismo.

La joven, tal y como acostumbraba a hacer aquella persona con la que había ido a reencontrarse ese día, se perdió en sus recuerdos, en la razón que le había llevado a relatar esta historia, su historia.

Tras el reencuentro de ambos, él la invitó a sentarse en la mesa en la que había estado apenas unos segundos atrás. Tenían mucho de lo que hablar, hacía mucho tiempo desde aquella despedida en la pequeña casita de campo. Él la miró a ella, y ella le devolvió la misma mirada, con añoranza, respeto y cariño.

—Cuánto has crecido, Amelia, no te había reconocido, ya no eres esa niña que se escondía debajo de la cama y escribía historia de dragones y piratas junto a una vela, aún a riesgo de incendiar la casa. — Ella soltó una carcajada, recordaba perfectamente esas noches, siempre fueron sus favoritas.

—Soy consciente. Tú tampoco eres aquel que jugaba con la carretilla a los coches de caballos mientras papá te regañaba por estropear el huerto. — Él también sonrió, echaba de menos hablar con ella, y echaba de menos aquellas tardes de verano. Solía pensar mucho en su familia. Desde el día que partió de casa para perseguir su sueño no había podido volver a ver a sus padres ni a sus hermanos. Hablaban continuamente por carta, eso sí, pero debido a sus continuos viajes no podía visitarlos personalmente, y ya casi había olvidado sus rostros. Eso le apenaba profundamente.

Él le preguntó por ellos, por cómo estaban, por cómo iba el trabajo de sus padres, por cómo estaban Quique y Ana, por cómo los había tratado el tiempo. Si había visto a sus primos y a sus tíos, si habían celebrado la Navidad todos juntos, si todo seguía tal y como lo dejó. Si se seguían acordando de él. Le pidió, por favor, si podía describirlos físicamente para que pudiera imaginarlos, tenerlos un poco más cerca.

Ella le contestó a todas las preguntas amablemente y con gusto, con el toque de humor que le caracterizaba y que tanto amenizaba las conversaciones. Le habló de todos y de todo; le relató anécdotas que se hacían demasiado largas como para narrar por carta y ambos comenzaron a reír y recordar; le aseguró que la casa seguía como la dejó, y aunque sus habitantes habían crecido y cambiado un poco, en

esencia eran los mismos; se los describió uno a uno y le aseguró que lo recordaban y añoraban cada día, ¿cómo no iban a hacerlo?

El capitán se emocionó un poco y se secó una lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla. Amelia sabía lo mucho que significaban ellos para él, y nunca dudó lo mucho que los quería a todos, tampoco el día que lo vio a lo lejos cargando con su maleta y su gorro, despidiéndose de ellos con la mano, mientras todos lloraban con su marcha. No podía culparle ni enfadarse con él, ella siempre supo que eso sucedería tarde o temprano, desde que veía cómo su hermano miraba furtivamente la marea cuando pensaba que nadie le observaba. Había una conexión inexplicable que se lo confirmaba, y aunque él no quería que se notase y hacía lo posible para seguir ayudando en la casa a su familia, era cuestión de tiempo que una oportunidad como la que se le presentó le llegara, y hubiera sido pedirle renunciar a una parte de él. Sus padres lo entendieron, revisaron la propuesta y finalmente le apoyaron en aquello que le hacía feliz, que era navegar. De formar parte de la tripulación, a ser capitán, tras mucho esfuerzo y trabajo, y sabiendo que estaba donde debía estar. Ella nunca dudó de su amor por su familia, al igual que nunca dudó de su amor por su vocación, eran las dos caras de una misma moneda. Y aunque no quería admitirlo en voz alta, tampoco le culpaba porque si ella hubiera tenido la oportunidad también se habría agarrado a la libertad como quien se aferra a la misma vida.

Llegó el turno de sus respuestas, y con este lo que más temía relatar: por qué se encontraba allí, por qué ahora. Al principio calló, no sabía por dónde empezar, no sabía cómo él iba a reaccionar. Entonces lo miró a los ojos, sacó fuerzas de donde no había, y comenzó. Le contó todo aquello que tras estos años no se había atrevido a decirle en papel.

Años después de su marcha, llegó una familia nueva al pueblo, integrada por un hombre, una mujer y su hijo, que tenía varios años más que Amelia. Los tres parecían poseer una capacidad adquisitiva que chocaba con la del pueblo, por lo que los rumores comenzaron a extenderse como la pólvora en todas las direcciones. Con su llegada, todo comenzó a complicarse. Él se interesó casi de inmediato en ella, y a pesar

de que a la joven le parecía muy arrogante y déspota con cualquiera que tuviera alrededor, terminó por acceder a su petición con una aparente libertad a causa de la difícil situación económica que atravesaba su familia. Sus padres en ningún momento la obligaron a nada, pero ella sintió que no podían permitirse dejar pasar la oportunidad. Se vio obligada a fingir algo ante los demás que realmente no le pertenecía, pero finalmente se casó con él, sin invitar a su hermano al enlace porque sabía que se negaría en rotundo a que hiciera algo así. Todo fue de mal en peor cuando pocos meses después del enlace, su marido falleció por unas extrañas fiebres, y eso fue el detonante para que las mismas voces oscuras que hablaron de la llegada de los nuevos, se lanzaran contra ella con todo tipo de despropósitos. La acusaron de causar su muerte a propósito para estar con otros hombres, de aprovechada, de bruja, y de todo tipo de descalificativos que la hundieron poco a poco en un pozo del que le costó mucho salir. Al final, los libros, la calma, los paseos, la vuelta a su vida en la casa de su infancia, y rodearse de las personas que más le querían y apoyaban le salvó, y poco a poco tomó las riendas encontrándose con una fortaleza y una entereza sin precedentes. Así, se fue superponiendo a los rumores, viviendo a pesar de ellos y haciendo oídos sordos a aquellos que no se molestaban en conocerla más allá de la imagen que habían configurado de su persona. También le salvó en gran medida la mar, su tranquilidad y ritmo constante, y saber que, aunque él no supiera nada, contaba con el apoyo y fuerza de su hermano.

Ahora, tras mucha reflexión y trabajo consigo misma, se había decidido a alcanzar esa libertad que siempre había deseado, a vivir las aventuras que quería contarles a sus descendientes, y a hacerse cargo de su vida y de lo que sucediera en ella en un futuro. Por eso, antes de su partida hacia quien sabía dónde, sentía la necesidad de verle y hablar con él, de compartir juntos los últimos momentos antes de su marcha, como en los viejos tiempos, para poder despedirse como se merecían.

Él escuchó atento todo lo que Amelia le había relatado, con serenidad y una profunda admiración por la persona que tenía delante,

aquella que siempre fue y aquella que había resurgido de sus cenizas. Era consciente de cuánto había tenido que sufrir, y de cómo eso, de la forma más cruel, le había hecho darse cuenta de cuál era el rumbo que verdaderamente quería darle a su vida. Cuando ella acabó su relato, él la abrazó por todo el tiempo que ella lo necesitó y no pudo estar, y luego le dijo unas palabras que Amelia guardaría siempre en su corazón.

— Escucha, Amelia, no puedes imaginar lo orgulloso que estoy de ti en todos los sentidos, te has convertido en una mujer fuerte e independiente, la que nunca dejaste de ser a pesar de las adversidades. Me llena de felicidad y de alegría que al encontrarte de frente con palabras como «cuando el río suena, agua lleva», supieras recordar que tú siempre has sido más de agua salada.

Ella le sonrió y ambos compartieron una mirada cómplice que solo les pertenecía a ellos. Acto seguido, él supo que ella partía por la mañana, y se dispuso a hacer de ese día aquel que recordara por el resto de su vida como el comienzo de una aventura sin límites.

Bajaron a la playa, pasearon por las calles de esa bonita ciudad en la que él se alojaba hasta partir de nuevo, bailaron hasta que le dolieron los pies, cantaron mientras él tocaba la guitarra, cuyas cuerdas vibraban bajo sus dedos como si de olas se tratase, y, sobre todo, hablaron de la vida, de la muerte, de miedos, de travesías, de las maravillosas personas que había conocido en sus destinos, de todo lo que había aprendido, y de todo lo que ella iba a aprender y a regalar a los demás. Hablaron de lo que hacía falta y necesitaban compartir, y también de aquello que disfrutaban conversando mutuamente, por todo lo que se aportaban.

Sin duda, el capitán consiguió su propósito, y al día siguiente Amelia puso rumbo fijo hacia la libertad con la mejor de las sensaciones y con una gran fuerza y determinación en el alma. Estaba cargada de ilusiones, proyectos y cosas por hacer, y tenía toda una vida para llevarlas a cabo. Ambos se despidieron con la promesa de encontrarse pronto, preferiblemente sobre las aguas, y sellaron el pacto con un abrazo que recordó al que compartieron el día de la marcha de él,

cuando solo era un muchacho, pero con un contexto diferente y mucho más esperanzador.

Volviendo a la joven que escribía una carta ya casi completada, terminó por concluirla, con la ilusión en los ojos de una niña que había escrito más de mil historias bajo la cama.

Espero fielmente que la vida vuelva a cruzarnos más pronto que tarde, como prometimos. Pero mientras tanto, me encargaré de vivir lo que me corresponde y deseo con la mejor de las sonrisas, vivir aquello a lo que siempre estuve destinada. Mientras, tú navega siempre a orillas del velero, y continúa siendo tan libre como el sol cuando amanece, como el mar.

Te quiere,

tu hermana Amelia.

Una sonrisa, una carta cerrada con una dirección sin rumbo fijo en ella, un propósito, un velero, una promesa, un beso y una flor. Pero siempre, un alma tan libre como el mar.

LOS OJOS DEL PINTOR

Estela Lora Guzmán

17 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Y vemos la vida siempre en color monocromático, sin saber realmente cómo mirar. ¿Acaso nunca nos hemos preguntado cómo será a los ojos del pintor?

Él, nacido entre las verdes alamedas, llevando por bandera y grabado en el corazón «Sevilla» de Albéniz. Sí, Sevilla. Dulce y delicado primor de primavera, lugar lleno de gracia y grandeza. Porque Sevilla es el sonido de una guitarra en el barrio de Santa Cruz; el aroma inconfundible a incienso, jazmín y azahar; es un atardecer en el Puente de Triana. Porque es el arte de su gente, y, por tanto, de nuestro pintor.

Aquel hombre bohemio, de mirada de infinita sabiduría, ojillos curiosos –pero profundos– y gafas de culo de vaso. Los surcos de su rostro marcan la tierna senectud de aquel cuyas manos reflejaron un dúo eterno y cabal: paisaje y paisanaje, ambos fundidos en perfecta armonía andaluza. Él, viajero de la tierra sureña, nos revelará el mundo a sus ojos; mostrándonos la belleza de la vida que ignoramos por no observar correctamente.

Nos remontamos a la flor de la juventud, aún ciertamente inexperta al no haber salido de su hogar. Por una de esas calles en las que uno se pierde para acabar encontrándose, nuestro amigo topa con la ocasión perfecta. La calzada, de sugerente asimetría, lo conduce a un pequeño soportal, el cual se sustenta sobre columnas de piedra que crecen hasta formar arcos de medio punto. Y en el centro... una joven vestida de rojo, traje del que nacen vuelos que flotan y ondulan en torno a su figura. Y, como la pícara adolescencia hace despertar al corazón, surge en contemplación un primer cuadro –rebosante de pura acuarela–, que dice:

Mujer de pies desnudos, enciende tu luz al bailar.

Pintando tu tierra al son de la danza, que es la primera.

Dejando esa estela a lunares.

Morena de sangre mediterránea, con tu sonrisa carmín vuelves cálido el invierno.

Ojos color esperanza que irradiando vitalidad trazáis fantasías en el sendero.

¿En derredor?, pálidos jazmines cuyo olor emana del lienzo.

Jazmines cuyo olor va devanando tu aura flamenca.

Y, en el porvenir de los años, va alcanzando la madurez, aquella en la que uno pasa de ser niño, a peregrino. Llega así nuestro protagonista a un pueblecito — de esos anónimos de casitas blancas — donde halló el reflejo de algo muy familiar... Un jardín (secreto a los ojos del infante) lleno de verde naturaleza, tan bello como apaciguador.

Cierra los ojos y quizás, solo quizás, puedas oír a los pájaros cantar, coreados por un par de chicharras que marcan el inicio del verano. Y, si sigues escuchando, apreciarás la alegría risueña de aquel que juega con su avión de papel desde la tierna ingenuidad.

Perplejo, queda encandilado ante la escena de aquello que una vez fue; y sentándose a la sombra del roble, asistimos a la creación de su segundo lienzo, que clama:

Dulce cándido de ojos negro azabache...

Cabalga tu imaginación de ensueño etéreo blandiendo en movimiento tu ilusión infantil.

Corazón noble y de inocencia henchido... vive sin temor a sonreír.

Exige tu inexperto, o quizás pícaro, derecho a soñar.

Para ti, que ver no es más que creer.

Para ti, que de tu mirada desbordan estrellitas con la pureza de una azucena.

La vida, a pesar de que marchite, nunca dejará de sorprender. ¿Casualidad o causalidad?, nos podemos preguntar. Aunque rivales en significado, ven su estrecha relación en la duda; una duda perpetua que amenaza con no verse resuelta.

Mientras se da el debate entre ambos sujetos, uno pisa la arena, pisa allí donde vuelve el tiempo atrás. Ya se aprecia la puesta de sol desde el acantilado. Tornan lo que fueron los más dulces y delicados tintes en el naranja de la inquietud; pero si uno sabe cómo pintarlo, surgirá algo como lo siguiente:

Músico de alma cristalina cual mar de agua límpida y transparente.

Libera la poesía que llevas dentro al compás de la marea,

melodía de marfil que sola canta.

Galopante sin camino que extático en tu limbo permaneces...

La armonía perfecta en tu ingrávida quietud reposa.

Rayos lívidos de luz escapan entre las hojas del limonero

mientras el agrio fruto, en soledad, espera su azahar.

Y tú, como una Suite Española, en cadencia andaluza deslumbras.

Ya se advierte la añoranza, la llamada de nuestras raíces. No importa nada más sino la sensación del deber cumplido. Y tras años y años latiendo al ritmo del amor, nuestro pintoresco viajero tomó una decisión: decisión más sabia la de en su tierra fenecer. En su tierra encontrándose consigo mismo; en su hogar volviendo a su esencia, que es sinónimo de Sevilla... que es sinónimo de Andalucía.

MI PLANETA

Laura Naranjo García
16 años
Dos Hermanas (Sevilla)

Eres un regalo que tenemos que cuidar.

Eres una maravilla por toda tu inmensidad.
Generosa que nos lo das todo.
Y no somos capaces de valorar.

Ojalá algún día abramos nuestros ojos,
y esa sensación nos llegue al corazón.
Porque cuidándote a ti me cuida yo,
porque te necesito para vivir,
no es una opción.

Pero si es fácil quererte solo hay que mirar,
levantar la cabeza, y observar,
solo tienes que sentir y respirar...

MALDITO 16, MALDITO AMOR

Andrea Martínez Ramos

16 años

Dos Hermanas (Sevilla)

20 de septiembre, 22:30

BEA: ¿Qué tal?

¿Cómo te lo has pasado?

La que pregunta es mi amiga Bea, que sabe que hoy he estado de fiesta con algunos amigos. YO: Superbién, tía.

He estado toda la noche con un niño que me encanta.

BEA: Ay, tía.

¿Y quién es?

YO: Óscar Casas. Es de por aquí cerca.

Supongo que algo lo conocerás.

BEA: Michelle, me han dicho que ese niño es supercomplicado para entablar relación con él.

No te gustará, ¿no?

YO: Bea, por favor, parece que no me conoces.

¿Cuándo me ha gustado a mí alguien de verdad?

BEA: Las cosas no son siempre blanco y negro, Michelle.

YO: ¿Y cómo son?

BEA: Pues no lo sé.

Eso solo lo sabes tú.

YO: Es que no sé qué decirte.

BEA: Pues que sí o no.

¿Te gusta?

Si quieres estar con alguien pues lo intentas, pero si no quieres no.

YO: Yo nunca he querido estar con alguien. BEA: Lo que pasa es que siempre has pensado que, por estar con alguien, te pierdes la oportunidad de estar con otros.

21 de septiembre, 00:00

Es mi cumpleaños, ¿qué me pasa? ¿Por qué sigo tumbada? Si todos los años aviso de que ya son las doce porque me siento más viva el día de mi cumple. Se supone que debo estar feliz, ¿no? Cumpló 16.

Llaman a la puerta.

– Felicidades, hija – dice mi madre Lola, muy feliz.

De manera automática, le doy un beso y las gracias.

Enseguida viene mi padre, Paco, y mi hermano, Aitor, para lo mismo, y respondo de la misma manera. Pero no sé por qué sigo desganada. Bueno, me voy a dormir, estaré cansada. Mañana será diferente.

21 de septiembre, 11:00

Me despierto, cojo el móvil, veo todas las notificaciones felicitándome. Automáticamente, me sale sonreír y doy las gracias.

—Hija, ya tienes el desayuno en la mesa, espero que te guste.

¡Arg! Mi madre me ha hecho tortitas y me ha decorado el salón. Parece que estoy mejor que ayer, pero siento que me falta algo.

—Enana, disfruta el día de hoy, que yo no voy a estar simpático siempre, eh —dice mi hermano mientras me roba una tortita.

Después de desayunar, hago deporte y me ducho. En un rato nos recoge mi padre para irnos a comer fuera, pero ¿por qué estoy hoy tan rara?

Durante el almuerzo me llegan muchas notificaciones, siempre lo miro rápido, ilusionada, pero, cuando veo quién es, vuelvo a estar como antes. Estoy, sin más.

Llego a casa, me cambio y salgo de nuevo con mis amigas y mis amigos. Me encantan sus abrazos, me hacen sentir mejor. Empezamos a andar y charlar.

—Tía, ¿qué tal con Óscar? ¿hablaste con él? —dice Bea.

—Eso, que ayer te fuiste con él y no nos contaste nada —dice Julia.

—¿Tienes algo que contar? Jejejeje —añade Miguel.—Nada, nada.

—Pero entonces le has hablado. ¿O no? —insiste Carla.

—Sí, pero solo me responde «jajajaja». No sé qué más decirle.

—Pues pasa de él. Hay muchos peces en el mar, y tú tienes la pecera entera, Michelle —me anima Miguel.

Me llega un nuevo mensaje, me pone nerviosa, lo leo. ¡Es él! Me ha hablado, deprisa le contestó. De repente, me siento mejor.

Llego a casa, sin embargo... aunque estoy feliz porque he conseguido hablar con Óscar, no sé por qué me sale solo ser borde con mis padres.

22 de septiembre, 12:00

—Cariño, despiértate ya, que hemos quedado con tu abuela para ir a un bar —dice mi madre.

Me visto y nos vamos. Por el camino me pongo los cascos y empiezo a escuchar música. De repente, siento que la música habla de mí. Raro, nunca me fijo en la letra, solo en el ritmo.

Cuando llegamos al bar, veo a mi abuela. Allí también está mi tío. Saludo a mi abuela y la hago reír, me encanta verla sonreír. Sin embargo, me pongo un casco y, aunque esté pendiente de mi familia, sigo son la música y la tarareo en mi cabeza. Pero se me escapa una estrofa, en voz alta, en mitad de la mesa y con la voz quebrada: «me enamoré, sí, me enamoré, y no pude evitarlo por más que lo intenté».

—¿Quién te gusta a ti? Si eres muy pequeña —dice mi tío Pepe esperando que le responda. Sin embargo, hago como que no le oigo para no contestar.

Al terminar de almorzar, volvemos a casa y me pongo a estudiar. Esta semana tengo varios exámenes y, aunque creo que me los sé muy bien, me gusta repasar.

23 de septiembre

Toca Educación Física, menos mal, porque los exámenes no han ido como esperaba y en esta hora puedo despejarme y no pensar en él.

– Tía, ¿qué tal con Óscar? ¿Has vuelto a hablar con él?

– No, Bea, no me responde. Siempre me responde igual.

– Tía, pues a mí me han dicho que a Óscar le gusta Ruth – revela Carla.

Cabizbaja, digo que voy al baño, y, sin que nadie se dé cuenta, me pongo a llorar. ¿Por qué me está haciendo esto tan frágil? Yo nunca he querido estar con alguien.

24 de septiembre

Óscar ha besado a Ruth en mi cara, me voy.

– Michelle, ¿a dónde vas? – me pregunta Pablo.

– A mi casa, no tengo ganas de estar aquí – digo intentando no ser borde.

– Michelle, no te rayes, que no se han liado. Hazme caso – dice Miguel.

¿Por qué me mienten? Lo he visto con mis propios ojos. Me insisten en que no me vaya y decido quedarme un rato más, ya que por suerte Óscar y Ruth se han ido.

– ¿Qué vas a cenar? – pregunta mi madre cuando llego a casa.

– Nada, no tengo hambre

– Tienes que comer algo – me ordena Lola.

– Que no tengo hambre te he dicho, mamá.

De repente, me doy cuenta de lo borde que he sido y que mi madre se ha enfadado. Empiezo a discutir con ella, nos empezamos a gritar, a decir cosas incoherentes, cosas sin sentido. Me doy cuenta de que estoy pagando todos mis problemas con mi familia, pero me sale solo y no lo puedo evitar. Entra mi hermano en la habitación, intenta averiguar qué me pasa, pero vuelvo a ser borde y ahora discuto con mi hermano. ¿Por qué? No quiero ser así, yo no era así, ¿que me está pasando? ¿Es la edad? Desde que cumplí 16, estoy más borde con mi familia, discuto mucho con ellos y siempre les contesto de mala manera. Les digo cosas de las que luego me arrepiento, pero lo vuelvo a hacer. No quiero estar así con ellos.

30 de octubre

Llevo un mes de mierda, no paro de discutir con mi familia, me distraigo en clase, no quiero salir, me da miedo encontrarme a Óscar con alguna, ni mis amigas saben lo mucho que me gusta. Me lo estoy guardando para mí, aunque creo que dentro de poco se darán cuenta. Hoy es Halloween, y he aceptado salir. He pensado que, a lo mejor, buscando a otro chaval... Un clavo quita a otro clavo, ¿no?

BEA: Tía, te recojo a las 18:30 y nos vamos juntas, ¿no?

YO: Vale, pero ¿viene alguien más?

Respondo entusiasmada por ver si viene algún chico nuevo, y consigo quitarme a Óscar de la cabeza.

Una vez en la fiesta, hay dos chicos que me llaman la atención, uno más que otro. Entonces decido acercarme a él, nos conocemos, hablamos un poco y, cuando pasa un rato, me besa. Bueno, nos besamos.

Llego a casa y no paro de pensar en él. En Óscar.

YO: Necesito hablar contigo.

Le he escrito un mensaje a Bea.

BEA: ¿Qué te pasa?

YO: Quedamos mañana.

31 de octubre

– Bueno, ¿qué era eso tan importante?

Necesito contártelo, necesito contárselo a alguien: me gusta Óscar. No sé qué me pasa, estoy mal por él, solo soy feliz cuando me pasa algo con él. Llevo casi dos meses pensando en él, mi estado de humor depende únicamente de él, no he estado así nunca. Nunca me ha gustado nadie tanto. «No sé qué me pasa», digo mientras se me saltan las lágrimas.

– Michelle, tranquilízate, eso lo primero. Después, yo creo que deberías decírselo. Es la única manera de saber si entre vosotros dos podrá haber algo.

– Eso es imposible, ¿me has visto a mí? ¿Lo has visto a él? Es imposible que quiera conmigo. Si se lo digo, solo voy a hacer el ridículo. ¿En serio crees que merece la pena arriesgarse de esa manera?

– Te hago la misma pregunta: ¿en serio crees que no la merece? Llevas dos meses mal, no sabíamos por qué era, pero te veíamos mal. Era obvio: intentabas fingir estar bien, pero estabas apagada, ¿cuánto más quieres seguir así? Arriésgate y lucha por él.

Siempre me han dicho que tengo que luchar por lo que quiero, pero... ¿y qué hago? ¿Le digo que me encanta? ¿Le digo que pienso en él en cada minuto y en cada hora del día?, ¿que sueño con que me despierto y él está a mi lado?, ¿que me lo imagino por los pasillos de mi casa en sudadera y con pantalones cortos?, ¿que sueño con salir de noche con él agarrados de la mano y hacer mil locuras juntos?, ¿que

es la razón por la que no me puedo dormir y la razón por la que me despierto todos los días? No, no puedo hacerlo.

25 de noviembre

Ha pasado mucho desde que hablé con Bea. Yo no sé si él me escribirá o solo espera que lo haga yo. Quiero arriesgar, y no es el miedo lo que me frena, es el orgullo, no me sé las reglas del juego, pero las intuyo: o ganamos hoy... o nos perdemos.

Abro su chat y... empiezo a escribir. Las palabras me salen solas, no tengo que pensarlas, ya está. Ya está escrito, se lo envío, el corazón me va a mil, estoy muy nerviosa.

Se conecta rápido y empieza a leerme. ¿Y si no estaba segura?

Llamo a Manuel, estoy muy nerviosa, y sé que él me ayudará a tranquilizarme. Óscar está escribiendo y mucho, va a ser un «no». Ha terminado de escribir.

YO: ¿Qué hago?
¿Lo leo ya?

MANU: Claro. No esperes más.

ÓSCAR: Hola, Andrea... Comienzo leer su mensaje. Me ha dicho que no. Se lo digo a Manu y me pongo a llorar. Manu intenta tranquilizarme, pero no hay manera.

26 de noviembre

Sigo igual que ayer, no tengo ganas de nada, solo de llorar. No me aguanto, no me gusta estar así, no consigo sonreír ni reírme. Encima no quiero que mi familia me vea así, y cada vez que salgo del cuarto les hablo mal y discuto con ellos. ¿Por qué me siento tan vulnerable ahora mismo?

27 de noviembre

Llego a clase, me tumbo en la mesa. Bea, que lo sabe todo, me pregunta cómo estoy. Y lloro, lloro como si no hubiese un mañana. Toca Filosofía y, como se acerca Navidad y hemos terminado el temario, hablamos del amor. Pero ¿por qué tenemos que hablar del amor? Si yo creo que el amor no existe, ¿por qué hablamos de algo que hace tanto daño a las personas?

1 de diciembre

Ha terminado la semana, ha sido una semana muy intensa. He estado muy mal, no me he concentrado en los exámenes. Este finde no voy a salir, la semana que viene son los exámenes finales de la evaluación y tengo miedo. Tengo miedo de no poder concentrarme.

8 de diciembre

Ha terminado la semana y los exámenes. Esta semana no tenía ganas de nada, pero hoy estoy con una mentalidad más positiva. He quedado con mis amigas para celebrar que han acabado los exámenes, y me he prometido cambiar de aires... Sonreír. Ni os imagináis la de peleas que he podido tener esta semana con mi familia, una tras otra, alguna tan gorda que hasta he intentado escaparme de casa. No quiero ser así con ellos, me hace entrar en una oscuridad. Sé que es la edad, que todos hemos sido crueles con nuestros padres y, aunque en las peleas me gane el orgullo y sea tan cruel con ellos, después me hace sentir miserable.

9 de diciembre, 00:00

Acabo de llegar a casa, me lo he pasado superbién con mi grupo. No sé cómo he vuelto a sonreír. No sé si Óscar seguirá o no en mi cabeza, pero yo hoy estoy feliz, hace tanto que no estaba así...

BEA: ¿Qué tal? ¿Cómo sigues?

El viernes te vi a ti otra vez, a tu yo de verdad.
A la Michelle que se ríe y hace reír a los demás.

Yo: Creo que estoy bien.
O sea, no sé, estoy feliz desde el viernes.
Fue como despejarme.
Y me encuentro bien.

BEA: Joder, tía, qué bien.
Me alegro mucho.
No hables con Óscar en un tiempo.

Yo: No, ni lo voy a hacer.
Lo he pasado muy mal por Óscar.
Y lo que menos se me apetece es estar así otra vez.

BEA: Te entiendo, es normal lo que piensas.
Tú solo piensa ahora que tienes que recuperarte del todo.
Y por supuesto que puedes contar con nosotras.
Para ayudarte.

Yo: Gracias.
Te quiero.

8 de enero

Después de esto, y aunque ahora esté mejor, solo me queda decir una cosa. No creo en el amor. Que sí, que no puedo supeditar todo a lo que me pase una vez con un chico, pero, si el amor existe y es tan bonito como dicen, ¿por qué duele tanto? ¿Por qué me he llevado tanto tiempo mal? ¿Por qué he llorado tanto por una persona? ¿Por qué he tenido que enamorarme de él y no de cualquier otro chico de los que sí que quería estar conmigo? ¿Por qué me tiene que pasar esto? ¿Por qué ahora?

No tengo la respuesta a nada, y seguramente no la conseguí averiguar. Lo que sí sé es que de los errores se aprende, y yo he aprendido que no me puedo enamorar más. No puedo permitir que mi felicidad dependa de una persona, no puedo dar tanto a alguien que no me demuestra ni la mitad. Y sí, leyendo esto puede que pienses que esto me ha pasado a mí, y que tú a lo mejor no piensas así, o que ahora mismo estás bien con el chico o la chica con quien estás. Pero párate a pensar: si todo esto te hubiese pasado a ti, ¿cómo estarías? ¿Seguirías creyendo en el amor? Ojalá tu respuesta sea un «sí». Yo quiero creer de nuevo en el amor, pensar que encontraré a esa persona con la que quiera compartir todo de mí.

9 de marzo

Me acaba de hablar Óscar, le he contestado, pero... ¿se repetirá de nuevo la historia?

EL CANTO DEL CÓNDOR

José Antonio Muñoz Cousinou

15 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Había una vez, hace... No hace tanto tiempo... un lugar lejano, considerado por todos un lugar mágico, puesto que tenían unas costumbres y unas reglas totalmente distintas al resto de pueblos. Incluso tenían un idioma distinto. Este pueblo se llamaba... Bashk.

Alfons Schröder, nuestro protagonista, se encontraba caminando por una pradera, a las afueras de Bashk. Alfons era un soldado, que trabajaba para los cóndores. Los cóndores eran unos pájaros, que podían parecer inofensivos..., pero dentro de ellos... se albergaba la más grande de las maldades; estos animales, se dedicaban a atacar muchos pueblos, haciéndolos suyos, o a sus aliados, para así, poco a poco, ir expandiendo su territorio. Pero Alfons se había cansado. Había comprendido los actos tan atroces de estos seres, y quería ponerles fin ¿Cómo? Pues bien, en su última misión, les informaron de que una bandada de cincuenta y nueve cóndores sobrevolaría el poblado de Bashk, emitiendo a la vez unos horrorosos cantos. El hecho de solo escuchar una nota podría dejar sorda a una nación. El plan era dejar sin escucha a toda la gente del pueblo, para que después fuera más fácil conquistarlo. Al saber esto, Alfons pretendía llegar a tiempo a Bashk para alertar al gobierno de la amenaza, y así poder salvar a todo el mundo.

En su camino hasta Bashk, Schröder había pasado por cientos de lugares... Desde colinas, bosques, largos y bellos ríos, las más altas montañas que un hombre pudiera ver, hermosos castillos, mansiones... Hasta los lugares más pobres, en los que la gente solía vivir en espacios muy pequeños, y trabajar mucho... En estos lugares, sucedía algo increíble, puesto que, sin importar dónde ni en que época del año estuvieran, siempre nevaba a montones... Esto es algo que a los niños

le solía gustar, la nieve, jugar con ella... Pero no en estos lugares. Aquí todos los niños parecían tristes y deseosos de escapar.

Se encontraba a escasos cien metros de la frontera de Bashk, caminando por el bello césped, tarareando una vieja canción, hasta que al fin llegó a la frontera. Allí, pudo entrar sin problema gracias a una falsa identidad que había conseguido fabricar y con la que sería bienvenido en Bashk. Dentro, se paseó un poco por las calles, y observó que el nivel de vida en el poblado no era demasiado alto, pero tampoco demasiado bajo.

Unas horas después, decidió dirigirse hacia la casa del gobernante, en la que lo recibieron con las manos abiertas, presentándose como Fernando Bordegarai.

—Y bien, señor Bordegarai. ¿Qué desea? —dijo el gobernador, una vez estuvo frente a frente con Alfons.

—Pues... verá... señor gobernador...

—Vamos... llámeme Joseph...

—E-Está bien... señor Joseph...

El gobernador sonrió a la vez que le ofrecía asiento.

—Pues... yo... —empezó a decir Alfons mientras se sentaba—. En realidad... ese no es mi nombre...

—¿Qué quiere decir?

—Yo... me llamo Alfons Schröder...

El gobernador se quedó callado unos segundos, sin mirarlo.

—Ese nombre es...

—Lo es... —Lo miró a los ojos—. No vengo por conflicto, señor. Yo vengo a advertirle...

—¿Advertirme...?

Schröder asintió.

—Sí... —suspiró—. Yo... soy un exsoldado. Antes trabajaba para los cóndores. Supongo que lo intuía.—Sí... Tu nombre te delata, chico.—Lo sé... —dijo mirando al suelo—. Me han informado de... que una bandada de cincuenta y nueve *cóndores atacará* la zona, señor...

—Sí... también lo sé...

—¿Q-Qué...? —dijo mirándolo asombrado—. ¿Usted lo sabe...?

El gobernador asintió, cabizbajo.

—¿Y-Y por qué no hace nada para detenerlo...? ¿Va a evacuar el pueblo...? Hará algo, ¿no?

Este negó con la cabeza.

—¿N-No... No hará nada...?

Volvió a negar.

—Pero... ¿Por qué...?

—Chico, son órdenes superiores. Yo... no puedo hacer nada. Si lo hiciera, tomarían la ciudad de todas formas, puesto que no habría nadie defendiéndola.—*¡Pero aún puede salvar a toda esta gente! ¡Evacúelos! ¡Sáquelos de aquí!*

—*¡Si hago eso me llevarían a mí!* —dijo el gobernador, desesperado—. Y no quiero irme... Tengo una familia... Hijos... Tengo una vida que

no quiero perder. —Lo miró profundamente a los ojos—. ¿No me entiendes?

Alfons lo miró con una expresión de decepción.

—Lo entiendo, señor. —Se levantó—. Pero... no es lo correcto.— Quizá no lo sea... —suspiró.

Sin decir nada más, Alfons se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—*¡Espera! ¡Joven!* —gritó el gobernador—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué... Por qué te arriesgas a que te descubran los cóndores? Si lo hacen... te dejarán sordo. Schröder giró la cabeza, miró al gobernador por unos segundos, y dijo: —Dije que lo entendía... No que fuera como usted. Volvió a mirar hacia la puerta, la abrió, y salió por ella.

Se quedó varios días vagando por la calle, sin rumbo fijo, sin saber qué hacer, tratando de hablar con la gente, de alertarles, pero era inútil, nadie le hacía caso...

Nadie, hasta que un chico se acercó a él. Un chaval de unos escasos dieciséis años, que vestía ropa pobre. Tenía la piel clara, era muy pálido, y ojos marrones oscuros. Su figura era algo delgada, incluso parecía que llevaba días sin comer.

—S-Señor... —dijo el niño.

—¿Sí? —respondió Alfons.

—¿Es... Es verdad lo que cuenta... sobre... sobre los cóndores? ¿De verdad vendrán aquí?

Alfons asintió cabizbajo.

—¿Me crees...?

—S-Sí...—Lo miró nervioso—. P-*Pero yo... tengo miedo. No quiero quedarme sordo.*Schröder lo miró en los ojos, y en ellos pudo ver algo: pena, dolor, miseria, horror... pero, a la vez, vio la ambición, el deseo de vivir. Comprendió que aquel era un chico valiente solo mirándolo a los ojos.

—Y no lo harás. Yo te salvaré, aunque sea lo último que haga.v—
Se acercó a él y le dio un poco de pan—. ¿Cómo te llamas, chico?

El joven miró ilusionado el trozo de pan, y empezó a comerlo agradecido.

—Agosti, señor —dijo el chico mientras ingería el pan.

—Encantado, Agosti. Yo soy Alfons.

Sonrió al verlo comer.

—¿Y cómo nos salvaremos? —preguntó el joven y pobre niño.

Alfons miró al frente.

—Hum...—Dio un paso al frente—. Acompáñame.Decidido a salvar aquel pueblo, Alfons se dirigió, junto con Agosti, a un campo de tiro con arco que había cerca. Cogió varias flechas y un arco, y fue hacia una especie de colina.

—¿*Qué hacemos aquí?* —dijo Agosti mirando a Alfons mientras subían la colina.

—Por aquí es por donde atacaran los cóndores.— ¿*Está seguro?*

—Claro.

—Está bien. Y... ¿Q-*Qué haremos?*

—Nosotros... salvaremos Bashk.

Esperó allí, con Agosti, agarrado al arco durante días, con el único consuelo de hablar con el desgraciado chico. Este le contó cosas sobre él. Sobre su vida, sobre por qué era tan pobre... Resultaba que se había criado en un orfanato desde pequeño, puesto que nunca supo quiénes ni dónde estaban sus padres, y cuando tuvo una edad suficiente para salir, lo echaron a patadas, porque había demasiada gente.

Alfons empatizó mucho con aquel joven, y decidió que su deber, sobre todos, era el de salvarlo. Sobre todo a él.

Se llevaron algunos días más esperando la llegada de estos malévolos animales, sin parar de mirar al estrellado cielo día y noche. La gente que pasaba los miraba raro, algunos pensaban que eran unos mendigos y les dejaban un poco de dinero y comida; otros se reían de ellos, llamándolos locos... Pero cuando llegó aquel día, aquel 26 de abril, al despertar de haber dormido unas escasas tres horas y mirar al cielo... lo contempló. Los vio, en bandada, y haciendo la forma de un triángulo: cincuenta y nueve *cóndores se encontraban peligrosamente cerca de la frontera de Bashk.*

—Agosti... despierta. — Lo miró, aún dormía—. ¡Agosti! ¡Rápido! ¡Levántate!

Se despertó de repente, y lo miró.

—¿Q-Qué pasa...? —dijo sobresaltado.

—Ellos... han llegado. Corre. Huye. —Cogió el arco—. ¡Huye lo más lejos posible! ¡No mires atrás!

—¿P-Peró y usted!?

—Yo... —Miró al arco—. Salvaré a este pueblo.

Alfons le dio un pequeño empujón para que comenzase a correr en la dirección opuesta a los cóndores, y miró hacia arriba de nuevo.

Inmediatamente, Alfons se levantó y apuntó. Esperó unos minutos, hasta que estuvieron a la distancia suficiente como para dispararles. Entonces, sin freno, comenzó a tensar y disparar el arco en bucle, tratando de hacer caer al menos a unos pocos, aunque si no los derribaba a todos sería inútil. El canto de uno solo podía con el poblado entero.

Temblando, Alfons deslizó su mano por su espalda para coger otra flecha, pero se percató de que se le habían acabado. Miró al firmamento. Arriba quedaban aún al menos treinta de esos pájaros volando, y el miedo comenzó a invadir a Alfons. No sería capaz de detenerlo. Bashk caería. Por su culpa. Tiró el arco al suelo y fue corriendo a las calles, gritando que salieran de sus casas, que huyeran... Pero nadie le hizo caso. — *¿P*-Por qué no me hacéis caso? Los cóndores están ahí. *Y*-Yo... *¿*No los veis? Ya vienen, *¿*por qué no os movéis? — dijo a punto de estallar en lágrimas. Sentía una gran impotencia por dentro, casi no podía moverse...

Miró a todos lados y luego al suelo, sonriendo con una lágrima.

— Al menos... Agosti se salvó. Entonces, un sonido fuerte empezó a inundar la zona, era molesto, desagradable... Pero se fue intensificando, cada vez más rápido. Lo que empezó siendo un simple ruido molesto, terminó por ser una alta y desgarradora melodía que hacía que los oídos de la gente de la calle estallaran, sangraran, cayeran al suelo retorcidos de dolor... Y

Alfons...

Toc, toc, toc.

Alguien llamó a la puerta. Las niñas miraron hacia ella.

—Pase —dijo la mujer.

Entonces, un señor con uniforme militar abrió la puerta y entró, con un tono lúgubre.

— *¿Qué pasa después, mamá?* —dijo nerviosa una de las niñas—. *¿Cómo termina? ¿Cómo acaba Alfons? ¿Cómo acaba papá...?*

—María, Rosa, id a vuestra habitación un momento. Por favor. Necesito hablar con este señor... —dijo la señora.

—Pero, mamá... —dijo la otra niña.

—Ahora —respondió cortante la madre.

Las niñas obedecieron a regañadientes, y desaparecieron por el pasillo.

—Francisco... Dime. *¿Qué sucede?* —dijo la mujer mientras, con una expresión de preocupación, miraba al soldado.

—Señora Schröder... Alfons...

—Él...

—Alfons... no ha sobrevivido. Lo que dijo era cierto. La Legión *Cóndor* bombardeó Guernika. No fue preciso en la predicción. Lo llevaron a cabo dos días antes de lo que esperaba. —La miró—. Él... trataba de evacuar la ciudad. Salvó a algunos, señora. Su marido fue un héroe. Y... os salvó a vosotras antes que a nadie más. El soldado sacó un periódico de su bandolera, llevaba el titular «GUERNIKA, EN LLAMAS», y lo dejó sobre la antigua mesa.

—L-Lo siento, señora Schröder. No pude salvarlo...—suspiró devastado.

—No es tu culpa. Alfons... Él era un buen hombre —sonrió a la vez que una cristalina lágrima atravesaba su rostro de porcelana.

Cogió el periódico, y con más lágrimas en la cara, lo leyó por encima.

—Francisco...

—¿Sí?

—¿Podrías hablar con las niñas? No creo que tenga las fuerzas suficientes para...

—S-Sí... Lo comprendo. Iré a hablar con ellas. —Se dio la vuelta.

Aquella mujer miró al tal Francisco, y lo detuvo.

—Espera. —¿Qué sucede...?

—¿Podrías... dejar la pistola en la mesa? Cargada... por favor.El soldado la miró horrorizado.

—S-Señora...

—Francisco, por favor, entiéndeme. Ya no puedo más... Es demasiado. —Entre infinitas lágrimas, trató de mirarlo—. Mis niñas... Ocúpate de ellas, por favor.El soldado asintió con pena y, temblando, dejó la pistola en la mesilla.

—Adiós... Carla.Sonrieron los dos, mirándose, con lágrimas en el rostro, por última vez, mientras los bellos cantos de petirrojos sonaban de fondo.

CINCO PUNTAS AMARILLAS

Miriam Soult Toscano
15 años
Dos Hermanas (Sevilla)

Escrito para alguien

Después de una semana
mamá me ha dejado salir a comprar.
¡Cuánto extrañaba a las personas!
¡Cuánto extrañaba caminar!

Aunque ella quiere que borre mi sonrisa,
yo muestro la estrella que hay en mi camisa.
Parece que a ellos no les ha gustado,
supongo que prefieren rombos o cuadrados.

Anoche miles de cristales vi romper
todo el suelo de escarcha se cubrió.
Hace unos años vi frases en el aire arder
y cada día en el cielo pasa un avión.

Pero algo acaba de suceder,
llaman a la puerta con enfado
diciendo que un viaje debemos emprender
hacia un estupendo balneario.

Vamos caminando en una fila,
los pájaros nos acompañan cantando.
En mí solo hay alegría,
pero no entiendo por qué el resto está llorando.

Tengo tantas ganas de empezar este viaje,
y conocer a nuevos amigos.

Mira, ¡allí hay un carruaje!
Correré para que no me quiten mi sitio.

Es una pequeña caja de madera que rueda
y vamos un poco apretados.
Empiezo a tener sed y calor
y en el suelo veo a señores tumbados descansando.

Y tras largas noches y días
llegamos a un extenso campo.
¿Dónde quedó la alegría?
¿Por qué nos reciben con un brazo en alto?
Me agarran con fuerza mis padres,
a lo lejos hay un gran castillo.
Prometen volver a buscarme,
ya que no tienen mi mismo destino.

Caminamos hacia el interior,
¿dónde están los masajes y el jabón?
Deben cortarme el pelo para verme mejor,
escriben con fuego en mi brazo y me provoca dolor.

Con mis nuevas amigas paso a mi habitación,
aunque parece que han cometido un gran error,
pues hay muy pocas camas y extraño es el olor.
Ese primer día dormimos juntas más de dos.

Han ido pasando los días y es todo un horror,
gritos, insultos y agonía,
cansancio de tanto trabajar al sol.

Golpes, hambre, frío y miedo.
Sed y tanta falta de amor.
Mami, te echo mucho de menos;papi, extraño tanto tu calor.

No me gusta nada mi camisa a rayas,

cada vez todo es peor.
Hace días que no veo a mis amigas,
esto parece una prisión.

Veo a esqueletos andando,
pensándolo bien yo soy uno más.
Mi compañero corre hacia las vallas,
saltó una chispa y no lo vi más.

Dejó de darme miedo la oscuridad
y temí por primera vez el encontrar
el rostro de alguien en la claridad.

Y una noche nos llevaron a un sótano,
donde todos nos debíamos duchar.
Al fin recibiré mi masaje
aunque prometo no volver más.

Entramos y estamos muy apretados
de pronto me cuesta respirar.
Araño la pared y me hago daño pido ayuda,
pero nadie me escuchará.

Lágrimas recorren mis mejillas,
esto parece una despedida.
Somos conscientes de que nuestra vida acabará.

¿Qué pecado hemos cometido
para ahora tener que pasar por esto?
Si he hecho algo malo, juro que me arrepiento.

De repente todo lo veo negro,
un gran vacío me inunda el pecho.
Pero veo en el fondo una salida
un haz de luz en el infierno.

Me guían por un túnel los pajarillos,
las paredes están pintadas de mis buenos recuerdos.
Dejo de sentir ese fuerte vacío,
y al salir a un jardín me azota en la cara el viento.

Aquí ya no hay nada que duela.
Mira, ¡Allí están mamá, papá y la abuela!
Corro hacia ellos mientras unas mariposas
me acompañan y alrededor de mí vuelan.

Los abrazo mientras empieza el llanto,
¡Cuántas veces con ellos habré soñado!
Pero no pensaré más en el pasado
mientras me encuentre segura a su lado.

Y en este blanco lugar
todos me explican la verdad.
Allí no había alegría ni aquel era un castillo,
eran rejas que no dejaban pasar la libertad.

Y es que en el ser humanoes infinita la maldad.
Aprendamos de nuestros grandes errores,
y hagamos que no se repitan más.

4 DE SEPTIEMBRE DE 2018

Natalia López Vidal
14 años
Dos Hermanas (Sevilla)

4 de septiembre de 2018

Hoy es un día oscuro para ser septiembre.

Me acabo de encontrar al psicólogo de la ciudad. Parecía triste, aunque llevara ropa de colores, alegre. Decía que había intentado estar feliz, pero, todavía, no había superado lo sucedido aquella noche.

Seguí andando con mi ropa posmoderna hacia aquella luz que se iluminaba y deslumbraba. Cuando atravesé esa luz, pude ver una vieja casa abandonada.

Como curiosa que soy, me adentré a aquel lugar. Pasé por una entrada estrecha con un gnomo, llena de vegetación y plantas de todas las especies, parecía un descuidado jardín que llevase allí años sin podar.

Atravesé el pasillo, hasta que llegué a una sala, una habitación llena de mariposas, flores coloridas y muchos frascos de cristal. Era un sitio con un ventanal enorme y daba una sensación de calidez maravillosa.

De repente, apareció una sombra que procedía del exterior y me asusté tanto que me quedé paralizada.

Esa sombra era en realidad la de una mujer simpática con aspecto magullado.

Llevaba una bata blanca, una camiseta de mariposas y un moño despreocupado.

Le pregunté el porqué de tantas mariposas en la habitación, y ella me explicó que era científica y que había creado una sustancia transparente y líquida.

Yo, con poco interés, me dirigí a ver la mezcla, cuando de pronto me dijo que esa sustancia podía hacer volar a cualquier persona que se lo tomase.

Como es normal, no me lo creí, ya que es imposible el hecho de que el ser humano vuele por sí mismo.

Le pregunté si lo había probado anteriormente y me respondió que, después de muchas pruebas e intentos, creía que le había salido bien de una vez por todas.

Posteriormente, nos dirigimos al jardín exterior para hacer la prueba. Yo, dudosa y temerosamente, le pregunté si podía probarlo.

Y ella me dio las instrucciones para poder volar; tenía que tomar un sorbo, cerrar los ojos y relajarme todo lo que pudiera hasta dejar la mente en blanco.

La acción tenía que ser rápida, ya que el efecto del líquido solo duraba cinco minutos.

Lo intentamos dos veces y no funcionó, hasta que, a la tercera, empecé a levitar, ¡era impresionante!

Obviamente, pensamos en compartir el experimento al mundo porque podría ser revolucionario, trascendente, ¡podría cambiar el futuro!

CROQUETA

Gonzalo Reina Rosado

13 años

Dos Hermanas (Sevilla)

— ¡Qué pereza tener que tirar la basura!

Julián se lamentaba, para él, trece años no parecían los suficientes para salir a tirar la basura a diez metros de la puerta de su casa. Sin embargo, sí le parecían suficientes para volver más tarde a casa (o eso era lo que Concha, su madre, no paraba de repetirle).

No serían más tarde de las ocho de la tarde, aunque de por sí eso era un problema porque el fútbol empezaba en media hora y bajo ninguna circunstancia se perdería la previa del partido, no señor.

— Tampoco comemos tanto en esta casa, ¿cómo podemos tener tanta basura que tirar?

Julián se acercó al contenedor; estaba lleno, para variar. Julián estaba ya tan irritado que eso bastó para que se enfadara, como si el universo mismo se estuviera riendo de él. Estaba a punto de decir una palabrota cuando vio algo moverse entre los dos contenedores. Curioso como pocos, se acercó a riesgo de que fuera una rata gigantesca (como le había advertido su madre).

Para su sorpresa lo que encontró fue un diminuto y minúsculo cachorro. Julián podía cogerlo con una sola mano y envolverlo con la misma. Sus padres bien le habían advertido que no se acercara a animales callejeros, pero la mirada del pequeño perro había reseteado el manual de instrucciones parentales de Julián. Era blanco, con el hocico chato y unos ojos inmensos. No parecía sucio, pero, siendo sinceros, tampoco estaba hecho un pincel. Julián notó que estaba muy delgado.

Casi por instinto y sin pensar, Julián cogió su sudadera, envolvió al pequeño perro con ella y se dispuso a llevarlo a casa. Solo había un contratiempo: sus padres. Para Julián entrar con un perro en su casa suponía una infracción de nivel alfa (lo que suponía desde la supresión de la PlayStation hasta la prohibición de pisar la calle, según la gravedad de la infracción). Julián nunca había estado tan tenso, pero ese perrito tenía hambre; hizo de tripas corazón y se lanzó a la aventura.

El primer escollo en su operación era esquivar las atentas miradas de los vecinos. Para Julián, sus vecinos (en especial esos insidiosos del bajo) eran poco menos que agentes del CNI. Julián los detestaba, aunque al mismo tiempo debía admitir que era admirable la precisión y calidad de la información que recopilaban.

Julián pasó de espaldas todas las mirillas y se aseguró de salvaguardar a su polizón. En esta ocasión, Julián se decantó por coger las escaleras (nadie cogería las escaleras a las ocho y diez de la tarde, sabía que sus vecinos eran demasiado perezosos para eso). Finalmente, llegó a la puerta. Con la precisión de un reloj suizo, Julián predijo la posición de sus padres al entrar en casa. «Papa estará en la cocina, de espaldas a mí al entrar, y mamá, sentada frente al televisor; si soy rápido ni me verá». El plan salió redondo. Después de saludar al paso a sus padres, Julián llegó en lo que a partir de ahora era un búnker: su cuarto.

— Bien, colega, lo primero es lavarte. ¡Mamá, voy a darme una ducha! — Julián cogió a su nuevo amigo y lo metió en la bañera —. Esto será más sencillo si cooperas, ¿entendido? El perro, casi como si hubiese entendido lo que Julián había dicho, se encomendó a su protector. El cachorro no tenía collar ni identificación alguna.

— No sé qué hacer contigo, pero de momento tengo que darte algo de comer.

Julián se lanzó a su cuarto solo para encontrarse con aquello que más temía: su madre. El perro estaba envuelto en la toalla (el cuarto de Julián y el baño eran contiguos, pero se había tomado esa precaución).

No sabía qué hacer, su madre no era tonta y lo iba a ver, Julián necesitaba una distracción y la necesitaba ya.

— ¡¡¡Croquetas!!! — gritó Julián sin previo aviso y sin ningún tipo de razón aparente. Su madre quedó tan impactada como asustada y se aventuró a preguntarle si quería croquetas para cenar.

— Sí, exacto, eso es, me encantarían unas croquetas, corre, por favor, tengo mucha hambre, mamá. — Y, tan impactada como llegó, Concha se marchó—. Bueno, al menos ya sé que te vas a llamar Croqueta.

La noche no fue sencilla para Julián. Croqueta se había quedado muy tranquila (Julián se había tomado la libertad de descubrir que su amigo en realidad era su amiga) después de comer. Sus padres se extrañaron de que su hijo se llevase a su cuarto la cena además de una barra de pan entera. Julián se puso melodramático y adujo que «hoy quiero cenar solo, necesito disfrutar de mi propia compañía», y huyó a su habitación.

— No puedo ir al cole y dejarte sola aquí, ni siquiera sé si vas a hacer tus necesidades dentro de casa. — Julián aun sabiendo que era moralmente incorrecto, tomó la decisión de simular una enfermedad. Era una maniobra de manual que conocía a la perfección, pura rutina. La técnica era sencilla.

El primer paso era usar más mangas de las que necesitases para tener calor, además de permanecer debajo de las mantas durante al menos diez minutos (con descansos si necesitabas respirar). El paso número dos, una vez que tu madre te ponga el termómetro, es rogarle que, por favor, te traiga un vaso de agua y aprovechar esa ventana de tiempo para usar lo que se tenga a la mano para calentarlo, aunque

tampoco mucho, para que tu madre pueda dejarte solo en casa, tranquila de que no va a ocurrirte nada.

— Julián, voy a intentar salir antes del trabajo, tómate el paracetamol y no te muevas de la cama. — Julián respondió con un débil *vale* y, tan pronto como su madre se fue, sacó a la perrita de debajo de su cama (aún dormía para su fortuna).

Julián pasó la mañana jugando con Croqueta. Era muy cariñosa, cosa que extrañaba a Julián. Sus padres siempre le habían dicho que los animales de la calle eran peligrosos (y mucho menos hablar de meter ningún animal en casa). Pero ella era diferente, jugaba, se divertía y seguía a Julián como si fuera su sombra.

— ¿Quién puede haberte dejado en la calle? — Julián aprovechó la mañana para darle de comer y para recoger algún que otro *desperfecto* por parte de Croqueta —. Al menos ya sé que no sabe dónde tiene que hacer sus necesidades.

En el fondo, Julián sabía que no iba a ser sencillo. En un principio, la idea de Julián era la de ayudar a la cachorra y devolverla a la calle lo mejor posible, pero ahora sabía que esa no era ninguna opción.

Él sabía que en algún momento tendría que llevarla al veterinario, que tendría que comprar comida para perros de verdad y sacarla a pasear y necesariamente eso requería de sus padres. Pero, por otro lado, sabía que decírselo significaba verse indefenso ante la posibilidad de despedirse de Croqueta y no podía permitir eso bajo ningún concepto.

Pasaron los días y Julián consiguió seguir manteniendo a salvo a Croqueta. Organizó con sus amigos una red de tráfico de objetos perrunos de todo tipo, desde comida hasta juguetes. Casi todos sus amigos tenían perros, y no podían entender que supusiera ese problema para Julián.

— ¿De verdad que tus padres no quieren perros? Yo crecí con Toby y es uno más de la familia, ¿estás seguro de lo de tus padres? — Aunque sus amigos no le creyeran, el más sorprendido con esa postura ante los perros por parte de sus padres era el propio Julián.

Cuando llegó a casa el cielo estaba nublado y hacía frío. Julián no era muy supersticioso, pero hasta él sabía que algo iba mal. Subió corriendo las escaleras y abrió la puerta de casa. Para su horror, su madre estaba plantada frente a él y sujetaba a Croqueta.

Julián empezó a temblar, sentía que las piernas no le respondían, no podía estar pasando, no podía respirar y se sentía el corazón en la garganta. Su madre estaba lista para iniciar el sermón más impresionante que ninguna madre orgullosa de sí misma hubiese soñado con pronunciar cuando su hijo cayó al suelo de rodillas y empezó a sollozar.

— Por favor, no me la arrebates, es importante para mí, no puedes dejarla en la calle. ¿Cómo te sentirías si alguien me arrastrara fuera de casa, de tu lado, de tu protección y me lanzara solo e indefenso a la calle?

En ese momento, su madre entendió que aquel animal era mucho más que eso; era una amiga, alguien que siempre estaría ahí para Julián, algo que le importaba lo suficiente como para arriesgarlo todo solo por mantenerla sana y salva. En ese momento, su madre entendió que arrebatar a Croqueta del lado de su hijo sería lo peor que nadie hubiera hecho jamás.

Después de una larga conversación en familia acerca de la gravedad de haber mantenido una mentira premeditada e inquietantemente efectiva para salir de la mente de un chaval de trece años, los padres de Julián aceptaron a Croqueta como un nuevo miembro en la familia. Han pasado cinco años desde entonces, y os puedo asegurar que sus padres rivalizan con Julián en tiempo compartido con Croqueta.

A veces en la vida hay que abrir la mente y atreverse a ver con los ojos de los demás, solo así se abrirán puertas que nunca pensaste que encontrarías ante ti.

AMIGO

Daniel Núñez Parra
13 años
Dos Hermanas (Sevilla)

Así, como un espejo,
me reflejo en tu amistad,
ya que todo lo que te doy
tú, de algún modo, me das.
Te entrego comprensión
y tu mirada me acaricia.
Si te regalo buen humor,
me premias con tu risa.
Así, como un espejo,
de tus ojos recibo
la vida con que sueño
y el amor con que te miro.

SEÑORA DE MI AMPARO

Alejandro Romero Sánchez

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

Señora de mi Amparo
entre varales de plata
cansar mi costal quiero
a tus pies.
Pétalo de tu alma,
cayendo sobre tu espalda,
Virgen de los necesitados
quiero ser tus lágrimas...

Quiero ser el cirio
que en tu corona se refleje,
quiero ser el morral
que en tus pies se deje.
Cargar la trabajadera de tu manto,
mirar tus ojos.
Tu marcha de los milagros,
amparo de mis males.

Tu cabellera escondida,
las lágrimas tus ojos llenan
al son de tu *mecío*
convierte con las mías tus penas
al frente de tu camino,
doblegando cada paso que cargando te llevan.
Cofradía Santa de los Amparos
llorando tu hijo en su condena
silueta de tu sangre
que en una cruz lo pusieran.

Derramando mis sentimientos
a la vera de los milagros
rompiendo la *zancá* dolía
el racheo de cada paso.
Meciendo los cirios que alumbran tu rostro
y algunos recuerdos que no alcanzo
mi penitencia eres tú,
no me hace falta andar descalzo.

Chicotá del cielo
arriba con ella,
el ángel del martillazo
su manto arrastrando las estrellas.
Vámonos costalero
que los ángeles la anhelan.
Vámonos al cielo, ¡vámonos al cielo con ella!

Rindiendo culto a tu llanto
amparo del cielo
tu rosario en mano
en el callejón Cruz te espero.
Despacito y sin prisa
que este cirio que llevo
no es más que una penumbra que no brilla
porque alumbrarte no puedo.

LA NIÑA RICA

Almudena Román Casado

12 años

Dos Hermanas (Sevilla)

En el palacio, una niña.
Pelo lacio cubre su rostro.
Y a su lado, un tesoro.
Oro que bien reluce.

Jardín aterciopelado.
¡Bella mariposa olor a jazmín!
Calor sofocante
envuelve su gran valor.
Plena felicidad
que rebosa amabilidad.
Y en la espesa noche,
una aparición.
Misteriosa hada,
que, en la mágica espesura,
jugaba con fantasía aparente
y a la pequeña,
con su alegría, envolvió.



AYUNTAMIENTO DE DOS HERMANAS

DELEGACIÓN DE JUVENTUD, SALUD Y CONSUMO



UNIVERSIDAD

PABLO DE
OLAVIDE

SEVILLA

DOS HERMANAS
DIVERSIÓN